

novela 10

LA DERROTA DEL CHIVO



leopoldo o'shanahan

CAR

COLECCION PREMIOS LITERARIOS CIUDAD DE IRUN

DONACIÓN
Jaime
O'Shanahan

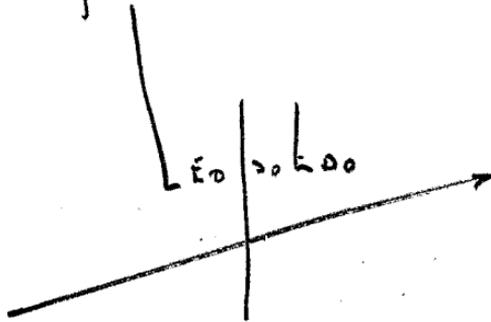
LA DERROTA
DEL CHIVO

Y LA HERRUMBRE DEL
TIEMPO

PARA AFICIA
Y FIFITO

- ALQUIMISTAS EN LA COPELA DE
MI INFANCIA -

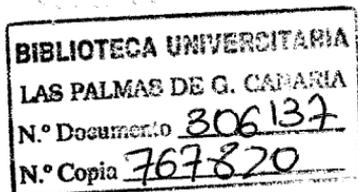
LEO SOLDO



Edita: Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa.
Número de registro editorial: 936.
I. S. B. N.: 84 - 7231 - 553 - 3
Depósito Legal: S. S. 366/80
Fecha de publicación: septiembre 1980.
Portada: A. Tienda.
Imprime: Gráficas Izarra. Polígono 36. — (Usúrbil).

LEOPOLDO O'SHANAHAN

LA DERROTA DEL CHIVO



Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa

San Sebastián

1980

La Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa, es un intermediario financiero cuyo objetivo fundamental es prestar servicio a los guipuzcoanos como personas, a las familias, a las empresas y a las instituciones, intentando siempre ser eficaces y adecuando permanentemente sus actividades y productos a las necesidades de nuestra tierra.

Pero además de un intermediario financiero la Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa es una Institución con vocación social, es por lo tanto la Caja, un intermediario financiero singular dedicado a prestar servicios y dispuesto a redistribuir los excedentes administrativos en beneficio de la comunidad que deposita sus ahorros en nuestra Institución.

Son por lo tanto los guipuzcoanos los clientes de la Caja, los que hacen posible que nuestra Entidad dedique importantes cantidades a la defensa, desarrollo y progreso de la cultura.

Los Premios Literarios Ciudad de Irún, son un claro ejemplo de la decidida vocación de la Caja para promover la cultura en nuestro pueblo.

Esta importante acción de las Relaciones Públicas que

se conoce con el nombre de Premios Literarios Ciudad de Irún, se convocó por primera vez en el año 1970 y desde esta fecha hasta hoy la actividad es un mosaico de esfuerzos: trabajo esforzado de los autores que presentan sus obras, esfuerzo reflexivo de los jurados que cada año participan en la actividad, colaboración del Ayuntamiento de Irún y de los medios de comunicación Social, actividad del Departamento de Relaciones Públicas de la Caja, en definitiva suma de aportaciones para presentar todos los años el desarrollo de una tarea colectiva al servicio de la actividad literaria.

La presente publicación obtuvo el primer premio en la especialidad de Novela en castellano correspondiente a la convocatoria del año 1979. La dotación económica del premio fue de 250.000 y los jurados los siguientes: Raúl Guerra Garrido, Miguel Larrea, Miguel Pelay, Jesús M. Lasagabaster y Juan Amorós Tito.

«No puedo menos de ahogar aquí un suspiro y despedirme de una última esperanza. ¿Qué es esto que me es completamente insoportable, particularmente a mí? ¿De lo que no puedo triunfar? ¿Qué es esto que me sofoca y me abate? ¡Aire viciado! Aire viciado. Algo mal venido se acerca a mí; ¿tendré que respirar las entrañas de un alma fracasada...? ¿Qué no se soporta en materia de miseria, de privaciones, de intemperies, de enfermedades, de cuidados y aislamientos? En el fondo, podemos dar cima a todo esto, tales como somos, nacidos para una existencia subterránea, para una vida de combate; siempre se acaba por volver a la luz, siempre se tiene una hora dorada de victoria; y entonces nos erguimos, tal como hemos nacido, infrangibles, con el espíritu tenso, dispuestos a alcanzar nuevos fines, fines más difíciles, más lejanos, tendidos como un arco al que el esfuerzo tiende más. Pero, de vez en cuando, concededme —si por lo menos existís, más allá del bien y del mal, ¡oh protectoras divinas!— concededme una mirada que yo pueda lanzar sobre algún ser absolutamente completo, logrado hasta el fin, feliz, poderoso, triunfante, ¡del que haya aún alguna cosa que temer! ¡Una mirada sobre un hombre que justifi-

fique al hombre, sobre la felicidad que aporte al hombre su complemento y su salud, gracias a la cual se podría conservar la fe en el hombre!... Pues he aquí lo que pasa: el empequeñecimiento y la nivelación del hombre ocultan nuestro mayor peligro; este espectáculo hace que el alma se canse... Nosotros no vemos hoy nada que permita llegar a ser más grande; presentimos que todo va envileciéndose para reducirse cada vez más a una cosa más exigua, más inofensiva, más prudente, más mediocre, más indiferente aún... El aspecto del hombre nos cansa hoy día...»

Federico Nietzsche

—Más allá del bien y del Mal—
Sils-María, Alto Engadin

La tarea de conservar la especie es una función que realizamos, conforme a la edad, con más o menos entusiasmo. Quiero decir que fui concebido tardíamente; en cierta manera, es como si uno naciera de un ciruelo, a semejanza de aquel chino taciturno. Tocante al nombre hubo controversia entre mis progenitores, la zanjaron mediante el acuerdo de llamarme Añaterve-Atilano y así, por una efímera paz hogareña, encomendaron al porvenir sancionase la elección. Mi esposa me dice «Ati», lo cual no deja dudas de que media vida la pasamos en brazos maternos y la otra media en manos de la mujer. Los clientes exclaman: «Ahí viene Atila, el mata-hierbas», ingeniosa frase que alude a mi profesión agrícola. Algunos, pocos, me nombran por Añaterve. Los nombres crecen con el individuo, formando anillos hasta robustecer el tronco y apuntalar la copa pero, ya vé, el destino me reservó esta cuerda de funambulista:

Atilano y Añaterve. Añaterve-Atilano Bermúdez Barrios.

La Autopista del Sur es uno de los tentáculos que proyecta la avidez tuberculosa de la ciudad sobre tierras cal-

cáreas, eternamente sedientas, que en la zafra tomatera se motean de manchones verdes como un ilusorio rocío que cristaliza en el esplendor del tomate. Yendo hacia el Sur se tiene tiempo para pensar; la extensa carretera hasta Playa de Alcalá lleva por un trayecto donde los pensamientos se repiten, acompañando al paisaje, en un crescendo musical de Ravel. Dispongo de un «Cuatro Latas» y una vieja cartera de colegial para tratar de sobrevivir en esta bola de escarabajo pelotero. Vendo cosas que a mí me parecen inverosímiles y más cuando, a cambio, obtengo malolientes papeles con los que adquiero alimentos y aquellas otras cosas que suponen trozos de fantasías rescatadas a un mundo en cuya existencia la posesión fue inmediata al deseo.

No oculto mi amargo desconsuelo al ver los lejanos prójimos para quienes la vida se desenvuelve con la precisión reluciente de una sala de máquinas. Bruñidas vidas de metódico trabajo, motores de cuatro tiempos, escalando el buen traje de la estudiada elegancia, la parsimonia británica de salón o el «bouquet» francés con que cierran la operación esmaltada por un «Mercedes» con tropel de caballos. Mi admiración para aquellos cuya versatilidad mental les permite mencionar, inapelables, los sagrados nombres de la cultura; para quienes, pontificalmente, acumulan el progreso en curvas de producción y apuntan el codiciado cero a la derecha con pronunciación vocal de «O». Sí, porque la cultura va siendo cuestión de audacia cibernética, como los negocios o los empréstitos de la Caja de Ahorros. Minuciosamente controlados por el programador brotan los nombres y los números con automatismo mágico de «telex». Vidas selladas con un envidiable seguro metafísico, de gracia carismática repartida en el amplio círculo de allegados. Uno se siente huérfano de todo esto. Cada reflexión conlleva su contraria y el resultado es un pasmo meditativo de oligofrenia que aboca al conductor

a esté presente de quincallería ambulante. Aunque el asunto no es tan sencillo; las simplificaciones, aparte de aburrir como las verdades matemáticas, tienen valor de aspirina y alejan del conocimiento las menudas causas que producen en la vida el efecto sorprendente de que 3×2 sea igual a 7. Algo así como el aire que penetra a bocanadas por la ventanilla del «Renolillo»; treinta años respirando, alguna vez lo estudió como un fenómeno de óxido-reducción y, a lo mejor, años más tarde, descubre que ese complicado proceso es un prodigio gratuito y personal. 1.500 cm.³ del programador cerebral se combinan con 1.200 cm.³ de motor para ejecutar la maniobra de adelantamiento del camión y, todavía, al mismo tiempo, observo la montaña que me sobrevivirá, veo al compañero diciendo: «es un cono de Cinder», pienso en el presunto cliente, el desespero de la venta y en la desaparecida fluidez de las ideas frente a la cuartilla. Y la vida, agitando en los fondos donde no acertamos a vislumbrar, con latidos de fuerza oculta, de magma subterráneo buscando la boca liberadora, mientras la distraída vegetación de la corteza teje lianas de sopor.

La vieja carretera, en lo alto, a distancia de manos corsarias, hace veinte años era un cosquilleo de curvas con sorpresa de camión cargado de tomates. Los pueblos se encalaban de blanco para adormecer el silencio y en los bancales de los tajos las huertas de jable abrigan el verdor simétrico de la papa cuya nascencia sentía fructificar con vigor de parturienta.

Aislados y robustos pinos mostrando la tenacidad de los años en el corte de la carretera, austeros símbolos del orgullo vencido, de leyendas de una raza sepultada por la pesada cruz de la espada.

Un letrero anuncia la proximidad del desvío a Grana-dilla. En San Isidro debo encontrarme con el patrón; un

hombre joven y alto, barbudo y de signo Sagitario. Definidos como temperamentos esquizotímicos, coléricos e impulsivos. Predisposición a las enfermedades de las vías respiratorias y del sistema nervioso. Lo aguardo en un bar viendo rodar la escandalera del «envite» de unos obreros sin trabajo. Son rostros prematuramente envejecidos, de ojos vegetativos, que traspasan el ánimo a las voces destempladas del juego o de la charla futbolística. Al poco tiempo llega la estampa patética del quijote que aguardo. Trae de acólito un hombrecillo de talante mexicano, cebadita pulga de bienestar. Repartimos el trabajo y cada uno tira por su camino.

Este negocio requiere paciencia de cazador y huronear en distintas madrigueras para localizar a los dueños o encargados de finca. Fyffes es el nombre de una compañía inglesa de frutos, de antigua raigambre en las Islas y actualmente controlada por capital yankee desde Boston, cuyos salones en la capital fueron cárceles durante la guerra civil. Los terrenos de Fyffes llegan de la cumbre al mar, todavía se ven los muelles y las pilastras que sostenían los cables para el traslado a bordo de las ceretas de tomates, y vagonetas carcomidas presentando aspecto de muerte inesperada en la batalla. Don Teófilo es lo que resta de vida. Cuida los galpones habitados por el tiempo y, —como un hombre aún de viejo, dice, debe trabajar con las manos—, construye una chalana para los nietos. La mujer barre el pequeño patio de la casa cubierto por una «buganvilla». Charlamos:

Lo tanteo.

—Para esta zafra, don Teófilo, no veo el meneo del año pasado.

Don Teófilo esquivo y lanza cortinas de humo.

—No sabemos. Todavía no ha empezado. Los campos

ya no rinden, no hay quien los trabaje. Cuando el rico se agacha es que la perdigonada no anda lejos.

Saca un virginio fuerte que ablanda con dedos de plátano mayero. Asiento a sus palabras para añadir que la cuestión es asunto de «desasne y dornajo».

—Usted me dirá, si el burro cambia de amo todos los días, el dornajo ya se sabe!

Reímos a gusto.

—Mire, los viejos tenemos una ventaja: Ya tenemos hecho el camino. Vds., la gente nueva, piensa que el carril es diferente pero, créame, siempre es el mismo. Vaya a la Hoya. Beltrán es el hombre que Vd. busca.

El caserón de Hoya Grande, donde estuvieron centralizadas las oficinas, ocupa la altura, al margen inferior del nuevo recorrido de una carretera, dominando la vasta propiedad. Oculta por un oasis de palmeras y altos laureles de grueso tronco esta vieja construcción amarillenta tiene trazado rectangular con patio interior a semejanza del «impluvium» romano. Los jardines, ahora abandonados, recuerdan los del desaparecido Hotel Pino de Oro. Sillas de mimbre, la hora del té y conmovedoras cursilerías repartidas con el tacto digital con que se toman las pastas del plato. Respiro la elasticidad muscular del antiguo imperio colonial inglés. Conservan las mesas altas, de riga oscura, de contabilidad, e igual silencio de hospital para el delicado trasvase de los números en las diferentes partidas. Llegué a conocer a Mister Walker, hombre jocundo, de prominente estómago y atronador entusiasmo por la «perra de vino» que, continuamente, secaba el enrojecido rostro con un pañuelo blanco de dimensiones de sábana. Ya jubilado, cuando el médico le prohibió el vino, comenzó a tomar té de las cinco en adelante. Servicio personal

compuesto de tetera, colador y taza. La infusión se repetía ante la estupefacción de quienes ignoraban la broma.

Lindante al caserón de Hoya Grande sube un camino de piedras que distribuye las casas terreras de los encargados. No encuentro a Beltrán. La peonada sigue siendo la misma. Anónimas «espaldas mojadas» de la Gomera que cambian temporalmente el escenario de su servidumbre. Tomando el antiguo Camino Real que empata con la prolongación de la Autopista el coche acredita la nominación popular de «cuatro latas». La finca del «Cardón» no tiene pérdida; es más, llama la atención. Junto al arcén verá unas alargadas tiendas de mallas que sostienen en la armazón de los techos numerosas lámparas. Un corto camino asfaltado conduce al pie de un frondoso laurel que representa el eje distribuidor de las diversas dependencias y almacenes, tras los cuales, próximo a la carretera, se encuentran las viviendas de los temporeros.

La historia de la propiedad casi entronca con el inicio del cultivo del tomate. El naufragio de la Primera Guerra Mundial, como en otras ocasiones de la historia europea, varó en la Isla un alemán que emprendió, modestamente, el negocio de la exportación. La perspicacia y un vigor de lansquenete al servicio del comercio frutero, bien pronto le permitió financiar a otros humildes agricultores que, ignorantes de los entresijos del mercado internacional, calculaban: A más planta más dinero. Algunos se arruinaron y Don Otto compró tierras. El tiempo le convirtió en importador, y en este tejemaneje de toma y daca veía remontar las cuentas bancarias con la alegre inconsciencia del cántaro de leche al fuego. Su personalidad aglutinó a la colonia alemana sedienta de un caudillo; de la cual entresacó un individuo con mandíbulas de «bulldozer», que batió marcas y gente de tal manera que obligó a Don Otto a convertirlo en socio de la firma. Los hijos

no se apartaron de la línea paterna, incluso la mejoraron. Una educación pragmática de cabeza rapada los convirtió en ídolos del Club Náutico; lo cual, traducido en boca de nuestro clásico, es que... «así ensillaba el rocín como tomaba la podadera». En una sociedad climatológicamente abúlica y genealógicamente blasonada por la ley del mínimo esfuerzo, esta postura, novedosamente realista, causó impacto. Admiración que los hijos del Don Otto tradujeron en vínculos comerciales, porque para el vínculo matrimonial, Don Otto, los envió a Alemania. Excepto a Renata, que amaba los cuerpos morenos y los ojos de obsidiana, con gran disgusto del Padre, ya viejo e incapaz de dominarla. Era por el año 1936. Alemania cantaba «Deutschland über alles» ...y España se desangra con un traje de luces azul y rojo. Renata encarna un futuro de mil años de gloria; con un cuerpo de yegua percherona de cola cortada era capaz de nadar al límite olímpico y aniquilar en una tarde de tenis al más presumido de los adversarios masculinos. Así como amaba a los socios del Club con vigores de gladiador, no ocultaba su menosprecio por las nativas: «Mujeres de harén o soñadoras vacas de prado...», decía. Poseía instrucción y una capacidad mental nada desdeñable; cuando ponía en marcha sus conocimientos resultaba demoledora hasta el punto de olvidar que para los hombres, generalmente, la mujer inteligente es aquella que plantea cuestiones a las que el interlocutor pueda responder.

Don Otto se fue de este mundo sin ver casada a la hija; tuvo entierro de primera, a sus numerosas y selectas amistades se unieron los acreedores de él y de los hijos, que habían llegado, ya casados con firmes teutónicas, para el luctuoso acontecimiento. El reparto de la herencia quedó unificado en una Sociedad en la que Don Guillermo, «el «bulldozer» administrativo, aumentó su poder y el de la firma. En la Isla rumoreaban oscuros

negocios de guerra. Alemania vencía, Stalingrado estaba lejos, y la colonia extranjera, en el barrio Pino de Oro, exhibía grandes y vistosas banderas con la cruz gamada. Inquilino de aquellos parajes era Herr H... Alto y ceremonioso caballero de rostro aplastado, máscara japonesa que no perdía ocasión de taconear el saludo y explicar «cómo y hasta dónde habíamos llegado en el avance de ayer...».

Renata partió para Alemania dejando su parte de la herencia, las tierras del «Cardón», a la administración de la Sociedad; instalada en una de las calles empedradas que desembocaban en el muelle del viejo Santa Cruz, en La Alameda. Casas de estampa colonial. Tiempos de cambullón y de estraperlo. De aprensivos susurros y ruidosas borracheras en «La Viña del Loro», donde el tiempo transcurría con potala de «Roskopf», horas que alcanzaban a la quietud ciudadana del cercano estacionamiento de carros de asnos y mulas en espera del viaje. Entonces los barrenderos usaban escobas con una espátula en el extremo del mango. Algún recado tuve que llevar a la Oficina del Don Otto, porque recuerdo una fotografía grande: Don Otto a caballo, rodeado de tabaibas y solajero, brazo en jarra. De la camisa blanca surgía un cráneo pelado, embutido en un cuello con diámetro de rolo. Más tarde, al leer la biografía del fundador del breve imperio colonial alemán, Carl Peters, asociaba a éste la imagen de Don Otto. Los caminos de la isla se trazaban con la estela de barcos como el «Aguila de Oro» o el «Sancho» y diversos veleros de cabotaje dedicados al transporte frutero, cariñosos y cabeceantes cetáceos atracados al muelle, despidiendo olores de sollado, desnudos pies en baldeo de cubierta y el trajinar marinero junto a la ennegrecida cocina. La brea y la estopa del calafate fue la singladura de los que, alguna vez, con alma inconcreta, dieron la espalda a la isla, cansados del desdén de la aman-

cebada hembra. Viejas postales muestran el mismo yermo Sur y cabañas ilustradas con apelativo de «casa típica campesina». Lavanderas que aprovechan el agua de los barrancos o el mezquino chorro de la fuente pública. Rostros salidos de lajiales y tobas volcánicas, entregadas a cualquier esperanza. Aún hoy, las galerías de agua no han alumbrado suficiente para hacer brotar el verdor en los ojos de los habitantes del Sur.

El vértice decisivo de la Segunda Guerra Mundial, cuando cambia de signo, puede situarse en 1942. En noviembre, los soviéticos inician el cerco del ejército alemán en Stalingrado; los ingleses coronan El-Alamein y los anglo-americanos desembarcan en Africa del Norte.

En enero del siguiente año Renata regresa a la Isla. Viene acompañada por el marido, un joven y apuesto caballero llamado Hermann Von Oppen, al que achacaron ser antiguo miembro de fuerzas especiales. El cartel turbulento e indócil de Renata y lo sorprendente del matrimonio hizo dirigir la atención al recién llegado, cuya corrección y mesuradas opiniones contrastan con Renata, convertida en panfleto del Señor Goebbels, a disgusto de los hermanos, atentos al buen rumbo de los negocios y sabedores que, lentamente, han de poner la balandra al paio en espera de nuevos vientos. Los hijos del Don Otto, aunque mantienen el «pedigree» racial, mentalmente son mestizos pues nacieron en la Isla. A las virtudes germanas añaden las del país adoptivo; la suspicacia adquirida les advierte que la ostentación de talento o riqueza son difícilmente perdonados en el marco reducido de cualquier sociedad cuyo equilibrio es una partida posicional de ajedrez. Forzar los movimientos supone un estrepitoso fracaso para el atrevido. Si bien, ellos saben que el carácter acogedor y tolerante del isleño, y algunas disposiciones legales, proporcionan al foráneo cierta «patente de

curso» para intervenir en los diversos aspectos de la vida colectiva y desligarse de la misma cuando surge el compromiso o la rentabilidad no es barranquera de invierno. Los nativos, recelosos entre sí hasta el agravio, entregan al forastero, con candidez de pícaro, duros a cuatro pesetas.

Por azares ajenos al cuento me tocó asistir a la boda de la hija de un personaje relevante y ligado a los intereses de la Firma. Los invitados, repartidos por el amplio salón de parquet calibran estrategia de saludos para irse agrupando por la afinidad selectiva que impone la astucia social. Los camareros transitan entre los corrillos repartiéndolo alargados vasos con güisquí. Toda una ciencia para el «snob» de salón el acto y postura de ingerir bebida en pie, y amparo del solitario que pone aplicación de oficio manual. Pero las bodas, como los entierros, se prestan a tópicas reflexiones que deslizan hacia la borrachera y allí está, para evitarlo, la hermosa presencia de Renata, asediada de amigos, vestida de un azul con luz de mediodía y mostrando, turbadoramente desenvuelta, la firmeza de sus carnes, y los wagnerianos pechos sin sostén que acusaban el ardor de la perorata:

... La matanza de la oficialidad polaca en los bosques de Katyn por los comunistas es un ejemplo más del porvenir de nosotros si ganan la guerra. Alemania lucha sola para salvar a Occidente... El protocolo de los sabios de Sión previene un plan internacional de conquistas, por medio de la alianza judeo-masónica, para esclavizar el mundo.

La conversación de Renata resulta peloteo de frontonista sin adversario. Confusas noticias perfilan los horrores de Auschwitz y se teme la intervención de los aliados en España. Ninguno de los presentes argumenta pese al deseo común de no perder la presencia que invita a des-

mesurada gula. Uno de los desconsolados susurra al compañero:

—Tú verás cómo se desbarata en cuanto tenga hijos.

Renata que acertó a oír algo, exclama:

—Hable alto para que te escuchemos.

Titubeante, el sorprendido, arguye:

—Yo creo que debemos pensar en la superioridad numérica de los rusos, en la intervención americana con su industria y recursos naturales. Digo, me parece un peso considerable en la balanza.

Renata, sacudiendo la melena, con sonrisa que la imaginativa concurrencia convierte en campo de plumas, responde contundente:

—Mira, en ochenta días un ejército de cinco millones de alemanes se adueñó de Rusia. ¿Qué dice eso? Superioridad técnica, organización y mandos capacitados. Los rusos están acabados; el pueblo, ignorante y cansado de la tiranía comunista, está con nosotros y ha formado un cuerpo de ejército; la división Wlasov. ¿Lo sabía? En cuanto a los americanos puedo decirte que, aparte de la distancia a los campos de operación y el ataque de nuestros submarinos, nosotros disponemos también de las grandes reservas de materias primas rusas. Además, sabemos que acumulan fuerzas, sin material ni instrucción, para desencadenar una última y desesperada ofensiva. Es la agonía de Stalin para salvar lo imposible.

La gente viene a comer, a decir sandeces y tantear un mercado de libre cambio para lo negociable, que suele serlo casi todo, así que las palabras de la hija de Don Otto se pegan sudorosamente a los cuerpos y comienza a cundir la exasperación de la huida que disgrega al grupo camino de las mesas. En las bodas vernáculas los invita-

dos rodean la mesa presidencial en grado de parentesco y amistad, así que ajusté mi sitio a la tradicional premisa. Tuve la sorpresa de encontrar la mesa encabezada por el señor Von Oppen; a quien había divisado de lejos, acompañado del decano consular en sonriente coloquio de mutuo asentimiento. Afable con las damas, seducidas por el halo marcial y diplomático de su persona, cordial hacia los hombres, eludiendo temas espinosos, e imponiendo una conversación de tono coloquial e intrascendente.

Acostumbramos a impregnar las vidas ajenas de la aventura que carece la nuestra. Leves cristalizaciones que precipitan un desdoblamiento personal o fermentan inconfesados prejuicios. La avidez juvenil, inseguridad y altanería, con desordenados apetitos de absoluto, es un terrible sarampión que puede, según los temperamentos y experiencias, dilatarse con la edad. Por aquel entonces no lo sabía y sentía malestar al experimentar simultaneidad de sentimientos ante la figura estilizada de Von Oppen. Es la contradicción del vestir —pensé—: En impecable corte gris-marengo lucía, negligente, un alborotado pañuelo en el bolsillo superior de la chaqueta y que a mí se me antojó llevaría el mote de la dama. Alguien preguntó si regresaría pronto a Alemania:

—Mi esposa quiere mucho este hermoso país. Pensamos trabajar con la firma en las tierras del Sur.

—Pero la guerra no ha terminado y el Sur es un desierto, un destierro, Vd. no lo conoce. —Interrumpió, deliciosamente femenina, otra de los comensales.

En incipiente y aplicado castellano, amortiguando acogedoramente, respondió:

—Alemania, Señora, quiere ganar en el campo de batalla y en la guerra de la paz. Yo deseo que vencamos en esta última guerra y para eso he venido. El Sur, con

maquinaria, fertilizantes y personal adiestrado, también puede triunfar.

Las mujeres tienen una teoría de lejanas insinuaciones para afirmar la feminidad y hacerse perdonar las inconveniencias. Había sido una finta perfecta del alemán, así, al menos, lo entendí. Mirándolos alternativamente aporté mi tercio a espadas en forma de nube.

—Sin que diga nada nuevo, entiendo que el Sr. desea expresar que tanto la paz como la guerra son caras de una misma moneda. Retos siempre presentes en la vida y que las dificultades existen para vencerlas.

Hablé despacio. Deseé que notara mi presencia, como si con ello obtuviese la clave de aquella personalidad que parecía procedente de otra distancia pese a la sencillez del comportamiento. Atendió cortesmente mis palabras sin exteriorizar nada. Debía saber que barajé una cita del «Mein Kampf». Me bordeó suavemente y se lanzó a un cuestionario de sorribas y precios que los otros invitados acertaron a ilustrar.

Cercano el final de la fiesta acudí al anfitrión para felicitarle y agradecer la gentileza. Presente en un grupo que ostentaba redondeadas copas de coñac y olorosos habanos, me acogió afectuoso abriendo mansamente el círculo de personas, a quienes tuve que estrechar la mano. Llegado al Sr. Von Oppen éste extendió la mano firmemente diciendo:

—Nos agradaría verle alguna vez, venga a vernos.

Partí rebosante de importancia, de inquietud porque olvidara la invitación, quería ser como él: próximo y distante, creyendo en la firmeza de mi destino. Como aquellos «panzers» de los noticieros, inescrutables y poderosos y demasiado humanos para ser benignos.

Veinte años para acudir a una cita es un retraso considerable. Alemania había perdido la guerra y ganado en la paz. Belsen y Mauthausen se repitieron en Corea, Vietnam, Nigeria y otros lugares del mundo, los judíos aprendieron de sus verdugos en tanto los Metternich de turno repartían argumentos a base de dinero y cañonazos. Y como Eichmann había dicho en el juicio de Tel-Aviv: «Matar a partir de uno es una cuestión de estadística». Ah, es cierto, previendo el futuro, el hombre llegó a la Luna. Nada había cambiado, nunca pasa nada. Es una época en que la capacidad de asombro está saturada, salvo para el egoísmo de una lotería que nos libre de tomar la guagua cuatro veces al día, teclear en la máquina o matar la vida cuadrando los céntimos de una caja. Quizá algo haya ganado, la pequeña libertad de rodar por la carretera y mirar las montañas y el cielo y el mar. Visitar clientes que lo contemplan y escuchan a uno como si Vd. tuviera un remiendo descosido en el trasero es un ventajoso inconveniente que puede subsanarse recordando la anual celebración de la Iglesia cuando lava los pies a los mendigos. La Isla parece tumbada al sol, importándole un ardite el trajinar que corre por su costra volcánica. Es

el goce de la especie integrada en una conciencia universal como el lagarto de fetasianos párpados, atento al bullir planetario de los minerales, abriendo el abanico de las patas para que fluya el tiempo que ignora. Soledades de paisaje que devuelven al individuo esa plenitud que el guirre extiende en las quietas alas cuando avizora la presa. Veo unas turistas congestionadas y nalgudas, una pareja de la Guardia Civil y vacías construcciones del apresurado ordeño turístico.

Los hombres responsables de las factorías urbanas convocaron la opinión pública: «Destrucción del entorno, fauna y especies vegetales, erosión de la convivencia social, etc... Conferencias y congresos con amén de ágape. La clase dirigente, con tambor heráldico de boletín oficial: «Ordena y manda...» para que el generoso impulso diluya en papel secante por corredores y mesas de pesadilla kafkiana, mientras brotan blancas deyecciones copiadas de cualquier revista, desencajadas de un paisaje tan peculiar como el canario, cuyas antiguas construcciones reflejan un aire tan digno y sobrio, de lineal simplicidad, como expresión de un carácter humano ya casi recuerdo de folías. Olvidamos que «Il futuro è racchiuso nel passato», futuro que son los niños y el pasado... algunos de suficiente conciencia histórica para comprender que la solución es esencialmente educativa. Voces disidentes y solitarias, truncadas vitalmente en una línea humanística, procedentes de una pequeña burguesía que cumple la función del jamón en el bocadillo. Heredera de un liberalismo rector y ecléctico, esta burguesía, en las nuevas generaciones, se radicaliza pendularmente aguardando su destino de sustancia digestiva. Formas de expresar, me digo, la decadencia vital; pues lo cierto es que cuando el título de bachiller se hace efectivo Vd. ya es un agnóstico y piensa estirar un poco más tiñéndose el cabello. Inadvertidamente se desliza, sin posible retorno, hacia el

idealismo filosófico acompañado por un arco iris de píldoras que apuntalan succulentos manjares de materia.

Cierta vez fui al Juzgado para consultar al Sr. Juez estas dudas; el ser amigo o conocido me permitía atravesar seguro los corredores con la suficiente altivez para ser falúa entre las ancladas y mortecinas gabarras de redondos ojos de buey. Golpeé con los nudillos y abrí la puerta que dice «Señor Juez». Meditaba ante un tablero de ajedrez la próxima sentencia. Contemplé la cabeza de conejo blanco y el vibrátil hociquito planeando los trebejos. De pie, el fiscal, con estudiada indolencia, me sonrió y volvió a la lectura de una revista piadosa, parecía una putilla de colegio de pago. Aunque esta imagen puede no ser veraz pues imagino que el papel de proxeneta legal no gusta a nadie. Era un problema sencillo, una vulgar celada de la apertura escocesa que remataba un simple juicio por deshauccio. El cebo de un peón inicia la agonía de las negras en el duodécimo movimiento. Canté la jugada. Volviendo la cabeza sonrió con tristeza y me dijo:

—¿Así de fácil lo ves? No sabes que Steinitz en el 4.º hacía... D5T, y que la teoría propone 4.º... C3A ó 4.º... A4A y Keres insinúa P4D?

Noté que su rostro ensombrecía. Se levantó ágilmente y fue al aparador para coger un libro de recetas:

—Escucha. El deshaucciado no puede pagar porque invirtió sus bienes en una hipoteca sin el requisito de la escritura pública, lo hizo en un papelucho: Artículo 1.875. Párrafo 1.º del Código Civil. Artículos 23, 25 y 145 de la Ley Hipotecaria. Instrucción del 9 de noviembre de 1874 y Sentencia de 5 junio de 1860 y otras... —Agitaba el libro, parecía querer romperlo—. ¡Qué movimiento puede salvar a este hombre! —Exclamó, mirando desamparado al fiscal que, a su vez, me inspeccionó gravemente. El silencio hizo crecer los muebles, los libros de leyes mul-

tiplicaron con velocidad de áfidos y la voz me llegó distante, con sordo traqueteo de locomotora—: Anda y siéntate. Juega tu partida.

Inicié una apertura posicional con relato en tercera persona:

—Era... No: Es un hombre extraño. Todos los días apunta, meticuloso, los gastos del día.

Café, dieciséis pesetas.

Tabaco, veintidós pesetas (fuma mucho).

Y, alguna vez añadía: Libro, doscientas cincuenta. Difícil de elegir, por cuanto tardaba mucho y temía, al final, ofender al librero si no compraba.

Digo que era, es, un tipo raro, porque pese a esa contabilidad quiere, algún día, tener la más completa y variada colección de cristales de playa. También apetece un submarino para asustar los galeones que vienen de Indias cargados con el quinto del Rey.

El fiscal dejó la revista y se sentó ajustando la raya de los pantalones. Deseaba entrar rápidamente en el medio juego para lo cual realicé un cambio desfavorable de piezas.

...Es evidente que a todos les explico mi contabilidad. La letra de cambio no la domino, pero estoy atento a las cotizaciones de Bolsa. El mejor barómetro para conocer el índice de los hombres responsables. Don Ramón, el portero del tío Vicente, me informa, después de lavar el Jaguar del pariente, mientras se fuma un puro. Es cojo, mutilado de guerra, y por sus ojos se deslizan ternuras de cura sin parroquia. Cada vez que don Ramón me abre la puerta del edificio se pone sotana nueva. Es un delicado reproche a mi cartera de colegial.

Por sorprendente que parezca, estoy enamorado. Aun-

que, quizá, no debiera decirlo. La conocí cuando, yo pequeño, mi Padre abrió la llave de un jardín extraño y dejó correr el agua. Confundido por el derroche; en época de penuria, cerré la llave. Airado, la abrió nuevamente. El agua corrió, entonces, lenta, ávidamente sorbida por la tierra, hasta llegar a un mechón de escuálido césped. La tierra se abrió con el color de empapados labios. Miré la mano de mi Padre, sus largos dedos trazaban surcos de muchos ríos.

Había sido un disparate cambiar la seguridad del fusil por lanza y adarga. Desarrollé la dama negra por el flanco abierto de las blancas. El Juez observaba, sin decir palabra, mi juego alternativo. Replegué las blancas con intención de dar un golpe de ballesta cuando se situaran en la casilla prevista.

Tengo un amigo con ojos de fauno y manos de niño. Se alimenta de trebolina y, para disimular, cura gente todos los días.

La mujer le reprocha públicamente la dieta de trebolina. Pero bien sé que aquellos densos y negros ojos son cuevas de amor. Mi amigo, cada vez que lo veo, saca el talonario y me da cien mil pesetas. Me da vergüenza. Por eso no lo visito los domingos. Cuando tenga el submarino saquearé las afiladas fragatas de Sir Walter Raleigh. Los conocidos me paran en la calle para preguntar: «¿Qué haces?» «Soy labiótico por la Universidad de Alabama», respondo. Añado por la Universidad de Alabama para no molestar a nadie. Por ejemplo: Un día salí con Alfredo a vender artículos responsables. Me di cuenta que él puede ser labiótico. Hicimos una carrera de ascensores. Como labiótico debí perder. Empatamos. Particularmente estas cosas me asustan. La vocación labiótica debe ser un descubrimiento personal. Además, implica

elementos masoquistas que hacen sufrir a quienes dependen de nosotros. Mi deber, creo, es apuntar las viejas y elementales doctrinas de Epicuro. Al fin y al cabo, la generalidad humana conoce, intuitivamente, la rudimentaria anécdota de los textos. En esta profesión es difícil alcanzar la genialidad: Un experto podría argumentar; ¿Rimbaud? ¿Dalí?... El primero desaceleró y tuvo la precaución de llevar, postrera e inútilmente, buena contabilidad. El otro es un payaso del que tengo la sospecha de que ha consultado a la Doctora Aslan. Los genios son desconocidos, anónimos sufrientes. Conocí, vi —mejor dicho— un genio encerrado en un ataúd: Félix. La contabilidad es una terapéutica no suficientemente estudiada. Hasta el presente sólo tiene resultados dermatológicos en los casos graves. Hay exégetas que propugnan la droga para rozar latidos de mórula. Esto, francamente, es peligroso. Si tiene esa tentación recuerde a Wherter ante la amada, desnudo y con gorro de dormir. Aunque, en definitiva, esto no importa dada la gravedad del censo demográfico que impide al individuo ser resueltamente bueno o malvado. Parezco irremediablemente perdido. Debo asirme y preguntar los sabores. Debo olvidar los textos que reclaman históricamente el esfuerzo del individuo por ser, mentirosas evocaciones de personajes, nieblas especulativas de amarguras no compartidas con la simple presencia de las cosas. Don Pancho, con ser hijo de Mercurio —patrón de comerciantes y ladrones— explica la situación con racional clarividencia.

Llegado a este punto de la partida el Juez cambió una mirada de inteligencia con el Fiscal y me interrumpió:

—No sigas. Vencerá quien tú deseas.

—No, Señor Juez, pierden blancas y pierden negras.

—¿Tablas, entonces...?

—No, Señor Juez, eso es teología. Incluso Vd. que dicta sentencia... también pierde.

El fiscal alzó una mano con gesto de índice para decir suavemente:

—A tu amigo podría aplicársele la ley de vagos y maleantes si no tuviera la impresión de que es un catatónico con embeleso de mosca pegajosa. Y esa Señora tetuda, como Vd. la llama, joven, regula y hace posible la convivencia. Impide el juego mal intencionado, la cobardía de las tablas y la farsa de esa partida que evade y diluye la responsabilidad del protagonista involucrando personas ajenas. Se inventa un rival y comete la bellaquería de hacerlo perder, a él y a todos nosotros. Instalado en su ignorante egoísmo altera toda norma ética y jurídica, anula el progreso humano. Me molestan los zánganos intelectuales... así que...

Tuve la torpeza de contestar, pues la prudencia suele ser resignación o indiferencia que acumula el excipiente de los años.

—Y Vd., Señor mío, resulta un payaso vocacional que llama ética al arte de la domesticación y norma jurídica al látigo que empuña. Desconoce que cada hombre reclama «su» justicia, libertad para el ejercicio de esa partida única y solitaria que, a su vez, concierne al mundo. Entregarse con la pasión egoístamente viril del Hijo del Hombre es el susto de la virtud doméstica, por eso han necesitado fabular la historia de un asesinato legal para colocar la imagen crucificada en esta sala y en la cabecera de las alcobas del coito. El ejemplo de esa muerte, Señor, fue el reto a nuestro compromiso existencial. El juego de uno es el de todos, y a la inversa. Pierden blancas y pierden negras.

El fiscal, lívido de ira, avanzó hacia mí, pero el juez

se interpuso y tomándome del brazo me condujo hasta la puerta diciendo en voz alta:

—Toma pastillas de magnesio, te vendrán bien. El magnesio reconforta el organismo, vitaliza el cerebro. Todos tenemos trastornos periódicos del metabolismo.

La puerta con el rótulo «Señor Juez» se cerró. Invasado por una tristeza de hospital atravesé los pasillos en busca de la salida. Al pie de los bancos, ahora vacíos, quedaba el clamor impotente de diseminados y aplastados cigarrillos. Tomé pastillas de magnesio, añadí un complejo vitamínico y aquí estoy, rolando de Norte a Sur, a expensas del viento. Todavía camino con el temor de los elementos inservibles que lastran la vida del individuo a partir de la decisión paterna de educar al hijo. Observe cómo el aire se pliega y ondula para ser poseído en una reciprocidad de visión y sentimiento táctiles que, como la música, se recompone en imágenes y obstinadamente, con esa inercia educativa, intentamos dar coherencia cartesiana.

Una salvación puede ser, para decirlo de alguna manera, dejarlas pasar ectoplasmáticamente. Por eso no me extrañé cuando Alejo, el cabrero de la Isla Baja, relatando trozos de juventud, dijo:

—...«Jalando» cabras, Vd., de Masca hasta las barranqueras de Buenavista. Gofio y agua amasados para comer; pero cosa de chiquillos, me gustaba estar a tras de ellas. Si llovía pasaba las horas muertas quietito en una cueva y entonces, yo que ni sé leer, «sabía que lo sabía todo»...

Estos viejos hombres, esparcidos por las soledades de nuestras Islas, afloran del paisaje con quietudes de piedra, guarecen los musgos del Principio con acentos bíblicos de parábola.

El sol está alto. El milagro secreto del agua verdea de platanera la zona que transito. Y el mar, enardecido de luz, se extiende hasta el horizonte donde la Isla de La Gomera surge con el color de esos sacos de yute que las tomateras convierten en delanteles para faenar. No es hora de continuar viendo gente, un sujeto con el estómago vacío se torna peligrosamente agresivo si además de escuchar debe comprar. Comidos restablecemos la paz con los hombres y la digestión es propicia para este oficio de saltador. Playa San Juan posee una casa de comidas con amplios ventanales al mar. Se ve la playa, un viejo horno de cal y las chalanas de pesca. Aquí se reúnen los trota-caminos que escarban la peseta con premura de gallina; y algunos del lugar, parcos de palabra y fecundos en señorío. La «vieja» que me sirven es roja, grande, tiene aires cardenalicios, le añado humilde vino blanco de la Guancha, ligeramente áspero, para suavizar el palaciego boato de manteles y servicio. Saludo e invito a Don Ibrahim, administrador de fincas, que campechano y cordial agazapa tras los gruesos cristales unos ojos oscuros que se me antojan de inteligencia felina. La charla se desliza flotante, desplegando suficiencia de hombres acomodados,

con merma de pipas en la atarjea y libres, por tanto, de cualquier sospecha agitadora. Cubiletean los temas y un observador casual podría jurar que los dados no están marcados.

—Mire, otro día hablamos de negocios. Cuando la tomatera esté en la primera caña. Vamos a saborear las «viejitas» y a olvidarnos del fútbol, de coches y hasta de los indios.

—¿De cuáles, los de Bombay o los de la Plaza-Can-delaria?

Don Ibrahim, antes de contestar, achicó los ojos y sonrió.

—De ambos, pues a unos los tenemos lejos y a los otros demasiado cerca para no dolerse cómo se apoderan, impunemente, del comercio canario.

Vea sus rostros mantecosos, arrogantes e inflados como culos y compare con las fotografías que muestran los estragos del hambre en la India. Noches atrás escuché por radio los trémolos de un señor de Las Palmas, en las fiestas culturales de Garachico, sobre el «melting-point» de razas que ha contribuido a nuestra historia insular. Me gustaría saber si metió un «chanrai» en la lista.

Me observa a través de sus cristales, mide el efecto de las palabras y sonrío para sí. La ventaja de las gafas consiste en una posibilidad combinativa en nuestras manifestaciones sociales. Suma o resta de la intencionalidad expresiva. Despojarse de ellas es un acto de conciliación, de entrega. Claro está, depende del número de dioptrías. Don Ibrahim apoya los codos en la mesa, interrumpe la comida y continúa hablando pausadamente.

—Expulsamos a los moriscos para importar indios y compensamos la balanza de pagos mandando los nuestros

a los «ghettos» de las fábricas europeas o a Venezuela. Y esto es porque la autoridad se molculiza en grupos que intentan el asalto al poder, desbordan la concepción de Estado, e imponen un neo-feudalismo que atiende exclusivamente a los intereses económicos privados y momentáneos. Imagine lo que filtra por ahí: Desgaste por antagonismos, premuras de enriquecimiento, parcialidad de la justicia, prebendas e inquietudes sociales que obligan al menesteroso a convertirse en siervo de la gleba del Señor Feudal.

Hago señas al camarero blandiendo la botella vacía del vino. La hora atrae una mezcolanza de público ruidoso e impaciente por el afán de comer: Camioneros, obreros de la construcción, viajantes y algún taxista del Puerto de la Cruz acarreando turistas que contemplan risueños la algarabía de zoco del local. Don Ibrahim emplea vocablos de texto como un estudiante repasando una materia que no tiene muy clara. Vierte la conversación con paciencia de rumiante, al socaire avizora la entrada y salida del personal. Toma unos bocados y prosigue:

—La política de una nación requiere, para ser fructífera, que los intereses de gobierno se subordinen a los de Estado en una prolongada continuidad de tiempo. Ahí tiene el caso de Inglaterra. Nosotros, nuestra historia ha permanecido estática. Vd. lee asombrado como los males del siglo diecisiete siguen vigentes: Devaluaciones monetarias, enchufismo estatal y el paso de un proletariado obrero a otro proletariado-intelectual que deriva al logro de puestos burocráticos para conseguir las exenciones y privilegios de las clases cultas enriquecidas.

El mozo acude con el vino e interrumpe las reflexiones de mi compañero de mesa. Reanudamos el almuerzo en silencio. El bullicio de la gente abejonea intentando salir por las cristaleras cerradas. Un niño corretea entre

las mesas, importunando, ante las complacientes y bobaliconas expresiones de sus papás. El momento del café dilata la vena expansiva de don Ibrahim y, secándose la boca, elige un tabaco de la caja que presenta el empleado, deslizándolo entre los dedos, dice con cabeceos de estiba:

—Sí, señor Atilano. ¡El negocio de todos preocupa!

Da los primeros tirones al puro siguiendo el curso de las volutas y añade melancólicamente teatral:

—Por si el paralelismo resulta deficiente incluya que las manufacturas estaban en manos de los italianos, los negocios agrícolas en poder de franceses y que los flamencos y alemanes recibieron del rey numerosos privilegios y franquicias, además de jurisdicción propia en los asuntos civiles y criminales. ¿No le recuerdan a los americanos? Nuestro negocio en el Nuevo-Mundo, por si fuera poco, pasó a manos de mercaderes portugueses y extranjeros. Con lo que el descubridor español resultó el obrero expatriado al hallazgo de la divisa en oro o plata. ¿Qué me dice, amigo?

—Vd. hizo estudios, ¿verdad D. Ibrahim? —Acerté a decir para reponerme del rollo.

—Derecho y, por situaciones personales, no terminé; después me dediqué a los negocios y encallé, con fortuna, como apoderado de estas buenas personas. La política no me interesa, hablamos por hablar, soy un trabajador que quiere laborar en paz y no desearía ver en la cuneta lo mucho o poco ganado.

Don Ibrahim comprueba la hora. Mira el mar, un barquillo de pesca pone una nota de patitío feo en la desierta llanura de agua. El hombre suspira satisfecho y deja caer la espalda en la silla balanceándola, abre compuertas:

—Sí, amigo Atilano, no cabe duda de la necesidad de una autoridad que concierte los intereses de la nación

para seguir progresando. Sí, no sonría, el proceso hegeliano no es patrimonio marxista; si lo quiere de otra forma diré que la especie ensaya incesable. Las condiciones de vida, algo tan elemental, han mejorado desde mi juventud para acá. Labradores y peones malamente semejan personas, han afinado hasta los rasgos físicos. Y no digamos del avance tecnológico, a escala universal, como consecuencia del duelo biológico de las guerras. No se lo piense, tanto en Moscú como Washington mandan los mejores, los capacitados.

—Hombre, Don Ibrahim, no quiero achantarle, Vd. perdone, pero un sujeto de la talla de Papini escribió que la lectura de los diarios le producía escalofríos viendo en manos de quienes está el mundo. Repare en eso de manos, hay un toquecito insinuante de latrocinio. Y otro fulano menos sospechoso, si cabe, soñador de la potenciación de la vida por la cultura, dice un montón de «vainas» referentes al tipo considerado triunfador, pone en duda la idea de progreso. Eso por mentar, porque la lista es larga.

—Bueno. Antes de agarrar artillería pesada, y el día es corto, sería mejor ponernos de acuerdo en las herramientas de uso: saber si lo que yo llamé «pan» es lo mismo para Vd. Y como eso lleva tiempo vamos a cerrar la navaja y hablar de otras cosas.

Hábil, y polémico con tacto, Don Ibrahim, señorea su cultura y maneja diestramente los cubiertos. El rostro en forma de quilla me dice que es hombre de andadura firme y con más rabo que una cometa para los negocios. Dice cosas atinadas en el aliño de la conversación. «Inglaterra siempre ha tenido huelgas de distinto signo a las nuestras. Inglaterra es un laboratorio que continuamente produce revoluciones sin que, apenas, las percibamos. Fermentan

las soluciones con la misma habilidad que los franceses decantan el vino.»

La charla decae y aprovecho para preguntar por los propietarios de «El Cardón». Don Ibrahim da un tirón al puro y, antes de contestar, deja salir el humo despacio para que arremoline.

—Gente seria, gente trabajadora y de empuje económico. Empezaron con nada, igual que nosotros. La mujer arrimó el hombro con coraje y él no para, y ya tiene sus años. Ya Vd. ve, extranjeros así nos hacen falta a punta-pala. Emplean un montón de personal, hacen correr el dinero y crean riqueza para la Isla, esos cuartos quedan aquí, digo yo.

Le relato mi impresión de hace veinte años. Era visible su capacidad de hombre de empuje, poseía ingenio sin pirotecnia, medido criterio con dotes de cancillería y un cauce subterráneo de firme voluntad apoyados en un talento práctico que imponían.

—Así es. Un hombre de mérito, como Vd. sabrá. Don Hermann estuvo en la guerra y ganó distinciones. En otro lugar hubiera tenido un destino brillante; con carrera, dinero, apellido ilustre e influencias. Imagínese. Sin embargo, ya ve, se vino a este destierro con la mujer cuando sólo llegaban las lanchas. Medio raro, eso sí, una vez me dijo algo que no olvido: «Lo importante de un hombre, señor Ibrahim, es realizar la vocación... si la encontramos. Por muy tarde que llegue puede llenar el vacío de los años perdidos». Pienso que estas palabras me quedaron en la memoria porque mi vocación y destino fueron sonámbulos. Ahora tengo mujer, hijos y responsabilidades.

Don Ibrahim cloquea al envainar y nos despedimos. El sopor del almuerzo y la cegadora luz de la calle invitan a la sombra y al sabio reposar perruno. Subo al coche para

reanudar la letanía de visitas: Mater intemerata... ora pro nobis. Mater immaculata... ora pro nobis... Turris eburnea... ora pro nobis; entonan el conductor y el desvencijado cacharro. Las tierras óseas, secas de llanto, esconden las manos que las arañan. Un hombre transita el camino, la ropa manchada de platanera y el rostro en la penumbra del sombrero pajizo, dice adiós y levanta la mano con ademán de aburrido cansancio. Los campos, surcados y mullidos, tienen mimos de «nana» para la planta frágil del tomate.

Me pregunto si el reciente interlocutor es sujeto ingenioso con vetas de inteligencia o al contrario. La metáfora ondulante, sinuosa, del verbo adquirió brillante expresión en los pueblos teocráticos y nosotros, ungidos de ecuménicos siglos, hemos alcanzado una sutileza que rebasa las cotas de la información diaria. El diletante de alfombra abre y cierra, veloz, la puerta, incontaminado, transfiere el mensaje que volatiliza el sólido y lo condensa en vapores. Es el sublimado corrosivo que luego, bajo la forma de cloro y mercurio combinados, aparece comercialmente como desinfectante de la náusea para uso y consumo general. Pero si la recta es un punto en movimiento que amarra la geometría desenredemos el teorema del Sr. Ibrahim: Neo-feudalismo testimonial de juglares y rapsodas que a voz de megáfono difunden el «mester de juglaría» entre esperanzas de amor y épica del «Ché» al grito despeñado de ¡Achaman! Cátaros y templarios traen la cabalística oriental para renovar los actos del Génesis en la Era de Acuario. Los signos celestes se multiplican y el viento de los profetas declara el tiempo y lugar de las visiones. La gran Cruzada retorna del misterio de Oriente portando las flores del «hippy», la droga salvadora del no hacer, frente al arrollador progreso de la gran Rueda eclesial tecnológica y comercial que los engulle, a todos, como embutidos de

«blue-jeans» y «prêt-à-porter». Y mueren, diseminados, los encaramados estilistas en los «slums» de Nueva York, en las Plazas de España y al pie de las acrópolis. Las nuevas rutas de Santiago se jalonan de monasterios y aisladas fortalezas que ostentan las conchas del «confort» para hospedaje de peregrinos, cuyo viajar impone la formación de grupos dirigidos en los que si el factor económico es el denominador del neofeudalismo para evitar el atraco mercantil tampoco están exentos de sufrir la piratería aérea o al salteador de caminos. Aparecen bandas de marginados que, mediante la violencia, ocultos en los bosques urbanos, afrontan la dislocación del poder central, inmerso en un complicado sistema feudatario de encadenados vasalajes de contrapuestos intereses. Los señores feudales alquilan mesnadas de «condotieros» o solicitan de los tributarios huéspedes de cabalgada para las «razías» que proveen y aseguran de materias primas al centro tecnológico. Los cataclismos sociales llegan a conocimiento del villano de la ciudad-tecnológica debidamente canalizados por el televisor. Junto a la imagen actualizada del Amadís de Gaula o Palmerín de Inglaterra, la justicia del «teniente Colombo» (anti-héroe-villano) alcanza los altos estamentos sociales y mercenarios, el «marshall» cabalga desafiando entuertos... , etc..., y la violencia real de la muerte de comunidades, que habitan esta cápsula espacial que es la Tierra, nos llega difusa, diluída hasta el embotamiento del cómodo sillón que acompaña el güisqui del villano.

Antes de parar en «El Cardón» a lo mejor subo a Guía, voy a la Cooperativa y, de camino, saludo al amigo dentista y su señora. Será cosa de echarse otro cafecito con un cigarrillo. Este Ibrahim acierta; la confusión nace de que es un individuo aséptico de imaginación y no se complace en estas carnestolendas mentales. ¿Tienen verosimilitud estas divagaciones? No es difícil, en cualquier período histórico, encontrar paralelismos que refrenden

análogas tesis. También puede suceder, en este tiempo de vértigo, confluayan en plan de síntesis diversos planos. Porque la aparición de Monseñor Lefèvre, cauto Savonarola al amparo de la plácida Confederación Helvética, no encaja en la distracción. Ni tampoco el problema de la Universidad, más parecido a lo narrado por Cervantes. Sin embargo, el artista que añadió barba y bigote a «La Gioconda» para señalar la ruptura y los nuevos horizontes del arte recuerda al inefable monje que, en la paz conventual del claustro, minió el palimpsesto con sueños de Gloria Celestial. Las «Esencias metafísicas» de Giorgio Chirico con sus lienzos de extraños objetos irreales, armados como máquinas, en cuyos fondos destaca un fuste o trozo de columna nos evocan el penoso esfuerzo monástico de conciliación. Mármol arrinconado como ese montón de trastos inútiles fabricados por una tecnología de segunda mano que, al poco tiempo, son inservibles y los utiliza el artista como elemento decorativo de amargura.

La Ciudad se ahoga en los límites impuestos por las murallas del congestionado tráfico. Camino del Palacio de la Señoría el carruaje de su Excelencia hubo de soportar el atasco causado por la violenta discusión de unos villanos que ataron los asnos al mismo poste. Malhumorado, después de situar el vehículo en lugar reservado, atravesó, camino del despacho, el mullido silencio de los corredores. Cerró los abiertos ventanales para no percibir el hedor de tanta caballería en la población y se dispuso a firmar documentos en tanto llegaron los restantes feudatarios para celebrar reunión del Consejo. Los miembros del Consejo, villanos toscos y ávidos de integrarse en el patriciado, eran escogidos entre los gremios diversos de la Ciudad. El ruido de cascos en el patio empedrado avisó a su Excelencia la llegada de feudatarios y miembros del Consejo Gremial, quienes entregaron a los ujieres sus hermosos cor-

celes para dirigirse, directamente, al Salón de Consejos. La reunión debía adoptar resoluciones con vistas a permitir un tráfico fluido, hacer tolerables los hedores, ensanchar las vías por limitación de caballerías y aplacar el ensordecedor ruido de los rebuznos. El feudatario encargado del Arbitrio de Galeones propuso dieran al honorable Sr. Taxis la concesión de un servicio ya ensayado por la Liga Hanseática. El representante del Gremio de la Lana sugirió la instalación de postes fuera de las murallas con destino a los asnos de los siervos de la gleba procedentes del exterior. Aceptaron, finalmente, la opinión del Gremio de la Carne que impuso el criterio de aumentar las gabelas sobre villanos y siervos de la gleba; siendo, por tanto, necesario incrementar las mesnadas dedicadas a la imposición de castigos corporales o su contrapartida en moneda, y dotarlas de yelmo, garrote y costosos alazanes B.M.W. para la persecución de los infractores. Acordaron, asimismo, la compra de una burra para conducir los asnos abandonados a los establos de la Señoría.

Subiendo las curvas de carretera que llevan a Guía de Isora el paisaje vuelca en el espectador una magnitud de fuerzas liberadas. Brochazos de ocre y siena de dilatados reflejos esculpen el vacío. Los límites del mar mantienen el equilibrio de las tensiones geológicas que revierten al espíritu con ese viento succionante de cosmicidad con que el hombre se resquebraja. Despierto al recuerdo de los lienzos de Pedro González y encuentro un estar evadido de palabras. Los deliciosos pingüinos de la etiqueta, con paso firme hacia la historia, cantaron el «cosmo-arte». Debo plagiar para decir; «nosotros, los verídicos», intuimos que allí sólo quedaron las cenizas del libro de los saberes. Llanamente surgió, en voz del amigo, del poeta, «el milagro del hombre». El páramo de las tierras que recogen el alúd de la materia trascendida, el olfato animal de la desolación.

Detengo el coche para descansar. Fumar es un gesto copulativo que facilita una extensa gama de resortes anímicos y, en este caso, piensa sea el esfuerzo de reconciliación entre vocación y destino. Abajo, junto a la mar, el caserío, las barcas y las desperdigadas notas de color. La carretera, insistente sendero de hormigas, invade el pen-

samiento con sonido de diana militar. Ignoro los vericuetos de quien se piense Guía de Isora un cachazudo «Pan» de pretil con leontina. Será, digo, por la carretera que atraviesa su barriga, camisa abierta para enseñar el ombligo de una plaza de viejos y frondosos laureles que, repentinamente, se recoge en callejuelas que visten de hábito franciscano. El porvenir busca la carretera y construye altos salones con vivienda. Si Vd. lleva el coche despacio, el aspecto de las casas sin encalar le darán imagen de can vagabundo. Algunos rodeos para localizar la casa de Don Luis. En letras grandes y negras, sobre fondo blanco, un letrero anuncia: DENTISTA. A las repetidas llamadas acude una viejecita embozada de negro que exclama recelosa.

—Si viene por el dentista, ahora está durmiendo.

—No, señora, vengo por Don Luis.

—¡Ah! ..., entonces Vd. es de fuera.

—Sí, señora, por favor, dígales...

La vieja desaparece sin dejarme concluir la frase. Quedo solo en la sala de visitas; el silencio, sin ruidos que lo corten, cataliza inquietudes de fumador sin tabaco. No sabemos tener la espera de los vinos en la bodega y el flujo nervioso avinagra el entendimiento de los hombres.

Pienso en el gesto narcotizante de encender la radio o el televisor, que prolonga la dinámica hueca del día para cariar la voluntad reflexiva y el pausado devenir de las cosas. Vuelvo a observar el veterano rótulo del dentista. Parece acompañarlo a todas partes con firmeza de símbolo. Miro unos carteles prohibiendo fumar y ojeo la tabla de honorarios, cuya lectura interrumpe el regreso de la vieja que me dice:

—Mire, que pase al cuarto de la silla, que ahora viene.

El cuarto de la silla resulta el despacho de consulta.

Montones de libros muestran el orden anárquico de quien trabaja en ellos. La silla parece abandonada y antigua pero, al descubrir el torno a pedal, tomo conciencia de que es un modelo perdido en la noche de los tiempos. A cualquiera, créame, le corren alborotos por la espina. Encima de la mesa, en un estuche negro, se ven instrumentos rotulados: «Pelican» es un gancho que imita el pico del animal. El «forceps» son tenazas de forma menos ruda y el llamado «Root-Elevator» es igual a la llave usada por los jardineros públicos para abrir la alcantarilla del agua. El eufemismo de la sirvienta, la silla; posiblemente aplaque muchos resentimientos seniles escuchando; desde la cocina, la ejecución del paciente. La llegada de Don Luis pone fin a las cavilaciones, su saludo desprende una jovialidad tierna y los ojos, de azul clarísimo, miran con distraído asombro. Irradia un magnetismo sedante que algodona el ambiente. El cabello, blanco, abundante y aleonado configura unos rasgos firmes, sin aristas, que ensamblan la noble prestancia de una inteligencia soñadora, domeñada por el ejercicio de la disciplina científica de sus muy diversos saberes. Don Luis no sólo desea desterrar el vicio del tabaco, sino que, al brindar hospitalidad al peregrino, le presenta variados jugos naturales para calmar la sed. A la petición de alcohol el desconcierto se extiende a la mujer, de hermosa y flexible figura, que responde: «Veremos si en el botiquín queda algo de la medicina de Luis...» Vuelve con una botella de «Napoleón» a la que hago cumplido servicio. Don Luis me conduce al jardín y, visto su entusiasmo, alabo el vigor joven de los limoneros.

—Sí, sí..., responde, distraído, observando una hoja.

La mala hierba amenaza invadir los geranios y dalias, presumiblemente de la señora; encuentro extraña la distribución de la huerta. Abundan las cactáceas entre limoneros y plantas de salón e hibiscos. Todas ellas, enfermas y atacadas de insectos.

—Esto es un desastre, Don Luis; voy a traerle un paquete de venenos y desaparecerán hasta las arañas.

Fue el detonante para que desarrollara una detenida exposición de los medios de lucha biológica.

—Mi jardín —concluyó— lo tengo lleno de «Cales noacki» para la plaga del «Aleurotrixus howardii». Y la cálida espinela de Ceylán que es la «Septempunctata» eliminará los árboles de «Toxoptera aurantii». He debido esperar mucho tiempo, como Fabre, para colmar esta ilusión en mi vida. Fíjese. Los Isleños, a partir de la Conquista, han practicado un absoluto menosprecio por la naturaleza. Repare en el trato ciudadano a los jardines, la agonía de los árboles en la calle, entre los cuales hallará verdaderos monumentos vegetales. Contemple la despiadada tala en beneficio del automóvil, la evasión colectiva, los fines de semana, llevando inmundicia y grosería a los apartados rincones de la Isla.

¿No encuentra curioso la ausencia de veredas públicas destinadas al paseo? Los extranjeros desesperan por encontrar caminos rodeados de vegetación, han de hacerlo por carreteras con evidente peligro físico. Siendo estudiante, en Leipzig, veía los niños en edad escolar acompañados de sus maestros yendo a recibir la lección de los bosques, a plantar árboles y limpiar los arroyos, con lo que la comunidad también ahorrraba. Los organismos públicos aquietan la conciencia con estruendo de campañas esporádicas pro-esto o pro-aquéllo que, al final, resbalan por la epidermis del ciudadano o del campesino. Si piensa que el alemán dice «Geige - spielen» y el francés «jouer-le violon» para expresar, literalmente, «jugar el violín», y otro tanto dicen el ruso y el inglés, podrá darse cuenta que para nosotros, todo lo que no sea la horizontal, es trabajo. Dispense la mordacidad.

Estas tierras de volcán trabajadas me desmienten. Ten-

go ochenta y seis años. Casi ochenta y seis derrotas. Cincuenta dedicados a la enseñanza: son bastantes generaciones. La vejez nos hace niños e impacientes. Ellos no tienen la culpa, nadie la tiene. Hay una frase de Curzio Malaparte que suele consolarme; «todas las madres dan grandes hijos al mundo, ellas no tienen la culpa de que la vida las defraude»; Inicié mi carrera poseído de fervor racionalista, si alguna vez suspendí un alumno fue por error, pues en tal caso, era yo el no apto. Entiendo la docencia como la capacidad de transmitir y prolongar un entusiasmo que eclosiona la curiosidad y conduzca a la vocación de vivir. Este es, pienso, el sentido de «universitas», universalidad fructificadora de un sentimiento amoroso a lo viviente y que, personalmente, hago extensible al mineral. La Universidad ha desembocado, apoyada en el concepto estatal napoleónico, en una especie de Derby donde los más aptos y nemotécnicos se auto-evalúan con mentalidad crematística de mercaderes. ¿Es este nuestro sentido cristiano de la vida?

Tiene un trombo en el sentimiento. Habla desencantado, sin rencores. Don Luis fue lumbre de infancia, imaginario transitar de atardecida lluvia con la ciudad desplo-mada en los charcos. Gabán oscuro, maletín abierto y libros. La Concepción destaca el sombrero de las horas para que pasen los muertos. El niño indaga las sombras acostadas en el musgo de las calles empedradas. El hombre del gabán se fue y dejó en la mano infantil una piedra negra, brillante. La mente acaparó la iridiscente imagen que el adulto aborda: la transubstanciación del individuo, Don Luis, al sentido universal de lo concreto. Entrega vital de comunicación inabordable al espectro social por la ruptura del esfuerzo dialéctico de éste con el entorno específico del paisaje, la tierra, el suelo que pisamos. La Isla, así, es una llaga en el mar y, El Teide, la giba narcí-

sista del isleño. Don Luis opina que «hemos vivido de prestado».

—Sí, porque hemos abandonado la tierra. Diáspora que ha permitido una paulatina, pero constante erosión espiritual y física del Archipiélago. Consecuencia de la incapacidad histórica para cultivar y reclamar el derecho a nuestra propia idiosincrasia. Insuficiencia que nos sumió en una aterradora hibridez cultural, social y política por no afirmar el núcleo de los propios valores en el yugo de la soledad que supone la intransferible experiencia y no uncir el arado que surge la propia tierra que nos duele.

Esta ansiedad trastornada, carente de sentido lúdico, condujo al isleño, por inevitable trauma, a la pleamar marina, desgajándolo prematuramente de la tierra nutricia. La vocación internacional de las Islas es una resultante geográfica y el aislamiento condición intrínseca. Solitario es el camino primerizo que apresa nuestra íntima realidad, prontamente relegada, sin desbrozar la mala hierba de sus taras, para entregarse al espejo del mar y confundir la libertad ajena con la propia. Desvalidas tierras sin roturar donde el intelectual liberado flameó las armas de torneo que debieron ser mañcera y «guataca». Nuestra historia es breve, cierto, pero sin aprender ni resentir; y en ella han aclimatado todas las influencias modificando, en alguna manera, el fenotipo, pero el soporte geológico reclama su condición primogénita. Ausentes de la fortaleza que entraña nuestro signo lávico estaremos desposeídos de indispensables esencias y la comunicación, bajo sus diferentes manifestaciones y como acto libre de existencia a existencia, dejará de cumplir la finalidad que es el sentido de los fines; transparencia del amor, interiorización del ser y plenitud de reposo.

Isla y mar son elementos de la clave sinérgica del isleño. El olvido de la funcionalidad del sistema acarrió a la

cultura de la Isla radicalizaciones iconoclastas, en uno u otro sentido, sin restablecer el vínculo sanguíneo que permitiera un metabolismo asimilable a la condición intrínseca de Isla. De esta forma, sujeta al flujo de nuevas mareas, el empuje cultural de la ola estanca en las oquedades de la orilla y reparte el despojo formal de la moda. Esta distrofia permite aniquilar los esteparios acentos que buscan la fresca sombra de almendro, admite desposeer a la Isla de toda una metafísica que proyecta al hombre, la roca, al colosal embate de las situaciones límites. Legitimized la magnífica «boutade» de comparar el Teide con el diamante «Koh-i-Noor».

La interpelación asciende ingrávida, atraviesa el soliloquio, y remonta el cielo a impulsos de un viento que procura atajar.

—No, desde luego, Don Luis. Si Vd. permite la broma diría que pregunta por el estado gaseoso de los cuerpos. En estado sólido es argumento de guerra, y en líquido acompaña la inercia mecánica de los días.

María, la mujer, distante unos pasos, atenta al marido, extiende la mano con gesto de sorpresa dolorida para reclamar:

—Encuentro impropio de un hombre, todavía joven, ese cinismo.

—María, equívocas el término —intervino, risueño, el marido—. Añáterve es un romántico desencuadrado.

Reí la ocurrencia y no pude menos que pensar en lo acertado del calificativo, aplicable a los dos pese a estar situados en diferente perspectiva. Había sido, también, un toque de tacto del que tomé nota para paliar mi lenguaje, a veces atrevido.

—Vds. —prosiguió su esposa— nos acusan de coque-

tería pero adolecen de ella más que nosotros. Empluman sonoramente el desconcierto, la falta de fe que engendra la voluntad de hacer. Algo así como las mujeres con el vestir para disimular los defectos de la figura. Vds., más listos, resaltan la deficiencia y la convierten en literatura.

La aparición de la anciana sirvienta distrae la atención hacia ella y la propietaria de la casa inquirió:

—Sí, dígame, Rosario.

—Señorita, la mujer de Casiano el Garabato que el flemon ya le bajó..., ¿qué le digo...?

—A las cinco es buena hora —respondió Don Luis.

Disimuladamente compruebo la hora. Las tres. Paso por la Cooperativa y sigo camino de Adeje. Si invitan a entrar me siento un ratito y apuro otro coñac. Rosario tiene una verruga en la nariz, garbanzo oratorio, ojos muy juntos, mentón picudo, labios finos. ¿Cuántos siglos han trabajado su cuerpo, esta patética dignidad que defiende con recelo, distancia y voz de cuchillo? Rosario al irse arrastra aires de itae misae.

—Bueno —insinué— creo que continuaré la brega por ahí...

—María, por favor, trae un jugo para animarlo. Agradable día. ¿No te parece, Añaterve? Es como si la tierra mostrase porosidad de traje desgastado.

Don Luis abstrae la mirada. La Isla modela el arqueado lomo de un perro estirado: harapientos pedregales y barranqueras de largos fémures desperdigan los escuálidos mechones del lebrél. El paisaje desvanece una muerte resucitada que gotea en la proyección ausente de los ojos de mi compañero. Hablando como para sí, añadió:

—Acaso la imagen no sea adecuada, ni el lenguaje tampoco. Estos rajajes despiertan el castellano viejo del

Mío Cid: «Ixie el Sol, Dios, que fermoso apuntava». ¿Se da cuenta? Concisión de cáctus y pulso de savia. Sí, el Sur ejerce efectos de catársis. El cambio de residencia, después de tantos años en el Norte, creo que ha prolongado mi vida.

Arrancó una hoja del limonero próximo, la enrolló y llevándola a los labios intentó silbar. —¿Llegaré a la edad de Don Luis—? No, seguro. Fumo y bebo. Y trabajo. Eso no mata. Las mezquindades diarias sí matan. Las letras del coche, los alquileres, los colegios, vestir, calzar. Los vales a caja y encima ser persona. Amar al vecino, al jefe que blande el látigo de las ventas, a los que hacen patria y ayuntamiento..., ¡a todos tengo que amarlos! —Y, sin darme cuenta, proferí en voz alta.

—¿A todos?

—¿Qué dice? —Interrumpió Don Luis, entre confuso y divertido, en tanto miraba hacia la casa. Sentí enrojecer el rostro, titubeé y respondí.

—No, nada. Sucede Don Luis que, con el tiempo, vamos desprendiendo escamas, buscamos lo elemental y trascendente. Procuramos, en doble vertiente, acomodar nuestras exigencias a esos afanes. Estar en sí, como el acto de leer, requiere un ambiente de apertencias sensoriales catalíticas del pensamiento. Lo comprendo a Vd.; cuando acabo la jornada vuelvo a casa con sentimientos de libertad rescatada. Y es que el Sur con sus sequedades acrece la soledad y las distancias, permite recobrar las dimensiones personales extraviadas en las aglomeraciones. ¿No es cierto?

El hombre se rascaba la oreja en actitud taimada, había cierta burla en el rostro, así que, mudamente, interrogué.

—Por supuesto, Añaterve. Claro que sí —recalcó— pero emplea una seriedad y un tono que son, dispéñeme, de púlpito.

Sonreía, suavemente, por no romper, imagino, el dique de la carcajada. Bienhumorado repliqué:

—Tiene razón. Un Fray Gerundio más...

—No, aquel era campanudo por hueco. Comparto cuanto dice. Y, volviendo al tema, deseo ratificar el hecho de que María, para variar alguna vez, me lleva de paseo al Puerto de la Cruz; pues bien, siempre regreso con alegría de cabalgadura al establo. Me abrumba la concentración humana del Valle de la Orotava. No lo puedo evitar, te acosa la sensación de un paisaje de papelera desperdigada. En mis tiempos era distinto; escuche estos versos de un poeta olvidado: «Tendido al pie del Valle, como el aduar del moro, pareces un modesto tranquilo palomar. Cuyos aleros cubre magnífico tesoro. De blancas madre selvas y flores de azahar...». ¿Ve la conjunción de naturaleza y hombre?

—Por supuesto —respondo—. Además, los versos respiran sosiego. Contemplación posesiva y el inarticulado relincho de un carácter vehemente. «Aduar del moro» es afortunado. Me atrae más la palabra «aleros», tal vez porque mi niñez los vio. Aunque hubiera preferido una descripción esquinada. Sí, quiero decir, la luz que modela el palomar; dejaría las flores de azahar por la quilla astillada de una barca. Rasparía las paredes desconchadas, la tea vieja de conventuales caserones y aún, recuerdo los largos corredores con sabor de despotismo ilustrado. Ya ve, don Luis, pasamos del Ford de bigote y de la cerveza «El Peludo»... al progreso, la inmigración, el turismo, la calidad de vida... y qué sé yo cuántas cosas más. El Teide, según las estaciones, sería posible anuncio de coñac, colosal pancarta de blanco Marie-Brizard o tremenda teta de cruzado mágico.

Sonaron pasos en la gravilla volcánica del jardín. La

voz de María con lejanas entonaciones de otro idioma, interrumpió, jocosa, la perorata:

—Nada de licores —y extendió la bandeja. Tres vasos rebosantes de jugo de tomate. Protesté.

—¿Cómo, si al subir no estaban ni en la primera caña?

—En la costa ya cosechan. Cualquiera puede pensar que vende telas y no esas cosas tan perjudiciales para la salud.

El sopesa el vaso. Qué ocurrencias, carteles... Bebe-
mos. Tres toneladas de alimentos al año pasan por diez
metros de intestino. Boticelli. Aquel hijo anárquico, inte-
ligente. Diez metros de tres a cinco centímetros de an-
chura. ¿Y las aguas negras de la neurona? Voy al librito
de la biblioteca: «A menos inteligencia corresponde una
superficie cerebral más lisa. En el hombre, la superficie
de la sustancia gris oculta en los pliegues es mayor que
la superficie libre de los lóbulos y de las circunvolucio-
nes. En el célebre clínico Fuchs la superficie era de
2.210 cm.² y en un obrero se midió 1.880 cm.². En este
desarrollo como en el peso del cerebro hay que contar
con excepciones desconcertantes». Edición de 1948. En-
tonces, María, tendría treinta años. Verde tallo de cala,
savia y holocausto de pistilo.

Ensimismado, apenas acierto a escucharla cuando dice:

—Interesante trabajo el tuyo. Ver tanta gente. A Luis
no le entusiasma salir mucho. Ya sabes, sus minerales,
las plantas.

La conversación bosteza. Todavía sostengo en la mano
el jugo de tomate. El rosario de visitas pendiente, la
suave advertencia de los anfitriones y un repentino e inex-
plicable desencanto apresuran la despedida. La mano de
María es veloz y corta en la entrega. Don Luis tiene profun-
damente marcada la línea del corazón.

—¡Venga a comer algún día...!

El ruido del motor del coche al arrancar resquebraja las voces y abrevia el esfuerzo cortés o amistoso con que prolongamos el adiós. Conduzco lento por la accidentada pista y logro evitar un Diógenes perruno tendido en el polvo que niega, displicente, el paso. Aquella súbita contrariedad atañe solamente a mí, me digo; no a ellos, y es que la mitología del pasado es irrecuperable. Vendrá tiempo en el que, también, nos convertiremos en fantasmas o tocaremos fondo apeteciendo briznas de hierba y sol, desatendiéndonos de la imagen heroica de nuestras tensiones. Mejor será dejar que la nube trence y deshilache sus figuras en jirones para auspiciar el presente. Salvo los heatontimorúmenos, los otros, tenemos un instante supremo y cuando lo alcanzamos nuestra vida gira planetariamente alrededor de aquel momento. Es la historia del soldado fanfarrón, la del jefe de negociado que estuvo a punto de morir atropellado bajo las ruedas de un automóvil o mi propia vida que quiero revivir. Pese a compartir no resentimos lo mismo, tuve la torpeza de no comprender que la tangencialidad entre los seres, a través de los acontecimientos, es un fenómeno de alquimia que suele desvanecerse después de su concentración calorífica.

Ahora, vuelto hacia mí, cavilo, contesto: Porque persigo los vientos situé en la intemporalidad la percepción que me vino, otrora, de la imagen de don Luis. Bordo la cuestión denominándolo, vagamente, proceso ideal, y si acudo a la teoría sthendaliana de la cristalización imagino un toquecito de rapé en la fosa nasal. Percibir la imagen y aspirarla cualitativamente fue el acto imaginativo para imponer la armonía diversa e iniciar el camino de la libertad, mi libertad oprimida. Esta catarsis hace que los creadores, los artistas, siempre estén en el futuro, siendo los más imaginativos son los más libres; motivo que los convierte en radicales y, aún así, a contratiempo del más avanzado ideario político.

Es obvio que las generaciones se separan angularmente del punto de contacto, los grados del ángulo parecen señalar la oposición de los valores espirituales de una y otra generación. Los hombres, al relacionarse, se atraen por la masa común de ideales y se distancian por la disparidad de criterios que engendran las respectivas posiciones de espacio y tiempo. Seduce la curiosa analogía de esta bio-química del espíritu con las leyes de la física: «Los astros se atraen con una fuerza proporcional al producto de sus masas e inversamente proporcional al cuadrado de las distancias». Ilustración correlativa es la aplicación de la tercera ley de la mecánica, el principio de la acción y reacción, al proceso dialéctico; «La acción es siempre igual y contraria a la reacción; es decir, las acciones mutuas de dos cuerpos son siempre iguales y dirigidas en sentido opuesto». El arquetipo de Oblomov lo encontramos sutil y deliciosamente resumido en el principio de la inercia: «Todo cuerpo persevera en su estado de reposo o de movimiento uniforme y rectilíneo, si ninguna fuerza a él aplicado le obliga a modificarlo». En latín surge como una ola fantástica de liturgia que eleva al misterio, al respeto de no considerar la ciencia la acumulativa y supérflua cacharrería milagrera de uso diario: «Corpus omne perseveraret in statu quo quiescendi vel movendi uniformiter in directum nisi quatenus illud a viribus impressis cogitur statum suum mutare», y bien pudiera ser, asimismo, el magnífico introito del «Ulises» de Joyce cuando el personaje, paganamente envuelto en bata, asciende las escaleras —afeitarse es la sensualidad de sentirse vivo—, y exclama «Introibo ad altare Dei». Alrededor de estas palabras —foco gira en lenta elipse el sistema planetario de un espíritu fuerte, sensible, del que parece emerger la cultura como capacidad de olvidar lo aprendido para, luego, retomarla catapultando la vida.

El estudiante, revolucionario de barba asiria, te pidió autostop. Volviste a verlo, lampiño como molusco sin valva, royendo el verbo de las raíces que nunca tuvo. Inquietá multitud que ahora se enreda en serpentinatas de carnestolenda y en las sórdidas escamas de las viejas enfermedades.

Me acucia la zozobra de los mutantes como símbolos de la revolución inédita: Marx vaticina el porvenir desde su testuz de abombada caldera que funde la colada del pensamiento occidental y lo traduce en un panorama tejido de vías férreas y tractores. La cabeza de Mao-Tsé-Tung es un canto pulido por ríos de eternidad. Lenin lleva escrito en los ojos el resonar tenaz de las hordas tartáricas galopando tundras de sacrificio. De Gaulle dibuja la gótica arrogancia de las piedras carolingias. Ghandi es el suspiro metafísico coronado por un cráneo de huevo acostado que describe en su elipse la revolución del renacer. Ellos en sí, cada uno; reflejan a cincel esa brusca pulverización del tipo que reabsorbe el pasado sin aniquilarlo. El oscuro instinto animal advierte el mugido sordo que hace vibrar el camino de su tránsito y reclama al cuerpo la evolución futura que anticipan los mutantes.

Quizá, continuando la divagación de las similitudes de la Física, ese porvenir aflore de las teorías de Einstein después de incorporarlas a la filosofía de la historia y al torrente sanguíneo de los hombres. Futuro tardío si tengo en cuenta que la analogía del proceso dialéctico la establezco con leyes formuladas en el siglo XVII y que son traducidas al acontecer humano en el siglo XIX.

Las coordenadas de nuestra vida, tiempo y espacio, son relativas y dan paso al concepto de intervalo que los sabios aprisionan de esta suerte: Ente absoluto e independiente del observador y del sistema de referencia. Mis ilusiones de buhonero ácrata se truncan por la sospecha de que, en definitiva, el círculo de la bestia alrededor de la noria aumentará pero sin salirse de ella.

Quincallería de buhonero, eso es lo que manejas, Atilano, y tú no entras en ninguna de las excepciones desconcertantes del libro médico. Disfrazarte en la amable siesta del taller, pulimentar cristales de óptica y, secretamente, restablecer las estructuras que te recuperen es audacia de hombre múltiple. Eres vida de un solo argumento y padeces una crónica domesticación afectiva. Certeza prehistórica, antes de casarme, que debo a las extravagancias de Ra-Malakassis; un griego-británico, errabundo personaje, cuya estancia en la Isla fue tan meteórica como el furor de vivir que lo poseía. Difícil asimilar la idea de un chivo estudiante de Salamanca que, en ratos de impertinente hastío, narraba haber sido concebido en Karnak por un copto que violó a la madre, justamente, añadía, en la sala hipóstila del Gran Templo de Amón.

—Imagina la omnipotencia fecundadora de las enormes columnas, la piel brillante en la sombra, los ojos anticipando la locura del rito en aquella carne blanca, de vela derretida, llorando el gozo de la entrega. El incendio de los cabellos revueltos. Tú no puedes comprenderlo, la

mayor parte de la gente son fruto del aburrimiento de una cama triste. Nosotros, los nacidos del amor violento y del adulterio, somos los hijos legítimos de la vida.

—Pero bueno, pregunté con afán de cortar vuelo, dime una cosa, ¿y tu apellido griego?

—Lastimosamente, Atilano, la gula y el fastidio te hacen insoportable. Desequilibrio hormonal amigo; pecas de sabio y, según la Biblia, eso fue iniciativa de mujer... Mi mamá es sensitiva e inteligente y, a diferencia del hombre, tiene los pies en tierra: eligió por marido un tendero griego en Luxor que vendía chatarra arqueológica a los encandilados turistas.

Tipo generoso, expansivo, presumiblemente, bajo el signo de Escorpio.

—Ya sabes, mañana, a las diez, en la playa de Las Gaviotas.

Atravesé la calzada del Barranco de San Andrés. El cementerio, devastado por el olvido, parece aguardar los «cholitos» que las balas del General Huertas convertirán en espantapájaros blancos. Enfilé la carretera que muerde el macizo de Anaga. Con el suicidio áspero de las montañas el sol saluda el júbilo de la andadura. Las rocas brillan, licuándose en el salitre de mi ávida corteza, para que paladee la voz del mineral, mielita, augita... y resienta, en los callados pasos, el caos de las formas detenidas en la tarde y la mañana del día tercero.

Distraído por el gozo llego a un paraje que inicia el declive del camino. Abarco la vista de la vertiente Sur de la Isla, donde se estrecha para formar el mango abrupto de un hacha prehistórica. Desde lo alto, enmascarado por una fila de viejos laureles, al borde de la barranquera, una costra de diseminadas manchas de cal señalan el vi-

llovió achicharrado por el sol, por la miseria que aportan las lanchas varadas con ahogos de pez. Luego de andar un trecho divisó la langosta metálica de Malakassis, su viejo y cuidado automóvil «Amilcar». La marea baja permite ver, al fondo del precipicio, la franja de playa negra punteada por las extremidades de las gaviotas. No encuentro el descenso. Doy voces hasta que aparece en la arena la figura de Malakassis empuñando algo, lo aproxima a los labios. ¡Añaterveeee... Añaterveeee! resuena en la cortada... ¡A...terveeee...! propaga el retumbo en la lejanía doliente de los barrancos. No cabe duda, rematada y estupendamente loco. ¡Trajo un megáfono! «¡Por el poste de luz hacia abajo!», vocifera el aparato. Atruená las escarpaduras satisfecho de asustar el silencio. Las alpargatas de goma ayudan a descender y superar el temor de la pendiente. El compañero ha enmudecido y el ambiente recobra la quietud, la calma invulnerable de la predestinación cósmica de las cosas. Y, en el trozo de playa que ahora descubro, sobre la arena negra, un mantel blanco extendido ahonda el precipicio, empuja al vacío con los brazos abiertos del sueño, a flotar en la frescura abisal de la memoria insondable.

Al fin alcanzo la seguridad de la orilla y encuentro a Malakassis en compañía de dos muchachas disponiendo viandas encima del mantel.

—¡Vaya, has llegado! —dice a guisa de saludo—, te presento a Maya y a Varona. Chicas, este es Añaterve.

Atractivas y discretas, con seguridad de barra, me acogen cordiales. Maya posee redondeces para apetitos de hombre maduro y Varona es elástica, labios golosos, cabellos negros, largos, y de sorprendentes manos. Para no delatar confusión por la inesperada presencia colaboro con las muchachas.

—¿Cómo han llegado?

—Bajando —contesta Ra.

—Ya lo veo —respondo, y señalo un moratón en la rodilla de Maya. Sin contestar dirige el megáfono hacia la cumbre, a la oculta carretera, clamando:

—¡Bienvenidooooohijooooode... Abrahmmmmmm...!

Ahí viene nuestro nómada de los riscos de Anaga.

Es él que, efectivamente, con envidiable agilidad convierte en espectáculo de ingravidez la caída de su cuerpo por el despeñadero. Se oculta y reaparece como chasquido de fotograma.

—¡Fantástico! —gritan ellas a coro.

Los dos nos miramos triunfantes. Envuelto en una nube de polvo el chivo detuvo su carrera, alzó la cabeza, venteó el aire y puso atención al ruido de cencerros provenientes de la hondonada.

—Tiene perfil y patas de cabra —comentó Maya.

—Buena imagen —sentenció Malakassis—, si no fuera un cisne con cabeza de camello... ¡Qué dices a eso, Añiaterve? —Asentí mudamente. El debe saber, pensé, que quien es libre puede tomar todas las formas; cisne, camello, toro alado o chivo.

—¡Hola! —saludó jadeante y risueño el nómada de los riscos al llegar junto a nosotros, a la vez que tomaba, de manos de Varona, una cerveza.

—Bien —intervino Ra, después de ver satisfecha la sed del recién llegado—, antes de las libaciones mejor será tomar un baño.

Recuerdo el brillo de la arena y la libertad de los cuerpos desprendiéndose de su torpeza. Ra quiso que no pisásemos los signos cuneiformes —es la palabra que empleó— dejados por las gaviotas. Tumbado en la arena las vi volar y deslizarse en un espacio ausente de tiempo,

substancias de atmósfera y de una eternidad que se borra, embebiéndose, como las huellas de Maya en la arena. El nómada llevó a Varona al extremo de la playa para enseñarle el canal que la marea había socavado en la roca hasta formar un bufadero bajo el acantilado que esculpe los tubos gigantes de un órgano. Regresaron cogidos de la mano y pude admirar la elegancia vital de aquellas criaturas de cuerpo silvestre. Malakassis pasea con Maya, recogen objetos y los contemplan queriendo interpretar el signo de los despojos naufragados. Aquella mujer, meciendo las caderas con pompa oriental de silla gestatoria, despedía efluvios de animal en celo. Si la mordiera se me derretiría en la boca como una fruta cuarteada de tan henchida. El nómada de pronto levantó las manos y gritó jubilosamente socarrón:

— ¡Añaterve! ... ¡Infeliz! ... ¡Por pusilánime diste tu ganado al español! ¿También abandonas el campo al extranjero?

El griego algo oyó porque, girando hacia nosotros, hizo señas. Con el índice barrené la sien y llevé la mano a la boca. Tenía ganas de comer, de reposar el día y no enfrascarme tan temprano en nuestras habituales conversaciones subterráneas. Hicimos grupo alrededor del mantel. Malakassis extrajo de la mochila varias botellas de vino que puso, fingidamente reverencioso, a la vista de todos. Debían costar lo suyo, eran Burdeos y Borgoña.

— ¡Pero hombre, si con un vino tagananero hubiéramos quedado bien servidos!

— Hoy es un día especial! — contestó Ra— y, además, Vds. saben que la fama de los vinos isleños es sólo historia.

Maya descorchó un Burdeos y comenzó a servir las copas sin colmarlas. El nómada paladeó ceremonioso el caldo y, a la expectante mirada de Ra, declaró:

—Excelente amigo; sin duda te doy la razón en lo concerniente a nuestros vinos. Y se me ocurre que la pobreza de los caldos tiene alguna relación con la infidelidad a la tierra, al destino común nacido de la geografía y de la cepa que ella produce. Si un vino o una comida son *reflejo del enmarañado tejido de vivencias llamado cultura* convengamos en que la nuestra es bastante precaria. Esto es vino, sí señor, con toda la transparencia, brillantez y perfume del Mediodía.

—Como la música de Bizet —concluí chusco, describiendo imaginarios compases en el aire.

Malakassis, que jugaba con el vaso girándolo lentamente, lo miró y dijo:

—No pretendía llegar tan lejos. Ese silogismo no lo encuentro convincente. Ustedes, al menos aparentemente, son europeos; así que esa indigencia es relativa y atribuible, en todo caso, a otros factores. Y mencioné lo de historia porque, una vez, Añaterve me ilustró sobre las malvasías que Vds., antiguamente, exportaban.

Ra hizo una pausa y un toc-toc-toc acompasado invadió el abrigo de la playa. Una lancha y dos hombres a bordo. Desaparecieron impasibles e irreales, sin estela, imponiendo la lejanía cansada del toc-toc-toc. Del silencio renació la voz de Ra con gesto de velada disculpa:

—Tú sabes que soy un apátrida y esto incondiciona sentimentalmente; sin embargo, tiene la ventaja, imagino, de cierta perspectiva que me conduce a minusvalorizar el problema en provecho de algo tan esencial como es mi salvación.

Al nómada, yo me lo tenía estudiado, le divierte la caza del zorro a su estilo. Suelta el bicho para desatar el barullo, luego monta el caballo y desde un altozano disfruta la carrera deleitándose con un cigarrillo en la esqui-

na de la boca. Las irregularidades lo hacen cloquear suavemente, entonces la pantalla detiene la imagen.

La corneta había sonado y yo estaba en una posición estratégica envidiable, entre Maya y Varona, pero el nómada, tomando un bocadillo con finura de encaje y sonrisa de calavera, me espetó:

—¡Dí tú algo, hombre...! ¿Te asustó el entierro?

Pretendía conservar flotante, sin mediaciones, sujeto al sedal de la memoria el corcho de la reciente visión, así que olvidé la pregunta regresando al tema para decir:

—Existe, según tú, razón suficiente para que, por ósmosis, las botellas del Rhin hayan invadido, repetidas veces, los viñedos franceses. La comida alemana destinada a alimentar y la francesa para suscitar el arco iris de las sensaciones; lo cual explica cómo Estados Unidos, ayudando a los primos ingleses, hayan tomado la puerta de Alemania para el rapto atlántico de Europa. Sin aclarar, por otra parte, cómo poseyendo deficientes vinos ocupen rango de primera potencia.

Varona, irguiendo el busto, despejando el cabello de la frente, repuso:

—Días atrás leí que los vinos californianos han mejorado y algo más decía la revista referente a los que importan de España.

—Vaya —dijo Ra—, ¿desde cuándo haces antesala en los Bancos...?

La respuesta vino inmediata.

—En la peluquería la espera es más beneficiosa, según he oído.

Maya mordisqueaba un bocadillo y pequeñas migas cayeron en su muslo izquierdo, tapizado de una suave pelusa, blanco como el mismo pan de lata que masticaba.

Muñecas de campesina, manos esmeradamente cuidadas y las yemas de los dedos desarrolladas como las de los ciegos. Muchos potecitos de crema en el bolso. Ra es un tío listo, cuida la neurosis, elige un tipo de mujer sin complicaciones; sordas y perseverantes, por el cauce húmedo del sexo, empujan al santificado triunfo del establo. Reían o reíamos, no sé. El griego escanció vino en mi copa y creyéndome distanciado dijo humorísticamente.

—Tu pecado, Añaterve, es la definición. Vds. no andan descaminados aunque creo les gusta demasiado el placer lúdico de la fontana psicológica. El «esprit» francés, indudablemente, representa para el alemán el espejo de la madrastra de Blancanieves, contra la cual nunca podrá el falo de los «panzers». Falo atrofiado si prestas atención a Keyserling que, tildado de reaccionario, afirma la condición femenina de este pueblo.

Hizo un gesto de impaciencia al observar cómo Maya y Añaterve, simultáneamente, intentaron abrir la boca con intención de protestar.

—Dejemos esto. Lo que me interesa es la «infidelidad a la tierra» como dice el nómada. Ayudado por el juego de ustedes puedo manifestar que no observo tal infidelidad. Si mi juicio resulta superficial o aventurado sirvan de excusa el poco conocimiento y los meses de estancia. El campesino vuestro, ya casi una reserva zoológica, es de un perfil bastante definido. Pese al deterioro inevitable de la masificación, a la forzada prostitución que, salvo honrosas excepciones, denota el folklore, el campesino, repito, conserva aperos de salvación personal. La preñez mitológica de la naturaleza. Clave fundamental de la dicotomía con el hombre urbano que, extraviado, acude al sucedáneo de la genealogía de la «trade mark».

Ra trazó un movimiento condescendiente al ver el fruncimiento de cejas del nómada y continuó:

Hablo de la genealogía del progreso, cosificación, sometimiento a sus obras, del hombre occidental. La «trade mark» de ellas encierra, todavía, el sueño mitológico que las liga a la espiral cerrada del sentimiento colectivo remoto. La genealogía del isleño urbano la encuentro más complicada respecto a la anterior por distorsión, por efecto de un espejismo que, quizá como esfuerzo de compensación de un ancestral susto, diluye, finalmente, en el apático vasallaje a los dioses blancos que un día recibieron Moctezuma y los suyos. El campesino vive la inmutabilidad cíclica de la cosmogonía. Tutea a los dioses. Y los dioses son violentos, anárquicos y reaccionarios, sucesivamente, por amor al azar del poder. El se equipara a ellos en el renacer de la semilla lávica y presiente que los dioses blancos son truhanescos hechiceros de abalorios. Resuena en la memoria atávica el susto del mugido oceánico que le impidió ser navegante, ronca la depredación que los replegó a la oclusión de fugas y barrancos hasta recortar el vacío con la tea encendida del cuerpo que sobrevive al amparo de Achaman. Un día, de repente, la isla se vende; quiero decir, se urbaniza. El campesino es urbano, proletario. Reencuentra el mar, la posibilidad de recobrase.

Malakassis bebió de un trago el resto de la copa, maquinalmente solicitó de Varona llenase el vaso y viendo nuestra atención fija prosiguió:

—Ante este mar mi larga memoria resucita el linaje de Odiseo, cuya estirpe campesina siente la necesidad de restituirse a su suelo y unirse a su consorte, la tierra. Con el transcurso de los años llegó por fin la época en que los dioses decretaron el retorno, aunque no por eso pondrá fin a sus trabajos, ni siquiera después de reunirse a sus allegados. Y, entonces desde las sórdidas barriadas; con angustia de perro basurero, el hombre reclama la totalización del mito para aclarar la identidad extraviada.

Calló. El mar volvió a recuperar la voz y en alguna parte, el terreno se desliza. Las mujeres no hablaron. El nómada embozó la estupefacción limpiando de arena el hombro de Varona y cuando fui a abrir la boca, Malakassis, descansadamente sarcástico, terminó de añadir:

—Vds., hombres de pensamiento, intelectuales al uso, son los afrancesados. No tengan rubor. En la misma Francia el partido intelectual va a la zaga de sus incumplidos vaticinios de pitonisa oficial. A Vds., como a los españoles en política, parodiando la frase de Sartre respecto a Camus, se les puede decir que «no están a la derecha ni a la izquierda, están en el aire».

—¡Caramba con el griego! —prorrumpí.

Y pensé para mí: Como una presa desbordada amenazando romper el dique. Reparé en la sonrisa abierta, de hombre sin hiel, invitando al acoso. El nómada encendió un cigarrillo y profirió, parsimonioso, prolongando la exclamación con aire de serpiente festiva:

—¡Manejas la baraja ehee...!

Las chicas dieron síntomas de aburrimiento. Maya había sacado un cepillo y alisaba el cabello. Indolente. Pidiendo al gallo escarbara imaginario reclamo de lombriz. Varona inspeccionó sus manos, se deleitó en ellas. Revolvió el bolso buscando algo. Dedos largos, mórbidos. Mueve el cuerpo con el reposo de un alga marina flotando.

—¿Rey de bastos o de espadas? —preguntó Ra.

—De espadas, ya que no de bisturí —respondió el otro.

—¿Desean beber o comer más? —averiguó Maya, inquieta de que reanudaran el tema.

—No —contestó Ra—; déjalo estar. Tengo una sorpresa. Vamos a reunir maderas y preparar un «soulakia».

—¿Qué es eso? —preguntamos al unísono.

—Ya verán.

—Aún no hemos concluido... y me gustaría preguntar... —interpuse.

—¿No ves que las muchachas están abandonadas? —soltó, zorrocloco, el nómada.

Las chicas fueron a buscar maderitas acompañadas del hijo de Abraham. Nosotros quedamos improvisando un socio de callados para encender el fuego. Como quiera que lo ayudaba mal o a desgana me incitó a ir con ellos. Llené una copa y fui a recostarme al borde del agua. Regresaron pronto. Varona depositó su carga de maderas astilladas y ramas y viéndome solo se aproximó:

—¿Qué piensas? —dijo.

—En Ra, en tu cuerpo, en nosotros, en tu signo del zodiaco. Anda, contesta por mí.

La mirada reflejó picardía. Se sentó antes de responder.

—Extravagante y atractivo. ¿Qué te parece? Adivínalo.

Movimientos estudiados, cavilé. El orden de los adjetivos. Madurez e impetuosidad velada por el minué de la educación.

—¿El cuerpo? Muy bien; lo que te falta en estatura lo suples con inteligencia y... tacones, me figuro. ¿Será Leo?

—Aries. Ví cómo mirabas a Maya, tu amigo parecerá una cabra pero tú hueles a chivo.

Andanada de tal calibre selló cualquier posible respuesta. Mi asombro la hizo reír divertida y triunfante. ¡Claro! Aries. La mirada no fue de picardía. Ahora pue-

do descifrarla: La cola aérea, rítmicamente móvil, de la gata que maulla en sordina. Aries, Varona, deslizó inconscientemente sombras de malpaís, clamores de andadura remota y persistencia de almacigo.

Tu sonrisa de escualo
La audacia desmembradora del hueso cotidiano.
El arca de las sábanas en alcanfor
¡Ah virago! Violaste mi cuerpo.
A cambio, sembré, en tu carne abierta, los huevos de
Troceaste [la ira.
Troceamos, perversamente inocentes, las almas en con-
Tu recuerdo de pantera acorralla mis noches. [fort
Espesos goterones de aceite obturando el resquicio de
harmonium místico de la alcoba adúltera. [luz,
La noche sin poemas
La mar empedrada
Y las megalíticas piedras aullando en la furia seca
de nuestra crucifixión.
Rememoro a tu esposo,
espléndido caimán de charol.
Ave zancuda de plumón y números.
La lejana,
amanecida voracidad de piraña,
descuartizando la presa suspendida en el gancho de la
[carnicería.
Lamiendo la sangre coagulada, mordiendo y mastican-
[do la carne muerta
hasta los tendones blancos del olvido
El garfio, ojo de pez tras los cristales en lluvia,
escama brillante del desnudo apuñalar de sombras para
[recobrar el instante de la tristeza perdida del niño.

Tardé en recuperarme de lo que ella supuso retrai-

miento. Deseosa de reparar la frase añadió con inflexiones de mimo agresivo:

—No pongas esa cara. Hasta puede ser un halago.

Luego, cruzando las manos sobre las rodillas alzadas, dirigió la vista al cielo atendiendo al navegar de las gaviotas, mostrándomelas dijo:

—Son como pensamientos sueltos, ¿verdad?

—Sí —repuse—, sueltos y diferentes, por eso son libres. De otra manera concretaría una de las tantas cadenas del fantasmón que llevamos encima.

—¿Y el amor?

—Cuando el vuelo se cruza, sin tocarse, un instante de aire en la extremidad de las alas.

—Una bonita frase, romántica.

Recalcó alegre, dándole énfasis burlón al adjetivo. Seguramente evitando el flanco débil. Jugaba con la palma de la mano chapoteando el agua.

—Yerras, Varona. Es desesperanza que, como para el artista, al concluir la obra y aún antes, le satisfaga o no, ya emprendió otra ruta. A veces ni siquiera la reconoce por suya.

—¿Por qué, entonces, se casan la gente?

—Es la obstinada torpeza del animal por mantener la especie. El matrimonio, la moral, debieron ser invento femenino. La mayor parte de las comunidades primitivas comienzan por ser matriarcales. La sociedad, la patria, la Iglesia... etc..., todas, convergen hacia el hogar del triángulo reposante de la mujer.

Irguiendo el busto ladeó la cabeza y, altivamente segura, con un mohín de labios voluntariosos, dibujó la sonrisa que nos liga al misterio.

—¿Pero qué dices? Siempre hemos estado sojuzgadas por Vds. Ahora empezamos a tener un poco de respiro.

La mujer, criatura de larga intención, suele aburrirse con las cuestiones abstrusas. Esto enaltece su sentido común. Encantarla sollicita sonidos de descorche espumoso, la flauta que despierte la sinuosidad narcisista de los movimientos. Así parece exigirlo esa naturaleza telúrica, profundamente intuitiva, y como el papel de simplón del hombre en el Paraíso Terrenal se sigue cumpliendo a carta cabal, carezco de albedrío para ser una excepción. Me pregunté, mientras con el índice trazaba surcos en la arena, qué vaso capilar elegir para llegar a las venas de Varona. No es este, ciertamente. Supuse haber tomado la pendiente de la seriedad pero el brío de la apostura, más que las palabras, corroboró el acierto fortuito. Para encantar, me dije, debes divertir. Recurrir a la orfebrería wildiana, demasiado exquisita, me incrustaría encima del bañador pechera y sombrero de copa; por lo que, dando un giro, agregué:

—Esa esclavitud es dudosa, Varona. Tengo la impresión de que nosotros proyectamos al matrimonio la anarquía de las ilusiones y, con la aparición de los hijos, caemos en la cuenta de que se firmó un contrato social aleatorio. La mujer, por el contrario, realiza «su» ideal. Ella se instala en el futuro de los hijos y el hombre sucumbe con los ideales carcomidos por el tiempo. Por eso, de jóvenes, olemos a chivo. Recalqué, sonriente, al final.

—¿No estarás cambiando los papeles, Añaterve? —dijo retozona—. ¿Cuándo antes una joven poseía la libertad de ahora? No vengas con rollos.

Y, diciendo esto, deslizó el cuerpo en busca de la arena caliente. Comenzó a formar, pensativa, pequeñas dunas, arropando la longitud de sus formas. Las vibrátiles aletas de la nariz aspiraron el aire yodado. Recostada parecía

más alta. Ambos fijamos la atención en el grupo, afanados por dar fuego a la leña. Maya, que cortaba trozos de carne, nos vio, hizo una seña resignada en dirección a ellos. Algo dijo al nómada porque traspasándole el trabajo vino al encuentro nuestro correteando. Recordé, mentalmente, los versos de Lorca: «Oscilando —concha y loto a la vez—, viene tu culo, de Céres en retórica de mármol».

—¡No sabes disimular! —profirió Varona, abandonando la carrera de Maya. Colmada ánfora de brazos levantados y codos plegados a la cintura.

—Pero a tí, te tendría por amante —comenté.

—¡Amante!: el que ama. ¿De forma que ella sería la vaca de tu alcoba?

—¿No encuentras un poco fuerte la expresión?

—¡Hombre, sí que tienes gracia! Me tomas por concubina. Ella: en el altar del hogar y de tu honor. ¿Y yo?; para ocio del guerrero ¿verdad? —respondió sarcástica, sin enfado.

—El subconsciente traiciona. Primeramente has dicho: amante, el que ama. «Venus es lo profundo del alma» —citó sentencioso—. Aromas de manzana y tersas blancuras. El hocico húmedo olfateando las esquinas de lo inapreciable. Puesto que te sientes liberada Varona, vamos a considerar el resto de la frase atavismo y estrategia.

La llegada turbulenta y regocijada de Maya levantando arena interrumpió el coloquio. Revuelo de cuchicheos y toquecitos de una a otra. Maya se desprendió del gorro de baño y movió la cabeza agitando la melena. Varona sacudió la arena del cuerpo, jugueteó con las asillas del bikini. Era una escena cómica, comparable al rito jerárquico y territorial de las otras especies.

—Ellos lo saben todo. No importa, en casa me lavo la cabeza. Traje más bronceador. ¡Ay, sí, el cepillo!...

—Cuenten, si no es indiscreción, ¿de qué hablaban?
—interrogó Maya dando fin a las zalemas.

—Un hombre y una mujer, en una playa, sólo pueden hablar de fantasmas, o tratar de capturarlos.

—Castillos en la arena. Teorías que la práctica desengaña continuamente, Añaterve —leyendo el pensamiento añadió—. En esta materia no hay mujer boba.

Varona intervino resumiendo confusamente la conversación y concluyó diciendo:

—Sostiene que la mujer no ha sufrido la esclavitud del hombre. Es muy moderno... con lo ajeno. Según él deberíamos estar en casa como nuestras abuelas.

Súbitamente tengo sombras de malhumor. Ganas de estar sin compañía. Bebiendo con los otros. La venida de Maya. Llevarme a Varona de excursión, Antequera, Las Tejitas, donde fuese. Maya, tan junta, sintiendo la tibieza de su cuerpo.

—Embarullas todo Varona. Voy a concretar, con lógica subjetiva, las ideas que tengo de este asunto. A Vds., mujeres, no les explica nada nuevo. El semáforo del instinto ya les avisó. Antes que nada les afirmo que comparto sin reservas la igualdad en casi todos los planos. Combato la dependencia y sometimiento de la mujer respecto al hombre. Pero hay algo fundamental y objetivo que merece la adecuación de la mujer a su tarea libertaria —Varona miró sospechosamente—: La diferente constitución psico-física... etc. Doy por sabido el rollo.

Diciendo esto recreé la vista en las carnes de Maya sacudiendo la arena de los muslos. Amará —pensé— con una sensualidad de espasmo lento, retardado, en oleadas de maternal agradecimiento. Levantando la voz dije:

—Creo que todas las épocas son confusas cuando se viven. La perspectiva histórica permite clasificaciones pre-

ciosistas y etiquetarlas. Pero la nuestra, planetaria, reduciéndola a los términos del sexo, sufre de una erotización tal que la dispersión de la energía sexual polariza en todas las actividades sociales. Si no, vean los reclamos publicitarios y anuncios. Comprimen la idea y la disparan como un cohete multicolor; por ejemplo, el poeta va y dice: Guardián de las Hespérides, tu nívea turgencia... e, inmediatamente, el «marketing» resume: Garantía de cruzado mágico. En la pantalla vemos unos labios rojos. Vulva y trasero de babuino hembra.

Las chicas estallaron en risas convulsivas. A Varona se le saltaron las lágrimas. El nómada hacía rato que nos acechaba y con un pretexto cualquiera dejó al griego embarcado en el «soulakai».

—Bueno, yo también quiero reirme —dijo.

—Sigue, sigue —instaron ellas.

De las espumas del torrente emerge la botella, chispa vital. «Hoy en día se ven pocas cosas especiales»: Crujidos de papel roto y se ve la esquina de un cuadro... Himen de doncella para el viejo chivo malagueño. Y, así, todo por el estilo, aparte de la vulgaridad, nos condicionan psicológicamente mediante encubiertas llamadas al sexo. Esta confusión hace que el sexo funcione con energías degradadas tomadas a otros centros, originando un incesante onanismo de los centros psicomotores y del propio erotismo, en el noble sentido del término.

Volvieron a la medida impresionados, seguro, por lo de psicomotores. El nómada continuó de pie, la mano apoyada en la cabeza de Varona, Antes, al venir del bufadero, le había tomado la mano. Los pequeños contactos y roces familiarizan los cuerpos. El condenado es corto de palabra pero un finísimo perdiguero. Ella mira inocente y presta excesiva atención a lo que hablo. Aca-so bailando. En cuanto les pongo la mano encima descargo

cantidad de fluido: Quizá falta de espontaneidad, me digo. Encarándome al nómada continué la perorata:

—Si no recuerdo mal el movimiento feminista nace en un momento en que el proceso de industrialización se acelera. El hombre, de complejión dotada para el reto, intemporal, dado a una dinámica centrífuga, ha entregado su lanza a todos los molinos de viento. En breve tiempo ha sufrido más desgaste que en la suma total de tiempos históricos anteriores. Desde este prisma, el asalto femenino, en pro de derechos innegables, convierte, biológicamente, las concesiones del hombre en derrotas mitigadas. El individuo, sometido cada vez más a presiones enajenantes de todo tipo, va cediendo, por cansancio e impotencia, lugares a la mujer; pues ella, durante siglos en el gineceo, cumpliendo la especificidad de su naturaleza uterina, está, digamos, prácticamente sin estrenar. El instinto, conservación de sí mismo, le advierte la necesidad de compartir en vanguardia las nuevas condiciones de una sociedad ritualizada por el trabajo. Esta equiparación con el hombre permite una colaboración que interviene, de manera importante, en la economía de los países llamados desarrollados. Por vía perifrástica volvemos al matriarcado.

Maya, como si estuviéramos en un parvulario, levantó, deliciosamente, un dedo índice para decir:

—¿Por qué esa necesidad de participar para preservarnos nosotras? No entiendo. Opino que lo hacemos para ensanchar nuestras vidas, para no ser simples objetos de entretenimiento y todas esas cosas.

—Sí Maya. Son razones las tuyas. Pero, no obstante, pienso que nos limitamos a los argumentos visibles del iceberg. Interesan, al menos intuir las, las razones de cacacumba que organizan nuestras vidas, las de la especie. Como les decía; la situación depresiva alimentada por el onanismo que indiqué es una apostilla, entre diversas y

más fundamentales causas, del desgaste y cansancio vital del hombre moderno. Cediendo posiciones en su arcaico sentido de la masculinidad preserva la biología, erosionada por toda suerte de alteraciones ecológicas y sociales. Hasta pudiera relacionarse con el aumento del lesbianismo y de la homosexualidad.

—Conforme —interrumpió Varona, que desplazó el cuerpo, permitiendo al nómada sentarse en medio de las dos —pero no has contestado a la pregunta de Maya.

El nómada, anticipándose bromista, dijo:

—Muy sencillo. Si Vds. no intervienen el hombre se sublimiza del todo... y... adiós hijos...; ¡adiós la dulce tarea del amor!

—¡Hijos «in vitro»! Buenos sementales en suntuosos establos. En una palabra, la previsora organización estatal dedicada a la explotación y cría racional del ganado. El mundo de Aldous Huxley pero a lo bruto. Lo que no veo claro, Añaterve, es lo siguiente: La colaboración de la mujer, incluso en tareas rudas, es anterior al movimiento feminista. Debió serlo en la prehistoria y recuerda, perdonando la sabiohondez, las guerras de Mario contra cimbrios y teutones que, acompañados por las mujeres, las hacían luchar cuando el asunto se ponía feo.

—Es cierto. Pero no es lo mismo desenvolverse en un medio natural, con las dimensiones de espacio, tiempo y movimiento equilibrados, que bajo la traslocación y ruptura de tales conceptos. Además, ten en cuenta, de ese entrenamiento pretérito brotaron las alemanas, suecas, galas y norteamericanas que apoyan la primacía de sus respectivos países. El desgaste de esas razas se traduce en las consabidas estadísticas; bajo índice de natalidad, neurosis... y la meteórica liquidación de maridos. Míranos a nosotros hasta hace poco, la felicidad de no estar desarrollados, sin pluriempleo, montones de hijos y longevidad.

Algo han cambiado las cosas, nuestras mujeres y las restantes subdesarrolladas del mundo deciden integrarse, por intuición de la magnitud del problema, con plenitud e irrecusable igualdad de derechos, a la tarea colectiva del compañero.

Varona, desde bastante rato, atendía con asentimientos irónicos al simulacro de sonrisa con que apoyaba el meticoloso parlamento. El nómada, risueño, dibuja en la arena silueteando la figura de ella. Y Maya ponía una atención desesperante que le inmoviliza el cuerpo. Varona aprovechó la pausa y, como quien arrastra la tiza en la pizarra, dijo:

—Suelta el perro, hombre, que nos vamos a pasar la mañana escuchando el disco. ¿No ves a Ra, allá enfrente, de malhumor porque no estamos con él?

—Déjalo terminar, mujer, ahora iremos —dijo Maya, mientras girando la cabeza hizo señas a Malakassis, que correspondió gesticulando amenazas y gritando:

—¡Pronto va a estar la comida! ¡Vengan y hablen aquí!

Desentumezco el cuerpo y lo aproximo a Maya. Asintiéndole a su propósito la toco en la rodilla, formando cuenco con la mano, y prestando atención a Varona le digo:

—Desde luego, voy a soltar los perros. La comiquería del «Año Internacional de la Mujer», la mentalidad de revista «Hola» comiéndoles el «coco», inclusive seduciendo a un porcentaje sorprendente de hombres, y la petulancia sexual con que veo desempeñar el trabajo, el empleo a la burguesita y a la proletaria urbana, señalan la poca consistencia y seriedad de esos impulsos igualitarios. La minoría femenina, de olfato más desarrollado, captó la esencia de la cuestión y el instinto colectivo lo resintió para derivar en incertidumbre juguetona. Despiste del instinto que veo reflejado en algo tan aparentemente anodino

como la moda. Sucesivamente, con el color y la forma, las mujeres, han provocado el estímulo destacando de su anatomía aquellas zonas que responden a la «necesidad» del varón: En la postguerra, la falda de amplio vuelo y el busto —signo de maternidad—. Posteriormente la chica topolino y, ahora, el andrógino pantalón como exaltación de los glúteos.

—Lo siento, pero te equivocas —interrumpió Varona—. Antes del pantalón vino la mini-falda y después, por corto tiempo la maxi, hasta que por fin, el pantalón hizo furor.

El rostro le traslucía satisfacción. Las Aries son amantes mortales. Si sentimos predilección por la literatura de rapé y encajes la podría identificar con una Medici o una Borgia. Apasionadas con boato y extenuantes como un banquete medieval. Alguna Aries atravesó mi vida, demasiado pocas, puedo decir que son hermosamente vindicativas, con saña corsa. Eso sí, encantadoramente incultas y vertiginosamente sutiles. Acepté el desafío y la contradanza insinuante del nómada como refinamiento mental de Varona. Las penumbras y recovecos, la sorpresa desértica de los estertores y la mansa entrega del agua, como si otras gibas jamás hubieran abrevado en sus brocales. Y, así, un ritornello de erizadas púas. Me tocaba ceder. Hasta el límite, pero no más. Las Aries no aman los vencidos sin sangre.

—Incertidumbre, tanteo, es lo que faltaba para completar la tesis —le repuse, a mi vez, malignamente alegre. Y continué sañudo:

—La mujer no sabe qué camino elegir para salvar a su desgastado varón. El «gigoló» como lacra profiláctica de frustraciones. El coito visual-fotográfico de las revistas para conservar el potencial energético del binomio fuerza-trabajo. El sadomasoquismo periodístico-sensacionalista

para liberar la imposibilidad crematística del auxiliar administrativo... y ya sabemos, cuando se llega a la paga de general únicamente sirve para medicinas de economato y conservar los viejos valores.

El malhumor inicial desató en ira sorda. La astucia y paciencia de una mujer que se sabe deseada desparrama, a voleo, la caja de Pandora. Sólo deja la agonía de la esperanza. Método personal de cura y contra-ataque lo puede Vd. encontrar en la paciente lectura de «Libro de los ejercicios espirituales». Obra de ese militante del alma que es Ignacio de Loyola.

Proseguí lanzando venablos.

—Sí, queridas niñas, los glúteos. Sueño pecaminoso del hombre. ¿Me entienden? La burguesa, posibilidades de cuna, ha sopesado los riesgos y, cautelosamente, parece regresar a la falda maxi o media: La inspiración becqueriana conjugada con la sobre-alimentación. Presiente que la libertad se gesta y conquista en la «chaise-longue» del gineceo. La proletaria de cuplé, indignancia de bolsillo y mente, continúa exhibiendo la esteatopigia de las féculas.

Vino el mazazo. Inesperado. Breve. Varona con una sonrisa, que no me había dedicado en toda la mañana, cautivadora, silbó:

—Es sorprendente, Añaterve, tu intuición y tu cultura. ¿Qué les parece si vamos con Ra?

El nómada, ladino, reventó como una piñata. La pobre, esplendorosa celulitis, de Maya dijo:

—¿Por qué rien? Habla muy bonito. Como un cura.

Todavía hoy, en sueños, veo el rostro del nómada.

Fuimos a dar con Malakassis. El fuego crepitaba y el hombre, disponiendo de alambres cogidos al azar, hacía «crochet» con trozos menudos de cordero que asaba. Era el famoso «soulakai» llamado por nosotros «pinchitos morunos», pero menos picante. Me alejé de ellos acercándome a unas rocas próximas. El sol tenía tamaño de una moneda de diez duros. Las doce o las dos, me dije. El griego gritó:

—¿Añaterve? ¡No mees de pie contra Helios!

El nómada detesta la chabacanería. Pude oír su voz suave y dogmática cuando se siente herido.

—La cita dice: orines.

Al griego le impresiona el laconismo del nómada. Intuye que detrás existe una poderosa personalidad labrada con sudores de cincel y martillo. Conmigo se permitía libertades porque soy un sujeto de pirotecnia.

Malakassis agachó el ala y regresó a sus aficiones. Tuve la compensación de la mirada comprensiva y cómplice de Maya. También, por lo visto, soy proclive a suscitar afectos maternos. Deseo beber y comer. ¿Quién habla de la infelicidad de Euríloco?

Regresé. Después de nuestras amigas, Malakassis, me presentó el siguiente bocado. A vía de disculpa, no como estocada pues, repito, es hombre sin hiel. Las muchachas prontamente terminaron de organizar la comida. Por indicación del griego picaron una ensalada de tomates, cebollas y pepinos a la que añadieron queso blanco, cortado en porciones menudas, que agregaron a las hortalizas. El nómada escanció vino en las copas, acomodó la espalda en la roca y, como para sí, dijo:

—Hará una buena noche para el sargo.

—¡Ah; muchachos, nos falta la «retsina»! El vino con aromas de pino. Con el que traje cogemos una borrachera de buenos modales —dijo Malakassis, jocundo—. Extendió un brazo para deslizar la mano y acariciar la cadera de Maya. Ojos de fauno perdido en las laderas de Añaga. Aún tiene, pese a sus borracheras, un cuerpo ágil y siente el goce narcisista del atleta por el músculo. Le agrada componer instantáneas de sí mismo. Hijo único, rico y atacado por la carcoma de la náusea. Maya reaccionó y, apretándole la mano, compartió el secreto, afirmó el deseo prolongando la promesa. Capté la mirada furtiva de Varona a mí. Siempre quise vivir todas las vidas, comerme la tierra a puñados y, a poco que avanzamos en la vida, hemos de contentarnos con vivir, malamente, la nuestra. Adquieres el hábito para ser animal civilizado y cuando intentas recuperarte encuentras que la imagen no corresponde a la íntima verdad que forjaste. Dirigiéndome al hijo de Abraham, pregunté:

—¿Qué piensas?

Parece abstraído. No me oyó. Repito en voz más alta, la pregunta.

Asiente cabeceando y en un cauce de pensamientos paralelos exclama:

— ¡Que carecemos de libertad para reclamarnos!

El nómada eleva la copa a los labios como si sopesara su figura de alambre en una báscula. Devuelve la mirada al mar. «Mastro» Antonio, el viejo carpintero de ribera de los varaderos de Hamilton, le construye, a ratos perdidos, un bote. Verá saltar las olorosas virutas de la madera nueva, la tabla buscando el ritmo de las aguas y, por fin, ahora navega. Bojea hacia la noche del sargo. Larga sedal y embelesos de meditación. Las masas de montaña aplastan el cabrillar del bote, dilatan la avidez solitaria del ocupante. Enciende el cigarrillo, un trago de ron y el toque de gobernalle hilvanan la derrota del pensamiento que avanza disfrazado. O indaga el horizonte, abandona la Isla sorbida por el océano que acumula la noche.

El nómada posee una vida oculta de esmeril, el hombre que tenemos junto a nosotros le es ajeno. Ese es el atractivo que ejerce, indiferente a él, sobre Varona; que con unos pinchos en la mano se nos acercó diciendo:

— Dejen las adivinanzas para luego y vamos a comer.

Y, Malakassis, de pie, abriendo los brazos paternalmente burlón, agregó:

— Venid, polluelos, a recibir la redención del vino.

Maya miraba divertida. Varona, entre tanto, nos ofreció los pinchos.

— Anda, vamos —dijo el nómada— y, dirigiéndose a Varona, añadió: — Nadie mejor que una mujer para resolver acertijos, todos desembocan en ella.

Varona humedeció los labios sonriendo con aquiescencia voluntariosa.

Son —pensé— los recursos infantiles que pliegan la voluntad de los mayores, las veleidades del carácter fomen-

tadas como atractivo de la personalidad que, pasado el tiempo, ellas, convierten en instrumentos de dominación.

No podía sustraerme al reclamo de Varona y de aquel artificio edulcorante. La postura desmayada, el peso de una nalga sobre otra al andar, El conjunto de movimientos tras-pasados por generaciones en el alambique de los genes y expuestos según el nivel de educación personal. Pamplinas aparte, Añaterve; susurró Atilano. A tí, lo que te fastidia es la rotunda victoria de la hembra. La mayéutica femenina es la estética del movimiento, de la expresión, y a esto corresponde el varón accediendo al capricho, desplegando la velocidad del deportivo, la pulsera dorada y esas menudencias que componen el abanico de la cola. Incautamente, Añaterve, evidencias el apetito. Recordarás la advertencia de Malakassis: «Las mujeres, maternalmente, son pródigas.» Me niego, Atilano, al papel de bufón. No, quiero una mujer agreste, edénica, que suene como el tam-tam de la selva, con la voráGINE trepadora del sonido vegetal y la implacable consistencia del ébano.

Percibiéndome distraído, Varona, apoyó un dedo en mi pecho. Lo sentí tibio, redondo, con placer de harina amasada.

—Eres un lunático, ¿verdad?

—No —profirió el griego—, es que tiene varios nombres y no sabe a cual seguir.

—Menos mal, así se queda quieto. Estos dos parecen locos pacíficos. ¡Porque, tú...! —Y lanzó una mirada de connivencia a Maya; que no la captó pues, en ese instante; sacudía el mantel. Cuando nos permitió sentar quedé al lado de ella y junto al nómada, Malakassis ocupó sitio entre las chicas, frente al mar. El cordero lo acompañamos con pan negro; los sabores resaltaban el paisaje y contrastan; agradablemente, con el vino, cuyo perfume revelaba

excelente crianza. El nómada, comedido, delató entusiasmo.

—La próxima vez, Ra, traeremos un pato a la naranja. Tengo ganas de un pato a la naranja. Insistió.

Observé que Maya para comer sacaba los pedazos de carne del alambre. Varona y nosotros los aprehendimos con la boca. Arrinconadas reposaban cuatro botellas vacías.

—¿Oye? —interviene, preguntando a Ra, sin darle tiempo de contestar al nómada. ¿Qué hablaste, esta mañana, del vino y del día especial de hoy?

—¿Especial? —Imitó un abrazo abarcándonos—. Estamos aquí, vivimos. Y descorchando una botella llenó las copas. Levantó la suya, agregando: —¡Por Vds., por nosotros, hasta que nos liberemos del círculo penoso!

Bebimos con la expansión alegre del alcohol.

Maya atiende eficaz y discreta. Reparte alimentos continuamente, empleando medida de familia numerosa. Encima de la tela blanca coloca, aparte de la ensalada que hicieron, plátanos, tomates menudos y hojas de lechuga rodeando el trozo de queso restante. Parece complacerle el efecto de color y, ciertamente, evoca frugalidad conventual. Recuerdo una canción francesa, llena de frescura; «Dominique... Dominique...» Elogio a Maya y en sus ojos veo una grata sorpresa. Tocando en el codo a Malakassis, dice:

—¿Te gusta el mantel?

Algún día, imagino, me casaré. ¿Podré soportar la compañía de una mujer de alto voltaje? El instinto resolverá por encima de las razones. Hoy, al menos, no quisiera la mansedumbre boyal del hábito. Aunque, pienso, la costumbre, la erosión del roce con el brocal pueden aminorarse. Malakassis está obligado a decir cualquier banalidad. Escuché, cierta vez, a Don Eladio, un hombre con mu-

chos surcos en la tierra y en la piel, que: «Un agricultor que se estime como tal debe mirar sus plantas, por lo menos, tres veces al día.»

El griego, continuó:

—Cuando el vino desata las lenguas es hora de confesiones, es perdonable el desmedido afecto. Ustedes, insulares, no padecen de la miopía continental. Líbrenos el Cheitán —el griego sonrió— de los pueblos que no sean ribereños. Las montañas empujan al valle y sucesivamente. El hombre que vive el mar posee la medida justa, un infinito al que viola y asalta con codicia terrenal de pirata, siempre, con sueños de árbol —mástil. La libertad es promesa de mar, de azul. Y tanto la tierra como el mar no se reclaman, se toman. Este será el recuerdo que me llevo de Vds., de la Isla que, como en la vieja profesión, convierte el placer, la alegría de los muelles, en luz mortecina de apetencias incompletas. Y esto es, como ya dije, consecuencia de la remota aventura marina que el insular nunca tuvo. El isleño es huésped de su propia casa.

Habló vehemente, poseído de la fortaleza de los viejos espadones y armaduras que miran desdeñosos, de muy atrás. Al callar, el rostro perdió rigidez, quedó con el desamparo de la vitrina donde reposa el arma sin puño que la esgrima.

El desacuerdo de la fisonomía, repentinamente entregada a la marchitez del relajamiento muscular, sin continuidad de tensión espiritual, me indujo a considerar quién era el sujeto de su conversación; ¿El o la Isla?

El nómada había perfilado un simulacro de mueca. Apresurándome a una posible intervención pregunté:

—Sin animosidad, dime, extranjero, ¿en qué avalas las parábolas de tu criterio?

En mi persona, desde tiempo, yacía ese ostracismo que,

semejante a las desgastadas tierras de Lanzarote, pide excusas al Sumo Hacedor por la corcova de inconcretos e ígneos pecados. Proviene de una lejanía de aulaga verde que, devenida en seca, se entrega a los vendavales con escalofríos esperanzadores de fuego y nos hace «amar a la humanidad con un viejo amor gastado por la piedad, la cólera y la soledad». Para saberme quería ahondar y, por otra parte, la falta de pudor, afecto desmesurado, del griego me obligaron a ser incisivo y olvidar el amargo desinterés de la distancia. También, a qué negarlo, cierta emoción de cilicio en el hecho de que un extranjero sondease nuestro apacible aire de San Borondón, el sueño de la Isla que indaga, afanosa, la aventura y un continente donde atracar.

La respuesta de Ra llegó lentamente hilvanada. Acopiando fuerzas en un movimiento acompasado, formando círculo con el índice y pulgar de la mano derecha, dijo:

—En razones no matemáticas, equivalentes a las que emplean para afirmar o negar la existencia de Dios. Me apoyo en una cultura sensible, en cualquiera de las maneras de viajar, hacia adentro o afuera, que permitan atesorar cicatrices en la corteza de la ensoñación. En ciertos casos, Añaterve, te quedas de vigilia por exceso de preocupación. Debes dormir, el sueño pone distancias, libera la visión repetida, insistente; le da perspectiva.

El nómada escucha recogido en su concha milenaria de galápago. Varona presta atención con el cuerpo tendido, la mano apoyada en su cabeza, balanceando distraídamente un pie en el aire. Es Maya, sorprendentemente, quien acomete a Malakassis, diciendo:

—Insinúas que él no tiene experiencia viajera. Conozco tu arrogancia Ra. Parte de ella hace de ti un hombre difícil. Incapaz, incluso, de llorar por la ausencia de ese amor que, según tú, aún no te ha brindado ninguna mujer.

La faz de Maya adquirió tonos rosados. Hizo una bola

con la servilleta de papel. El pie de Varona dejó de jugar y la voz de Maya sonó ronca al susurrar:

—Entendí el aviso del círculo. La diferencia estriba en que te amo y no me importa.

Malakassis escucha deferente, casi avergonzado, con rostro ensombrecido. Hay ternura en sus ojos, en la voz; acariciando los cabellos de Maya se disculpa con un gesto, explica.

—Me referí, entonces, hija, a los misterios de Dionisos, a la escatología órfica.

—No me engañes ni abrumes con palabras raras —repuso, herida, Maya.

El nómada, saliendo del mutismo, anunció:

—¿Qué te parece, Maya, si servimos una rondita?

Asintió quedamente y tendió su copa hacia la botella que le ofrecía el nómada. Varona cambió de posición y, sentándose, comenzó a trocear queso en un plato.

—Vamos a ver si entre nosotros dos —dijo sonriendo a Maya— machacamos tanta insolencia simbólica.

—¿Y no será mejor —repuso Varona— antes de alejarnos del tema, que Ra o Maya terminen?

La perspectiva femenina es sorprendente y pelágica. Uno, ingenuo, borracho de música, no lee el solfeo que capacita para estudiar contrapunto. Prevenido respecto a Varona desenfocó la pantalla, pues ella, sutilmente, había despertado mis ansias de rapiña y dominación. Sin intervención, sin embargo, reacondicionó reflejos. Cavilé que las palabras de Varona tenían un propósito de insidiosa averiguación.

El nómada, mirando fugazmente a Varona, dijo:

—Efectivamente, Varona tiene razón, termina Ra con

esas observaciones, digamos tangibles. Tu condición de isleño por partida doble, afianzan mi interés.

Malakassis, desprendiéndose de la mano que había solicitado de Maya, levantó la copa diciendo:

—Primero brindemos y luego guiaremos a las mujeres por nuestro precipicio de nubes; donde el amor es la pérdida y conquista diaria de nosotros mismos. La sempiterna reconquista del silencio circular del vientre femenino.

Guiñé, optimista, un ojo a Maya. El nómada agitó impaciente una mano en dirección al griego, instándole a terminar con el tono declamatorio, por lo que aquel prosiguió:

—...Bueno, hombre, no te impacientes. El sentimiento de transeúnte que mencioné del nativo creo verlo patente en su hospitalidad y entrega que lleva al abandono de propios intereses, en la precariedad provisional de vuestras viviendas. En esa vanagloria paradisíaca del ambiente de las islas y el práctico menosprecio con que atienden a su destrucción.

—Nuestra acogida es cortesía —repuso agitada Varona—, afecto benevolente. En lo otro no somos culpables. El rebaño lo conduce un jefe y es protegido por los perros y un pastor.

Las violentas gesticulaciones que acompañaron las palabras de la muchacha y su rostro agresivo provocaron la risa general. Brava y hermosa, pensé, El griego, alborozado, dijo:

—¡Claro, naturalmente! Pero no olvides que el rebaño elige el miembro más apto para dirigir. Las cabras, pongamos por caso, alguna vez hacen amagos de topar al perro. En cuanto al pastor... la dialéctica del palo y la pedrada, como método habitual, conduce a la merma de producción láctea. ¿No crees?

Queriendo ser venialmente punzante resultó que añadí humor a la escena al decir:

—En otros términos, Varona, aclarando la cita azul de Ra, acudiendo a una más antigua, es aquello de: «Sire, con las bayonetas puede hacerse todo, menos sentarse encima de ellas.»

El nómada, muy serio, elevó su copa bajo luces de Versalles y largas mesas de recepción y el griego, completamente alborotado, imitó batir de tambores imperiales. Espoleada por la risa, en medio de la escandalera, Varona, señalando al nómada y a mí, dijo:

—Sé lo que me digo. Y Vds., callándose, dan razón a los disparates de Ra. ¡Qué bien que yo, después de una temporada en Inglaterra, dé a los ingleses mi opinión de ellos!

Confundido, en medio de la hilaridad, y con el alcohol invadiendo mi pista de aterrizaje como una bruma rastrera, aprecié en Varona confusión y desencanto por el inesperado giro de la situación. Levantándose emprendió carrera hasta distanciarse de la algarabía, parejamente, Malakassis corrió hacia el borde del agua y cogiendo algas regresó con ellas en la cabeza, a modo de peluca, para decirme, en otro arrebatado de risa, doblando el cuerpo cortesantemente:

—Monseigneur le Prince est charmant. Il est le Sacha Guitry de la réunion.

—¡Vaya hombre, que no es para tanto! —repuse enojado.

El griego, más calmado, llenó las copas agregando:

—Esto merece, damas y caballeros, nuevo brindis.

Luego de beber, recuperada la seriedad, el nómada con semblante de excusa divertida me dijo:

—Algunas veces merece la pena confundir tu nombre y llamarte Atila.

Quedamos momentáneamente callados. Varona pasea de espaldas. Las sombras ganaron la playa. De la carretera llega el sonido de una bocina. De repente me encuentro con una tarde de domingo, de esos días grises que se escupen como un chicle hartado de mascar. Días de bruma interior, húmedos hongos, al pie del árbol viejo, recibiendo la llovizna que nos ahoga, como si llorase todo el cuerpo.

Fui a dar con Varona, Despacio, recreándome en mis huellas, calculando mentalmente el número del pie. Me vio llegar con alivio, cansada de estar sola, quizá. Adelantó una pierna cruzándola sobre la otra, con el talón levemente alzado. Deslizó una mano por los cabellos y aguardó, ligeramente de perfil, a que me acercara. Aquella opereta no me engañó; sus ojos traslucían la decepción animal del cachorro que no comprende el absurdo del castigo.

Abandonó su cuerpo al mío. Abracé las espaldas frías, abrigué su cintura. Nos encendimos y besamos. Las lágrimas, en algún momento, vidriaron sus ojos.

—Bañémonos —propuse, aferrándola. Sonrió y, de puntillas, con los labios mojados resbaló en los míos. Impetuoso y dilatado transcurrió el tiempo.

Grácilmente desanudó el encanto y echó a correr incitándome a perseguirla. Salpicamos el agua, nadamos y acoché la flexibilidad de sus formas con retozos de delfín.

Braceaba bastante bien. Encuentro penoso el chapoteo de bañera y las caras lelas que adoptan cuando malamente saben, recibo igual impresión de la muchacha atrayente de acusados pies planos.

Me dijo que iba a secarse, intenté besarla. La contem-

plé caminar hasta ellos. Pasa la toalla por su cuerpo con pulcritud felina de acicalamiento. El nómada le ofreció una copa de vino que acepta. Tendí el cuerpo de espaldas en el agua, haciendo el cristo; Tengo sensación de botella a la deriva, de estar hueco y que el tapón de corcho es mi única propiedad. Son posturas estudiadamente aprendidas pero naturalizadas en mujeres que, como Varona, exhalan una atmósfera sutil de olíbano que seduce con inclinación desvariada de especie. Muchas chicas captan y envidian, las torpes, este atractivo. Basan el éxito en la imitación, potencian el sexo dotándose de una autosuficiencia que les presta, eso piensan, la importancia de que carecen. Deambulan por ahí con el uniforme mental y físico de «la moda». El secreto de una personalidad consiste en explotar los límites naturales de las propias posibilidades. Cada uno posee su particular techo de vuelo, no hay que reventar los motores. Pude preguntarle si acierto en mi impresión de una opaca antipatía hacia Maya. Las rivalidades femeninas son alambicadas en el aspecto formal y fútiles en sus motivos; unos centímetros de estatura, el vestir... o ¿apetecerá las atenciones del griego? Casi risibles encuentro las divagaciones amorosas de la Rochefoucauld hasta Sthendal y Maurois tratándose de este asunto. Aquí habría que consultar los tratados militares de Jomeini y Clausewitz. Estoy bebido y tengo frío. Una mujer es como una bomba de mano, después de mordido el cebo, conviene que explote lejos. Esto, me sospecho, es la actitud de Malakassis con Maya. A lo mejor, en un futuro, llegaremos a ser tan civilizados como los irracionales. Varona es diferente, tiene el talento de los señores de la guerra, empuje vital y capacidad táctica para aniquilar cualquier oposición.

—¿Qué haces ahí, en el agua, riéndote solo?

Es el nómada, con el eterno cigarrillo en la comisura de los labios, quien me sobresalta.

— ¡Anda, sal! — exclama.

Alterando los personajes pregunté risueño:

— ¿Qué tal, chivo enigmático, si te apropias de Varona? Antes, dime, ¿cómo logras encontrar ese equilibrio de posición del cigarrillo? Está en el centro de tu alma, condenado fugitivo.

Animado por su silencio y la curiosa expectativa de los ojos, saliendo del agua, me acerqué a él, casi con rabia. Nuestra amistad era un mundo de sombras, un cuarto oscuro de roces táctiles y sonidos de ciego. Durante el día nos reconocemos con evasiones cómplices de muerte concertada. Impone una racionalidad dolorosa que respeto porque parece lo justo de la imposibilidad ontológica. Las nieblas del buen Burdeos permiten desvelar, pírricamente, las telarañas del mediodía. Es como un «bumérang», una especie de oráculo-tragaperras con satisfacción de farmacia.

— ...Tu cigarrillo — insistí — tiene horizontes de marinero varado, hastíos de salón y sombras saturnianas de nocturno parisién.

«Y tú, Sena sombrío, desliza tu corriente
y arrastras por París tu... no se qué...

...que lleva hacia los puertos
su carga de madera, de carbón y de muertos.»

Declamé opulento, con gesto coronado de beodo que, presumiblemente, supuse de hiedra parnasiana. Miré al cisne con cabeza de camello, tratando de imaginar cuáles fueron los lagos de su infancia, qué caminos de tabaibas y cardones midieron su irreconciliable desierto. Tiene pesados párpados y la nuez inquieta del lagarto. Los ojos contemplan con la ternura del muerto que no ha dicho

adiós. Estoy a punto de lagrimear por una amistad que nos es ajena como esos ex-votos colgados en apagadas ermitas de campo.

Con ademán de iniciar el regreso junto al grupo, excusando la debilidad, respondió:

—También hemos de defendernos del afecto, Añarterve.

Recorrimos el trayecto en silencio. Tiene razón; el perro es el único animal que puede permitirse la espontaneidad expectante del rabo, salvo si el can es británico.

Abro las ventanillas y respiraderos para liberar el calor sofocante que acumuló el coche. El motor no funciona bien, desarrolla poca velocidad.

En las afueras del pueblo, a la margen derecha, distinguo un camposanto escapado de la navaja barbera del bulldozer. Ayer, nuestras poblaciones, crecieron instaladas en las nudosidades del pulso vegetal del tiempo y, adaptándose a la presión modeladora del entorno con mansedumbre de arcilla, lograron la permanencia afable de mutuos sentimientos que no recibo en la urgencia de bloque y ciudadela.

Ayer bajé a la capital, Santa Cruz, por la autopista del Norte. A un lado el archivo de los muertos y, al otro, desvencijados casilleros de vivos. La ciudad parece una muela cariada supurando fetidez junto al mar; los edificios se ahogan y devoran entre sí, ahilándose en busca de luz. Los habitantes reflejan el cáncer metastásico de una población que nunca se termina, transitan convertidos en algo ajeno a su obra. El nómada dijo que la Isla es depredada por la usura y la ignorancia.

Quería localizar el despacho de la firma jurídica Estan-

tigua. Los mandamientos del hombre impiden abogar por sí mismo; no podemos ser, aparentemente, ejecutor y víctima. Encontré el despacho cerrado, un hilo de luz por debajo de la puerta me animó a pulsar el timbre que emitió un sonido de «eu» francesa. Abrió una enfermera suavemente abultada por la bolsa marsupial del amor. Despide hálitos de absolución en penumbra de confesonario. Varios pacientes aguardan sentados en un amplio sofá. Un espejo corrido a lo largo de la pared delata los pantalones deformados, un rostro prematuramente envejecido y ojos que niegan el interrogatorio de la identificación. Entonces observé que los objetos estaban mirándome con la fijeza tuerta de las cosas. Distraje la turbación tomando de la mesa de cristal una revista.

No es razonable decir a la enfermera que estoy asediado por aquellas formas, mendigando ansiedades de parálisis. Es poco juicioso dotar de adjetivos humanos a lo inanimado. Irrazonable decir que la silla vieja en el rincón de esta sala dormita con el abandono de un jubilado en la plaza. Acuciado por estas inquietudes retrasé el saludo a las restantes personas de la consulta. Una dama y dos señores. Ella tenía aspecto extranjero y correspondió trazando una mueca muscular de labios. El hombre de cabeza grande, cabello rizado, ambos brazos extendidos en el asiento, mostrando camisa rayada de azul, respondió con voz de barítono, alzando la cabeza.

—Buenas tardes.

El tercero era una cara chata de pekinés, de menudos ojos muy juntos. Retrasa la edad vistiendo de claro. Pensé, molesto, al recibir una mirada que consideré desdeñosa.

El saludo es el primer golpe de nudillos en la puerta del vecino. Trazo la figura, como en las novelas detectivescas, acudiendo a los rasgos, la compostura... etc., e incluyo esa serie de movimientos parásitos, peculiares de

cada uno, que acompañan el tedio de la espera, las prisas de la impaciencia. Señalo diversos puntos en el espacio y unidos entre sí proporcionan una figura geométrica bastante aproximada como diagnóstico clínico de los observados. Esto me hace recordar la curiosa teoría de Malakassis sobre el uso de las vocales en las personas que se quejan: Cargar el acento en la «a», según él, es señal de franca sencillez, la «u» es ambigua, la «i» histérica. Añadidas a las consonantes forman una escala muy complicada que únicamente él puede interpretar.

Entretengo la espera atisbando, revista en mano, la conducta de ese ser remoto e imprevisible que contradice la etimología de prójimo. El señor de cabeza grande debe ser un pleito de mayor cuantía. Se apropia del sofá, adopta gesto de cazador colocando el pie encima del elefante muerto por el guía. No oculta su inquietud por la tardanza del anterior enfermo en el despacho del Señor Es-tantigua.

—¿Tardará mucho todavía, Señorita? —pregunta a la enfermera.

—No creo; solamente era extirpar un quiste sebáceo —responde.

El sujeto de ojos menudos muy juntos escucha haciéndose el desentendido. Cuando ellos terminan se aproxima a la señorita enarbolando ostentoso un gran sobre de radiografías. Deduzco que pudiera ser caso de úlcera, trastornos de la flora intestinal, provocados por el protesto de una letra voluminosa. Habla en voz baja.

—¿...?

—Sí; me dijo que trajera Vd. la nota del registro, los certificados médicos, del notario y la radiografía.

Brazos en jarra exhibe pecho y pasea la sala disputan-

do al señor de cabeza grande la potestad de poseer la confianza de la casa.

Suena el teléfono interior, la enfermera toma el auricular mirando a la señora.

—Enseguida voy, don Guillermo —responde.

Todos quedamos alerta. La extranjera recompone la figura con ademán de levantarse. Cabeza grande estira las mangas de la camisa sacudiendo el cuerpo como un gallo después de hacer el amor. Y aquél olvida su intimidad con la firma y pone expresión de rifa benéfica.

La enfermera cuelga. Al pasar frente a mí, cierra la puerta del salón de encefalogramas y fotocopias y desaparece por el corredor que conduce al despacho del joven letrado.

Quisiera trasladarme de lugar, porque, en cualquier momento, la silla va a darnos un susto de poderes ultraterrenos y deseo evitarlo. Deposito la revista en su sitio cuidando de no alterar el buen orden y, disimuladamente, resbalando del sillón, camino hasta la silla. Sentado en ella estiro el imaginario filo de los pantalones.

Sobria y confortable sala de espera, no abusan de la luz, insinuantemente femenina. Intuyo el gusto de Irene, el miembro más joven de la firma, que tiene un despacho atrevidamente moderno, conjugando con su personalidad de efervescente vitamina. Movimientos decididos, abiertamente espontánea. Le consulté un par de veces y, si no curado salí con ánimos para continuar soportando mi dolencia. Impuesta del valor de la terapia mental se esforzó en ayudarme el día que solicité ciertos datos de un tal Justiniano. La personalidad ajena es un «puzzle» de fichas sueltas, tuve una alegría, al confirmar mis impresiones, encontrando una de las piezas en el anaquel de

su biblioteca. «Historia de Italia», de Indro Montanelli, sagaz y divertida.

Otra de mis azacaneadas aventuras fue ostentar el título de «Visitador Médico»: Maletín, corbata y charla a «gogó», los colegas españoles añaden el complemento de la chatarra electrónica del reloj dorado y baratija de recova en los dedos. De aquella época aprendí a conocer un mundo alucinante de panes de oro y pseudo-estilos: Chippendale, Luis XV, Imperio, rococó... promediando niveles de «boudoir». A la hora de escoger letrado medité largamente. La casualidad me deparó la fortuna de la firma Estantigua en un encuentro que tuve con el joven don Guillermo. Vestía cómodo, con pulcritud y el talante afectuoso de la inteligencia refinada. Un hombre de estas características no podrá tener jamás, en la sala de espera, una fotografía de «Las Hilanderas» o un paisaje suizo de chocolate. La esposa no lo permitiría.

Llevo dos años frecuentando el despacho. Los primeros meses fueron de ansiedad febril ante el mundo tenebroso de las leyes, los enfermos piensan, in articulo mortis, que su caso es especialmente excepcional y, afortunadamente, así lo entendieron los abogados como concedores de la psicoanalítica moderna. Diariamente se reunían conmigo en consulta médica, decidieron no operar y sí practicar un tratamiento balsámico a base de elementos naturales de exhortos, requerimientos y pruebas periciales con, incluso, remates, que van ejerciendo lenta y positivamente gran mejoría en el organismo. Pulula una rama de curanderos que aplican de inmediato el anticuado procedimiento del electroshock. El diabético adecuadamente mentalizado no considera tragedia la inyección diaria de insulina. Hasta puede vivir más que las personas normales. He mejorado tanto que aparezco de tarde en tarde por la firma...

La secretaria regresa con una sonrisa dedicada a la señora y un legajo en las manos.

—Pase, por favor.

—Gracias —pronuncia la dama, arrastrando la «r» con ruido de latas vacías.

Aguarda cortésmente en el corredor, la figura alta, ligeramente hipertiroidea, del joven Estantigua. Saluda a los pacientes con simpatía mesurada; quiero decir, con un equilibrio donde combina humanidad, autoridad benevolente y esa matización social capaz de convertir el saludo colectivo en particular, e involucrando una mirada comprensiva por no atendernos inmediata y simultáneamente.

—¡Hola, Añaterve! —dice el abogado familiarmente. Y estira, ladeado, el cuello en movimiento teatral para restar seriedad al ambiente catedralicio.

—Buenas tardes.

Contesto grave. Hago gesto de levantarme, pongo expresión de sacristán. No cabe duda. Elegí bien. Al ceder paso a la extranjera veo la estampa del pura sangre inglés. Patas largas, finas, sustentando el cuerpo sólido y un cráneo bien formado. Saludó con consumada diplomacia. No pudiendo prescindir de una innegable simpatía, utilizó el gesto para no incubar mezquindades, celos de hombres nimios. Ejemplo de tacto y caridad.

La distinción recibida atrae la curiosidad de ellos. Cabeza Grande husmea a prudente distancia, dirigiéndose al otro, fijando la vista en mí, dice:

—Cualquier operación por muy amarrada precisa de consejo. Es una consulta breve, no tardaré. Añade explicativo.

Asiento comprensivamente y escucho como ojos menudos responde prepotente.

—Sobre todo en la presente coyuntura de crisis económica. Los empresarios vivimos abandonados, con ahogos. Estamos al sálvese quien pueda.

La aparición de don Guillermo, quitándose los guantes de operar, soslaya los comentarios de aquellos rostros perplejos. Invita a pasar al Señor Cabeza Grande al despacho del decano de la firma, el Señor Estantigua. Regresa, toma del brazo a Ojos Menudos y se trasladan corredor adentro.

Quedo sólo con la secretaria que ha pasado el tiempo tecleando en la máquina, atendiendo las llamadas telefónicas y seleccionando las imprescindibles para no distraer el tiempo de los letrados. Recuerda las fotos samaritanas de las enfermeras de 1916 en la revista Blanco y Negro.

Descanso en su rostro de luna llena.

—Somos enemigos de operar, necesitamos colaboración del enfermo.

Va diciendo, conciliador, mientras despide a Ojos Menudos.

—Sí, sí, don Guillermo. Primero una carta severa exponiendo, desde luego, la gravedad de la situación. Y Vd. ya sabe... cuando quiera.

—¿Qué dice don Añaterve? —exclama, divertido por mi presencia o por la pifia del ausente, rodeándome a flote el hombro al cruzar el despacho del señor Estantigua.

Un hombre de ojos cansados, señorial, impresionante por la rectitud moral que emana, me brinda su mano vigorosa.

Don Guillermo, entretanto, me aplica el fonendoscopio, comprueba la presión.

—Vamos mejor, esto progresa. Pronto verás en el

Boletín Oficial el anuncio de la subasta. Quizá estés de alta en junio.

El señor Estantigua posee una cabeza enérgica de estatuaria, suavizada por la erosión espiritual de una mirada de entristecidos fondos marinos. Me siento secretamente hermanado a esa melancolía de digna altivez. Aplica un humor delicado de burbujas cuando me arrastra la efusividad retórica.

—Vd. es un ser infrangible, un monumento vivo que enaltece la profesión.

—Sí, sí, Añaterve, soy un viejito —responde jocosamente.

—¿De alta en junio? —repito, temeroso de que sea cierto.

Don Guillermo señala el butacón opuesto a él. Me siento colocando los brazos en una pila de documentos depositados en la mesa, apoyo la mano en la frente.

—Trabamos embargo de una liquidez imprevista depositada en un Banco de Plaza. Explica.

¿...?

—Sí, está inscrito, registrado. Esto podrá acelerar tu cura total. Luego atacaremos tranquilamente la acetona. —Aclara.

Don Guillermo aprovecha una acción de mis brazos para retirar discretamente los expedientes en que descansaba. Me presenta la caja de cigarrillos desviándola, inmediata y deferente, al señor Estantigua, preguntándole.

—¿Qué crees tú?

Intercambian opiniones acordando pareceres.

Después de corregir la postura pienso satisfecho que don Guillermo trabaja con aritmética y cálculo infinitesimal indistintamente. Para no verme incómodo comete, a propósito, una distracción.

Los muebles del despacho del Sr. Estantigua son sólidos. Obedecen a un pretérito de honestidad, incitan al recogimiento por el laconismo de líneas rectas convergiendo hacia el tresillo de cómodos brazos que, atenuando aristas, establece una perspectiva tranquilizadora. La librería extendida en el fondo de la pared está abarrotada de libros legales. Concibo noches en vela de cajero bancario repasando hojas. El señor Estantigua ha resistido valientemente los embates estéticos de Irene. La única posición cedida es un bonito cenicero, grande y redondo, imitando la faz de un buho.

Hay una puerta excusada de salida. Al comienzo del tratamiento, hasta ser desengañado, albergaba el pensamiento de que evacuaban por ella los fallecidos en operación, puesto que con frecuencia, no veía salir al paciente.

Las muertes asépticas de hospital me inspiran temor. Quiero, en mi día, llevar sabores de almendra amarga, el llanto de quienes me amaron en horas de tallo verde y en tiempos de hierba seca.

Pese a todo continuo sospechando. Al terminar ellos de hablar, indicando unos libros voluminosos de tapas negras, pregunté.

—Perdona la curiosidad, ¿ahí registran los óbitos?

La palabra tiene reminiscencia de cámara parlamentaria a la que ningún jurisconsulto puede ser insensible.

—De ninguna manera. Puedes mirar el título —responde, afectuoso, don Guillermo.

Me da el libro a hojear, compruebo con alivio que es un tratado de prácticas de yoga para uso exclusivo de letrados. Pasan una llamada de teléfono que recoge don Guillermo. Habla sin alzar la voz, extraño en un nativo. Los pacientes que escuchan irán cayendo en un sopor benéfico, perdiendo traumas de embargo, flotan en el colchón

neumático; de la legislación, realizando apacible «viaje» de «yerbita» en un «te deum» apodíctico.

—Bien. Calculo a finales de junio la resolución favorable de la papeleta. Explica don Guillermo colocando el libro en su lugar.

Me levanto terminada la consulta.

—No se vaya, Añaterve, descanse un poco.

—Antes oí a la secretaria que don Guillermo tiene autopsia en el Juzgado —dije indeciso.

Un gesto vago de espera me devuelve a la butaca. Los cadáveres al estercolero. Algo así escribe Heráclito. ¿Y los vivos? ¿Dónde meter a ese termitero, cuya ilusión de horizontes es felicidad de producción para luego, camino del «huacal», agarrarse a la vida en un «vía crucis» de médicos y letrados? El Sr. Estantigua conoce. No es suficiente la medicina de los intereses. Sabe que para estar es preciso que el otro te reconozca.

Nos entretenemos intercambiando bisutería de buhonero, mi oficio, a tanto el kilo de perlas.

—Un sarampión don Guillermo —digo.

—Igualito al cuartel: Izquierda, derecha... Un, dos... Izquierda, derecha...

¡Media vuelta al centro! ¡¡¡Arr!!! —insisto.

—Ojalá tengas razón, Añaterve —contesta el Sr. Estantigua riéndose.

Las heridas, la diabetes, engendran tristezas de hospicio. Uno se mira, complaciente, en la cajita barata del niño muerto en un amanecer de Hospital Civil. El lloriqueo animal de rostros vagamente humanos. Acaso, miembros de obtusas piedras lavadas por empuje de barranquera.

—«Fuente de alegría es la vida, pero donde quiera que

el pueblo va a beber, las fuentes están envenenadas» — cito en alta voz, continuando el monólogo.

—Bueno, bueno, Añaterve. No abandones tu fortaleza. Aplica voluntad. Es mitad de la cura —dijo don Guillermo.

—Queremos verlo pronto de alta. Piense en cosas bonitas para alegrarse —anima el señor Estantigua cambiando una mirada de inteligencia con su joven colega, como diciendo: no vayamos a estropear la terapia de diván.

Brindando el bálsamo de su mano me despide un hombre de ojos cansados, señorial. Desciendo en el ascensor. Hoy no salí enteramente reconfortado. Descubrí que el señor Estantigua también está enfermo. Un chuchito bizco echado en la portería gruñe. Quizá me confunde con el cartero. La luz de la tarde es grata, defiende al espíritu para que no deje en la esquina su olfato de animal perdido. Banco de Vizcaya, Banco Exterior de España, Banco de Santander. Los indios, dentadura y sebo, cazan mariposas en la Plaza de Candelaria.

Cercano a la Cooperativa vive el Presidente. Un bunker anaranjado de dos plantas al borde de la carretera. En el piso bajo la Caja de Ahorros teje los hilos de la economía rural. A veces lo encuentro aquí y otras veces allá. Mejor mirar. Mejor atender el pan de cada día y no pensar en las dolencias de Añaterve. Encuentro a mi patrón, don Alfredo, miope y estandarte de Santa Cruzada en el rostro, a lo Gualterio sin Haber. El monaguillo transporta el incensario de folletos.

Mientras aparco el coche y voy hacia ellos puedo observar al escolano. Lleva tacones altos y bigote tristón al que añade el coraje de la camisa abierta por la que asoman hirsutos vellos proclamando fanfarria de Pancho Villa. Cuando llego habla de previsiones de campaña.

Es un sujeto de «marketing» doméstico, indigestado de altas finanzas y toneladas, de política social y mentideros de «vara alta».

El patrón corresponde desganado al saludo. No sé si por tedio de la conversación o por el rumbo de los negocios. Ando con tiento. Es de los que sueltan una coz sin darse cuenta.

—¿Qué? ¿Viste a Beltrán? —pregunta.

—Es una ardilla. Estuve en las oficinas de Hoya Grande y casa de Teófilo sin resultado —contesto.

—La buena hora para trincarlo es por la mañana. En la costa. Como hay buenos precios están sorribando platanera —dice, Nicasio, el monaguillo.

—Si Vds. van a ver a don Ricardo, el presidente, no conviene que seamos tres encima de uno —propongo.

—Quédate para que aprendas algo de tomates —dispone, quisquilloso, el patrón.

Pasando por alto la andanada digo:

—¿Dónde está don Ricardo?

—Haciendo un ingreso y hablando con el Director de la Caja. —responde.

Nicasio posee una uña larga en el meñique, vestigio de mandarín, con la que hurga en el ombligo. Inspeccionando su prospección exclama:

—Entonces, ¿qué? Traemos veinte toneladas de basamin? Tiene que ser con la riqueza «fetén», ehh. Si no, perdemos el pedido y, desde luego, yo no me hago responsable —concluye desafiante.

—El patrón aprovecha la estatura. Lo mira desde arriba y manoteando, dice impaciente.

—Coño, Nicasio, el año pasado casi nos quedamos en tierra por tu culpa.

Nicasio piensa, «antes el fuero que el huevo», y sin arredrarse, subiendo palmos, responde:

—Claro, si traes el pedido cuando la competencia lo tiene en almacén...

A última hora estuvimos con la «vaína» de los análisis por la etiqueta que traía otro porcentaje de riqueza.

—Mira, Alfredo, tenemos que planificarnos, hacer un estudio de mercados y trazar un diagrama de ventas.

Nicasio se embala en un paraíso de ordenadores y estructuras coyunturales de la micro-economía tomatera.

El patrón, debe conocerlo al dedillo, permite que el hombre desenrolle su consoladora megalomanía. El silencio del jefe coarta el discurso y Nicasio hace una pausa interrogativa, con el recelo inquisidor propio de los hombres de estatura corta. Don Alfredo responde astuto y despacio, «urbi et orbi». Como un paquidermo sacudiendo el insecto.

—Tú no ves sino la venta, Nicasio, y en la oficina tenemos que conjugar muchos factores; ponderar ofertas, intenciones de la competencia, etc. Para no andarte con explicaciones, te diré que nosotros, aparte, estamos sujetos a la concurrencia internacional de los grandes. Si Bayer dice esto y Montecatini lo otro..., ¡no es nada!

«Concurrencia de mercado internacional». Listo. Se acabó Nicasio. Pienso que es un chico elementalmente bueno, «menea el rabo» y conoce un rato largo de tomates. Salimos un par de veces juntos y me pareció capaz. La pata de que cojea es el afán de montarse inmediatamente al cliente. Aplica una profilaxis agresiva en defensa de su humanidad que lo transforma en un individuo chinchoso.

Un hombre maduro, de sombrero venezolano, libre de «tabús» sociales por mor del éxito y de su experiencia

continental, acompañado de una mujer de falda amarilla y hábito de cíngulo, sale de la Caja de Ahorros y al ver al patrón le dice cantarín:

—¡Oye, chico! ¿Cuándo tú pasas por allá? La plata para el que llegue prontito y con buenos precios. ¿Lógico, no?

Estrechón de manos, presentaciones y jalea de miel imperial para unas veinte largas, mal contadas, fanegadas de platanera y otras tantas de tomates. La esposa, modosita y gacha, un paso atrás, presencia orgullosa el velamen desplegado del marido. El jefe, con equilibrios de preeminencia, dice:

—Hombre, don Calixto, lo tenía en cartera. La visita de unos directores de la Península trastornó el programa. Ya sabe lo que son las Casas. Vd. cuando necesite algo no tiene más que llamar a casa de Nicasio.

Nicasio echa su cuarto de espadas por el negocio:

—¡Bueenooo! La de veces que he pasado por tu casa, tú mujer es testigo. Siempre andas aperreado de un lado a otro, ni siquiera apareces por el Casino a echar una partidita. Con los «cuartos» que tienes yo andaría «basilando» por ahí con mi mujer.

Don Calixto acepta sonriente el vasallaje. La mujer, cruzada de brazos, acecha de reojo. Tiene una figura enérgica, ajada por el trabajo. Luce en la barbilla un lunar grande del que sobresale un pelo negro ensortijado. El marido sacude la mano, consulta un reloj tipo Koyac, lanzando un rastrillazo suavcito, enseña una fila dorada de dientes y dice:

—Lógico, chico. El negocio es lo primero. Tú sabes dónde estamos, aunque somos gente modesta no nos andamos con «pendejadas». A la plata y a los amigos los tratamos al contado.

— ¡Muy bueno!

Celebramos la ocurrencia, sencillez, franqueza del «self-man». Nuevo apretón de manos, promesas, alegrías, recuerdos, folletos. Arranque y polvasera de la «General Motors».

— ¡Pues no tiene cuartos el niño ni nada!, dice Nicasio. Y extasiado ante el despegue de la máquina, agrega:

— Es uno de los que se fueron para América en un velero, el «Telémaco». Estuvieron meses muertos de hambre en el mar. Ni siquiera sabían dónde estaba Venezuela. Hasta se comieron los mapas. Llegaron gracias a un barco extranjero que los ayudó. Míralo ahora, ahogado en billetes.

Nicasio escupe en el suelo. Nicasio saca un cigarrillo del pantalón. La llegada de don Ricardo interrumpe la hipóbole aventurera de Nicasio. Don Ricardo tiene una figura de tucán procesional que engaña. No en vano es Presidente de la Cooperativa, concejal de Ayuntamiento y secretario de una urbanizadora en la costa, amén, según Nicasio, de ser «dueño de media agua del sur». En el ambiente rural las cuestiones de cuerpo y alma se aquilatan bajo un sistema métrico de linderos y mojones muy delicado. Progresar sólidamente requiere capacidad natural para la estrategia napoleónica, finuras de Baltasar de Castiglione y un hacha medieval anestésica. Sobrio de ademanes, breve de palabra. Don Ricardo saluda y espera.

— Veníamos don Ricardo, ya Vd. lo sabrá por la carta, con el fin de concretar nuestra oferta. Este año la competencia es más difícil, precios en origen, fletes, cabildo... esto nos coloca en una postura espinosa pero en el deseo de servirles estamos dispuestos a ganar; estrictamente, la comisión de la Casa. Claro, don Ricardo, ustedes pidieron oferta para un volumen de toneladas correspondiente a la asociación de Cooperativas, por lo visto, me dice Nicasio,

la situación ha cambiado, que los otros retiraron su participación. Desde luego...

Don Ricardo afirma silencioso, pone cara de duelo, acaricia su barbilla e interrumpe:

—Sí, sí, Vd. tiene razón. Imagínese. ¡El campo, apenas renta. Entre abonos, aguas, vientos, plagas, seguros sociales...!, ¿qué queda? No puedo resolver solo. Tengo que consultar con los asociados. Ser presidente me trae disgustos y el abandono de mis asuntos personales. ¿Qué quiere que le diga? Tenemos oferta, para cantidades sin límite, de cincuenta céntimos menos que Vds. Es algo que no estoy autorizado para decir pero...

El patrón abre las piernas en su lugar descanso, limpia las gafas y volviendo a calzárselas, contesta:

—No puede tener la misma riqueza don Ricardo, pierden dinero. Se lo digo yo.

—No, no. Igual porcentaje. Envases plásticos de cincuenta litros. Nosotros tenemos que defender la perra chica, si ellos quieren perder dinero...

Don Ricardo deja la frase en suspenso, mira al reloj. El patrón no recupera el ánimo hasta que, apresurado, profiere:

—Si a Vd. le parece bien, don Ricardo, vamos hacer una cosa. Levantando directamente del muelle, del barco quiero decir, trayendo la mercancía el mismo día, quizá podamos recortar algunos céntimos. Tengo que consultar, va a ser difícil cerrar la operación. Díganos las toneladas aproximadas que van a necesitar.

Don Ricardo da unos pasitos y nosotros le seguimos.

—Lo de otros años. La situación está peliaguda para plantar más. Voy a decir algo, contrayendo responsabilidades que no son mías, no sé, pero si bajaran treinta y

cinco o cuarenta céntimos, como los otros, tendría cierta fuerza ante los asociados. Podría intentar una ayudita. Vd. lo consulta. Vd. lo piensa. No hace falta que venga, me manda recado con Nicasio. Tiempo habrá, digo yo, de redondear detalles. Y ahora, Vds. perdonen, tengo personal solo. Ya saben.

—Cómo no, don Ricardo. Es Vd. quien tiene que perdonar —dice Nicasito coleteando.

El patrón, camino de los coches, golpea, violento, las manos en las costuras de los pantalones vaqueros. Mirando a Nicasio exclama airado.

— ¡Te fijas! El hijoputa nos quiere dar un tranque que no es normal. «Vd. lo consulta —remeda don Alfredo. — ¡Oye, que nos va a hacer tragar el degüello! ¿Eh? Esto pasa porque las casas nunca estamos de acuerdo. ¡Con un aro en la trompa araban, si no, coño! Ya verás, eso de «recortar detalles» significa que nos va a sacar el hígado. Vamos a pagar camiones, personal..., ¡todo! ¿Será posible? ¡Que no tengamos una exclusiva para meterlos bajo el agua!

La ira cede al desaliento, a la impotencia, al fatalismo final de una magna representación clásica. Nicasio saca el peine y alisa sus cabellos.

—Te lo dije, nos tiramos. Sentencia.

— ¡Por Dios, Nicasio! ¿Pero tú sabes lo que nos cuesta en muelle? —Contesta el patrón amagando otra leva de mar.

—Anda, dame el bolígrafo y un papel —añade.

Se lanza, con la colaboración pesimista de Nicasio, a un cálculo de costos, fletes, seguros, contravalores en pesetas, Rotterdam, Londres, Marsella. Al final, quince céntimos menos. Te traes el camión de Pancrácio que cobra menos. Agarras al lazo unos cuantos fulanos del bar.

¡Cállate, coño! Este fulano me ensarta, seguro, ¿no ves, desgraciado, que soy yo el que va a pagar los portes?

Diez minutos de números e imprecaciones desafogando, ansioso de encontrar un chivo expiatorio. Mantengo silencio. Nicasio lo capea como puede. Acuerda reajustar los precios en la oficina. Mañana vuelve. Imposible aclarar que es una resolución inoportuna, va a caer en el tajo de don Ricardo.

—A las nueve, mañana, en San Isidro, Nicasio. —Conmina el jefe.

—Tomemos un refresco. Invito.

La venta está desierta. A las palmadas acude una mujeruca desgreñada y gruesa que sirve las bebidas. Nicasio pide un yoghurt, hace régimen, a nadie interesa su dietética y calla mimoso. Pasea la mirada por los estantes, se asoma a la puerta. Sentado en un saco de piensos contemplo la confusión de mercaderías como un sueño infantil de trueques. Blanco de sal, verde de hortalizas, violeta de cebollas, amarillo de manzanas, telas azules, naranjas, garbanzos, tomates. Blanco de harina, de azúcar, de aluminio, de queso, de paños de piso. Judías, pastas, azafrán, un barril de sardinas ahumadas.

Aromas orientales de zoco acuciando mi vela de Simbad. Levantarme, decirles adiós, y alejarme, vagabundo, como Charlot, pisando, quebrando los cristales de la historia.

El patrón mira ausente, espanta las moscas del mostrador, perezosas y gordas como la dueña. Abandona la botella y desentendido sale al camino. Bebo apresuradamente, todavía sentado comento:

—Tu cortesía es de exportación, ¿eh?

—¿Cómo dices?

—Digo que tenía pensado visitar al nuevo notario.

—La hora buena es por la tarde, a las ocho. —Con-
testa.

Vive agriado. Paga para que produzcas no por desas-
nar. En el trayecto relato incidencias de mi jornada. Nicasio
escucha, sonrío suficiente. El patrón interrumpe pregun-
tando.

—¿No has visto a don Hermann? Si es preciso pasas
la noche en los Cristianos, no podemos dejarlo escapar.
Ya viste las perspectivas de don Ricardo. ¿Estás enten-
diendo?

El jefe es plomizo, a cada frase usa del bastón, «¿estás
entendiendo?», como si el interlocutor fuese subnormal.
Sospecho cierto desequilibrio emocional.

—Olvidaste entregar a don Ricardo la propaganda
del control de plagas. ¿Nos damos un salto? —exclama
Nicasio.

Don Alfredo piensa rascándose la bragueta. Me señala
con el índice y ordena.

—No vayas a Beltrán. Iremos nosotros.

Y con aspaviento aburrido responde a Nicasio.

—Llevar los folletos sin soltar el rollo es nada. ¿Estás
entendiendo?

Entran en el coche. Nicasito, mirada de tango, cabecea
imperceptible en señal de despedida. Con el motor en
marcha el patrón me da un cheque e instrucciones.

—Espera. Haz el favor: Cambia el talón pagando unos
vales míos de gasolina en la estación del cruce de Adeje.
Es la firma de don Ibrahim. De ahí tomas para el hospede-
daje —aclara.

—Bueno.

¡Y no olvides los justificantes de gastos! —grita
mientras el auto rueda.

Camino hacia el «Renolcillo» estacionado junto a una alberca antigua seccionada por la carretera. Diviso dos ancianos sentados bajo la sombra raquítica de un árbol sediento. Callados e inmóviles, como no queriendo hacerse notar de la muerte, acopian con la vista el azar que depara estos andurriales.

El pozo conserva la bomba que, enmohecida, chirría al accionarla. Alongándome por el brocal distingo, en el fondo, latas viejas, otros desperdicios y un gato muerto. Medio oculto por la tierra veo un bebedero de piedra labrada. Al presente no vale. Si averiguas el precio resultará un recuerdo de familia.

—Buenas tardes, señores.

—Así sea, caballero.

—Es un pozo abandonado, ¿verdad?

—Dueño tendrá, digo —responde uno.

—¿...?

—Don Ricardo, será —añade.

Me despido. Enciendo el contacto del motor y lo pongo en marcha. Al pasar saludo nuevamente.

Cuando no sabemos interpelar, tiempo y paciencia, la pregunta más sencilla deviene en un misterio mafioso. Prudencia secular cuyas raíces se clavan mordientes en la cal de los hórridos celos. Conecto estos pensamientos con el curioso sentido jerárquico de Nicasio. A don Calixto, al patrón, y a otros muchos nos tutea. En cambio, en una de nuestras visitas anteriores, al joven encargado del Empaquetado de Fyffes lo trataba de usted. No digamos a don Ricardo. Y es que Nicasio, sutilmente, a través del ancestro, distingue el sello del poder en quienes amasan el dinero como fuerza expansiva, sojuzgadora, de una ambición teocrática. Los más apetecen la fortuna para saciar el apetito menudo de vivir y «basilar».

Estoy a punto de atropellar un baifo atolondrado. El cabrero, cachazudo; lanza con tino unas piedras y silba al perro. Sintiéndome culpable detengo el automóvil.

—No se apure, siga a lo suyo. La culpa es de este tipo que no quiere ganarse el rancho —profiere el cabrero, señalando al perro.

—¿Cómo es eso —inquiero amistoso, ofreciendo tabaco.

Arroja con desgana el pedrusco y recoge el cigarrillo explicando.

—No puedo echar una cabeceada sin que este condenado bicho haga lo mismo y las cabras se desparramen.

—Como canta el abad responde el sacristán —digo riendo.

—A destiempo Vd., porque al tambor mayor no se le toca retreta. Y en chanzas o veras, con tu amo no partas peras.

—Todo anda virado —respondo.

Se expresa bailándole en los ojos maliciosa alegría, con ganas de platicar y seguro del firme, relata un bullanguero mundo de entuertos protagonizado por esta gente nueva incapaz de sacrificarse. Remata diciendo.

—Contraté un muchachillo nuevo: ¡lo largué, Vd.! El relente perjudica, patrón. Hoy tengo un «disgusto» en el estómago, patrón. Enterró a medio pueblo. A cobrar era un clavo. Me harté cuando se negó venir a los pastos del Norte en verano y, sobre todo, después de abandonarme una cabra enferma.

Es un hombre menudo, curtido, mayor, pero de edad inconcreta que, mientras habla, provisto de navaja, lasquea una madera que aventura formas de barca. Las cabras, desperdigadas, con ásperos cuernos de sarmiento seco,

rumían la parca vegetación que brota entre los roquedales de esta esponja reseca que es el Sur de la Isla. Sobre una piedra, aislado, un macho-cabrío ceniciento, de mirar rasputinesco, enseña la desolación de su destino mítico. Azazel, carbunco expiatorio en la eclíptica de miserables aquelarres. Azazel, festín petrificado de impíos, «de envueltos andrajos que desprecian cuanto ignoran». Mascaron de proa para la derrota marinera que labra las manos del pastor:

El cabrero gesticula despectivamente orgulloso reparando en mi atención al chivo.

—Va para viejo. Lo tengo en tratos. Debí verle hace dos años; en las épocas de récalar por la casa teníamos que trancarlo, amarrarlo, en el corral. Se tiraba a mi mujer y a cualquier otra que anduviera en luna. Mis buenas pesetas le saqué, sí señor. Pierdo dinero, me encariño, si los animales son formales y cumplen.

Aplastó el cigarrillo. El hombre entrega una mano de movimiento tímido con embarazos de pésame. El macho-cabrío, al irme, continúa en igual actitud. Recordé al amigo chivo, el nómada de los riscos de Anaga. Quizá resbala por despeñaderos, mordisquea tiernos brotes de hinojo, masculla la victoria sobre las palabras y hiere la savia de recios troncos para volver a aprender la sonrisa de todos. Crujen, a su paso, las hierbas secas del lenguaje desgranando las amenazas de la semilla que lo convierte en chivo fatal abandonado al desierto.

La estación de gasolina abre su Caja a la firma de don Ibrahim que no a la estampa de Atilano. El bereber embozado de cejas espesas detrás del mostrador sirve alcohol. Salgo al porche del tinglado. Me digo que es una tarde de movimientos lentos, la luz pone en los seres y en las cosas un fino polvillo enarenado. La tierra se ampara ansiosa

de recuperar su destino de ser solo tierra. El cuerpo recoge la laxitud del ambiente, volatiliza los afanes de buhonero pese a ser hora propicia de tocar la flauta encantada del comercio. El personal desploma la voluntad de tensión y los reflejos acuden tardíos. Es el momento de llamar a las puertas, calarse el turbante y emprender la lucha cósmica de la nada, con la lengua pegada al cielo del paladar. Entonces extraigo, despacio, de mi chaquetón de rabí el instrumento con que emito los sonos cortos, como reclamo de avutarda:

Mocap. sumithion...

Ortomonitor, basamin, perfecthion.

D-D- puntualizan las notas de semifusas en consonantes de acupuntura. Las vierto del techo de la sala de la gran oquedad con finalidad inexorable de gota filtrada. Prolongo la melodía del sonido como una planta trepadora aferrándose al tallo, succionando la altura: Diclorodifenil-tricloro-etano. Dibromo-cloro-propano...

Quando veo el rostro ocelado de la mantis religiosa miméticamente fluvializado, disparo el «spray» de pelitre. La materia activa, sigilosa como la secta de los «hassassins», inicia el proceso sistémico paralizador del aparato neurovegetativo. La víctima agita espasmódicamente los miembros gozando de la blanca, cristiana muerte del cáncer en UVI de Hospital. Automáticamente, mediante el transmisor de larga distancia, el Ordenador de la Oficina pone en funcionamiento la máquina traga-perras registrando la defunción en la Caja: Cincuentaysietemiltrescientasdiecisésete pesetas, incluido el impuesto de tráfico de empresas.

El patrón desconoce que Beltrán recalca a estas horas por el bar y toma un café.

A mi vista, aquí, la isla es una duna de vientre feme-

nino entregado al mar. Me distraigo reparando en la premura del servidor de la gasolinera por atender el Seat blanco y pequeño detenido junto a la bomba. En el asiento posterior juguetean dos niños. El conductor queda de espaldas a mí. Es una mujer de cabellos largos, oscuros, que luce una blusa negra dejando los hombros al descubierto.

Admiro su distinción por la forma que tiene de ladear la cabeza para componer el peinado mientras desciende del coche. Impone la necesidad del movimiento y lo realiza abreviando el gesto. No abusa. Protegiendo sus pantalones blancos, observa distante como el empleado vacía el aceite en el motor. Su rostro me es vagamente familiar. Nos miramos y súbitamente exclama:

— ¡Añaterve!

Es Varona quien, desenvuelta, alegre, me besa al tiempo que retiene largamente la mano que abandono entre las suyas.

— Sí, la parejita. ¿Tú crees? Es un hombre bueno. Trabaja en Granadilla. Tenemos casa en Adeje y un apartamentito en Tenbel. Me dijeron que te casaste. ¡Qué alegría! ... bla, bla, bla, bla...

— ¿Y qué haces por aquí, Añaterve?

— Como sabrás, soy labiótico por la Universidad de Alabama. Promotor y ejecutivo de ventas de una empresa en plena expansión. Trabajo agradable en equipo, altas comisiones y posibilidades de ascenso con viajes al extranjero.

Los ojos de Varona parecen desposeídos de la agresividad vivificante que conocí. La observo mejor y percibo un rictus indefinido en la comisura de los labios. No deseo ser cruel. Penosamente evoco la delicada restauración de «La Primavera» de Boticelli en los Uffizzi.

Como si despertara al recuerdo, precipitadamente, con resquicios de luz, dice risueña:

— ¡Es fantástico, Añaterve, continúas oliendo a chivo!

— Para salvarnos un poco, Varona, lo mejor es unirse voluntariamente. Algo que una Aries no hace nunca, ¿verdad? —añado afectuoso.

— Es una pena que no nos veamos con más frecuencia. ¿Por qué no vienes a casa y conoces a mi marido?

— Me gusta la idea. Los invito a cenar. Pasaré la noche en Los Cristianos. Cuestión de negocios —declaro.

— ¡Fabuloso! Tengo un plan. Mario está invitado a una fiesta que da un tal Herr no sé qué. Vendrás con nosotros. Sígueme en el coche.

— ¿Tienés teléfono? —digo innecesariamente.

— Claro. Podrás llamar a tu mujer —exclama irónica.

Adeje, como otros tantos y viejos pueblos del Sur, conserva el dibujo reposante del caracol camino de la Iglesia o del Municipio. Desconchabadas casas con sólidas paredes de arca y aldabas enmohecidas en los caserones exhalando el cedro oculto de trapiches y ébano. El nombre de «Casa Fuerte», cal y almena, pone un acento ominoso en las huertas del maíz verde agitado por la brisa de manos ocultas y sombreros de paja reclinados en este atardecer de «Angelus». Las escarpaduras grises dominan el pueblo y acorralan la topografía del «Barranco del Infierno» despertando sahumeros exorcistas de Santo Oficio.

Varona habita una de las viejas mansiones de huerto monacal con altas tapias guareciendo jóvenes aguacateros. Pisos de madera gastada y ventanales a la huerta. Un largo corredor, ocupado por sillas victorieras y arcones, distribuye los dormitorios con camas de pilares de fuste salomónico. Algunas desvaídas telas penden de las paredes. Son hombres de espada, manos largas y acuervados ojos. Un voluminoso abate provisto de quevedos y golosos labios disfruta de chispeante, terrenal placidez.

Los niños han quedado fuera jugando. Antes de llamar

por teléfono quiso enseñarme la casa. Vienen por temporadas aquí.

—Disfruto con este recogimiento —explica.

Al marido le gusta la capital. Pronto abandonarán Granadilla. Mario espera una vacante en Santa Cruz o La Laguna; además, la educación de los niños, una enfermedad seria... etc.

Escucho el ruido de una moto potente. Varona indica por señas que es el marido.

Los niños acogen ruidosamente al padre en el jardín y, poco después, Mario hace acto de presencia, deportivamente vestido de camisa blanca, con un cocodrilo bordado en ella. Reconozco en él al nuevo notario. Es de tez blanca, aguilero e irrenunciable calvicie. Pienso, satisfecho, que me sobrepasa en edad. Don Mario es gallego, administra una gran finca que ahora supongo heredad de la mujer. Don Mario aquilata al céntimo cuando compra.

—¿Cómo está don Atilano? No sabía que Vds. se conocieran —exclama alegremente recortado.

Varona nos observa divertida y presumiendo una confusión aclara.

—¡Pero si se llama Añaterve!

Deshago el malentendido: Atilano-Añaterve-Bermúdez Barrios, para servir a Dios y a Vd.

—Esta es su casa, tu casa. Pasemos al salón a tomar una copa —propone Mario.

Varona empuja las puertas del salón con efectos de proscenio, descorre cortinas, abre ventanas: Un Bonín Guerín, dos Bonín Guerín; López Ruiz. Un Martín González. Sillas de pata de águila. Grabados de cacería, caballos y casacas rojas. Una mesa de caoba delicadamente trabajada. El tresillo de «skay», un bargueño de teca.

Y una chimenea grande, con forma de fonil invertido, tapizada de piedras del Teide, que contemplo y alabo insincero.

Varona, sin mucho entusiasmo, declara.

—¿Te gusta? Fue idea de Mario en un viaje que hicimos a Austria.

—Y tira muy bien. Apunta Mario dando unos pasos en dirección a un mueble que, al abrirlo, enciende un interior de espejos y botellas alineadas.

—¿Chivas, Vat 69, El Monje, un coñac...? —recita solícito.

Me dirijo a Varona con un ademán y ésta elige Cointreau.

—Carlos Primero, por favor —indico.

Mario se sirve del Vat 69. Tomo asiento en el sofá, al lado de Varona, junto a una mesita que luce un teléfono dorado de formato antiguo. Sobre la repisa de la chimenea reposan platos de la adocenada cerámica griega que venden en el barrio de «Monastiraki» en Atenas.

—A Mario le encantan las chucherías, disfruta comprando —dice Varona persiguiendo mi mirada.

—¡...!

—¡Oh, sí...! ...Grecia... Preciosas playas, islas encantadoras, ¡y tan típicas! Museos abarrotados. Mucha paz, Añaterve —declama Varona con gorjeos de nido.

—Al final, si son muchos días, es un poco aburrido. París es diferente. Satisface todos los gustos —Mario guiña, pícaro, un ojo.

—No lo dejé ni a sol ni a sombra. Imagínate, estuvimos en un cabaret de «strip-tease» donde el último número era una mujer haciendo el amor en plena escena, pero... agárrate, con un espectador.

Varona hace aspavientos y recoge el descote de sus maternas senos.

La Torre, Plaza Concordia, La Magdalena, Moulin Rouge, todas iguales, de los muslos al pecho; homosexuales. Marlon Brando. Sí, vieron la película. Todo muy natural, ¿sabes? Fotos: éstos somos nosotros. Niño, asustadísima. ¿El salón del automóvil? ¡Fabuloso! Mario compró una legítima Harley-Davidson de diez caballos. Tuvo líos con la aduana de Irún. ¡No, en Perpignán! ¡Qué desmemoriada soy! ¡Fue fabuloso!

—Mario, ¿por qué no llevamos a Añaterve con nosotros a la fiesta, hasta podríamos darle la llave del apartamento para que duerma esta noche, te parece?

Mario, antes de contestar, fracción de segundo, inicia un gesto hacia su vaso y responde:

—Naturalmente, encantado, Añaterve. Vds. así pueden recordar viejos tiempos. Encontraremos chavalas estúpidas y simpáticas.

—No, de ninguna manera. Carezco de ropa adecuada. Lo del apartamento, desgraciadamente, no puedo aceptarlo. Reservé habitación en el Hostal Reverón.

Miento porque considero justificada la incomodidad de Mario y desorbitado el arrebato de Varona.

Levantándose del sillón, Mario coloca una mano en mi hombro diciendo:

—Déjate de cumplidos. Vienes con nosotros. Tenemos que hablar de insecticidas; quiero tratar la platanera con nematocida. El año pasado no apliqué y, francamente, la noto atrasada.

Abandono el asiento copa en mano.

—Gracias Mario. Vds. han de arreglarse y yo he de

intentar una componenda en la indumentaria. ¿Dónde nos vemos?

—Los extranjeros son gente sencilla, naturales —responde Varona conduciéndonos en dirección a la puerta del salón—. Van de cualquier manera. ¿Conoces el restaurante La Ballena? Bien, calculemos alrededor de las ocho y media. Asearnos, dar de comer a los niños y acostarlos es rutina.

En el bordillo de la calle descansa la flamante moto. Manifiesto admiración:

—Capaz de alcanzar los doscientos —apunta Mario.

—Es un deporte muy arriesgado.

—¡Anda, Añaterve, no chancees! —profiere Varona, apoyando la mano en mi antebrazo.

Marcho hacia el «Renolcillo». Siento el frescor de la tarde. El asfalto excoriado revela la insospechada ternura del adoquín. El perro legñoso, de rabo amedrentado, fija la territorialidad en las ruedas del coche. Una pared blanca y alta adelgaza la calle en pos del infinito. Detalles mínimos cerniéndose sobre el espíritu en amplio círculo de vuelo de buitre aguardando los estertores de su pitanza. Ha sido como la tarjeta postal, encandilamiento de luces, de paisaje, provocando una apetencia más real y verdadera que la desmoronada presencia. Puedo engañarme. El muro blanco y muy alto aferra, acogota, la definitiva imposibilidad. «El triunfo de la Muerte», de no sé quién, lo encuentro huero cuando se transita entre vivos muertos y luchamos por no perecer.

No es lejos el trayecto a Los Cristianos pero conviene ahorrar tiempo para ser puntual. En bajada y en llano, con la directa, el automóvil es una banda de música. El desvío que desciende de la autopista al pueblo presenta

un panorama urbano de arracimadas botellas en bandeja. Imagino Los Cristianos como un grupo de niños orinando en un charco. ¡A ver quién lo hace más alto! —grita la chiquillería, y los edificios toman altura, apretujándose, alrededor del agua caliente, cercada por el espigón de muelle.

No encuentro alojamiento en el Hostal, deambulo sin resultado. Acudo a la recepción de un Hotel historiado. El empleado, un español ceceante, enjaezado cónsul en procesión, simula atender unos papeles.

—¿Señor? —interroga ante la muda espera del extranjero. —Lo siento señor, todo «full».

Reparé en que, necesariamente, no tengo por qué hospedarme en Los Cristianos e insistir en más hoteles. Regresé al empalme con la autopista y tomé la dirección a Tenbel, en Las Galletas. Empleé más de media hora para llegar a la urbanización que, construida encima de un martirio de lava, expende alcohol y silencio envasado al vario-pinto turista. Pido habitación con baño. Cumplimentadas las formalidades de registro me lanzo en busca de la constelación de Géminis, apartamento 333. El dédalo de pasillos esconde a las viviendas del minotauro del viento que, proveniente de los espacios libres de la cumbre, entrega al forastero a la inhóspita búsqueda del cubil. Apartamento número 333. Acto primero de mis prisas es comprobar en el espejo si estos ojos viven, si continúan sosteniendo esta locura de querer ser el primer hombre para ser el hombre de todos. Acaso una carne con podredumbres de tristeza, fermentada en alcohol, me libre por hoy de la maldita pared, del rabo temeroso del perro. Vacío los bolsillos de objetos y comienzo a habitar el cuarto. Sacudo los pantalones que pongo debajo del colchón. Papel y agua dan lustre al polvoriento calzado. La ducha caliente suaviza las asperezas del sentimiento, derrama quietud de loto, y las gotas de agua cosquillean pensamientos

saltarines persiguiendo la ilusión próxima de la fiesta. Vestido contemplo de nuevo la peregrina figura en el espejo del armario. Si no más presentable, al menos, limpio. Acudo al lugar de la cita con una antelación de diez minutos, tiempo suficiente para anticipar al ánimo la cordialidad de un whisky que me sirve, acrobáticamente prestímano, un camarero de párpados enlutados.

Acomodo el cuerpo, enciendo un cigarrillo. Distancio el vaso de whisky y aproximo el cenicero. Curioseo el tránsito de viandantes: Semblantes toscos y atléticas mujeres que, vestidas de largo, aferran el bolso de noche con vigor de escoba. Dos jovencitas toman asiento en una mesa cercana y solicitan helados.

— ¡Añáterve!

La voz viene del interior del plateado Mercedes 220 que he visto llegar suavemente silencioso, imponiendo una obsequiosa diligencia en el camarero a mi gesto de pagar. Saludo abanando y me acerco a la ventanilla de Mario. Varona, disponiéndose a abrir la puerta del coche, exclama:

— ¡Hola! Aguarda a que pase detrás.

Contengo el movimiento diciendo.

— ¿No será mejor que vaya en el mío? Así Vds. no se obligan a mi persona.

— Como prefieras — declara Mario, esbozando una sonrisa —, aunque no representa molestia llevarte.

— Disculpa. Creo que, de esta forma, ambos estaremos más libres.

Nubes grises ocultan el hueso canino de la tierra. Mario conduce el coche por una pista ascendente, hacia un collado en el mar, donde cintilan las luces de un moderno chalet. Alargo distancias para mitigar el polvo que levanta el Mercedes. Los coches ruedan sobre la gravilla del jar-

dín con ecos de pan tostado. Aparco la tartana al lado del Mercedes de Mario, junto a un Porsche deportivo de color rojo. Conté unos diez automóviles. Ayudo a Varona a descender; mientras, Mario se desprende de los guantes de conducir. Focos ocultos en la vegetación del jardín silue-tean las rugosidades de la lava volcánica. Nos acoge un gran espacio acristalado al mar por el que los invitados pasean formando grupos, saludándose animadamente.

—¿Cómo aquí nuestras espantables figuras?

Alego a Varona burlón, en abierta mirada al lujoso atavío del matrimonio.

—Agarra el toro... ¿Vale?

Responde Mario, enseñando un diente de oro.

De uno de los corros se nos aproxima un señor que, vestido de irreprochable corte blanco, camisa abierta, con amplia cordialidad y alarde de ademanes, nos dice en castellano folklórico.

—¡Vaya, don Mario! Vd. ser puntual en despacho, no en fiesta. Vd. no español.

Carcajea en tono menor e inclinándose toma la mano extendida de Varona y la roza, con labios finos y prietos, en éxtasis de devoción mariana. Ya erguido exclama:

—¡Ooooooh! ... Frau Soutoooooo.

Las «o» caen en el pulido pavimento como una sarta de perlas desprendidas de la mano negligente de un príncipe saudí arrobado por verdores de vergel. Mario efectúa mi protocolaria presentación. Y, Herr Klaus, todavía más difícilmente victor-huguesco, sentencia.

—¿Amigo? ¡Amigo!

Este hombre, me digo, es de la especie ultrasónica. «Mach-7», por lo menos. Procuero, haciendo esfuerzos por olvidar mi cáscara, adoptar talante del «Caballero de la

mano en el pecho» y, con leve inclinación de «primus inter pares», respondo:

—Encantado Herr Klaus. Gracias por su acogida.

—Es freut mich, Herr Klaus. Danke für Ihre Gastfreundschaft.

—¿Habla Vd. alemán? —pregunta, observándome apreciativo, desde los menudos y penetrantes ojos azules.

—Ja, Herr —respondo.

Herr Kauss despliega la mano en abanico invitándonos a continuar la marcha hacia el grupo del que se había apartado. Varona, con aplomo, radiante, sonriendo a todos y a nadie, distraída.

—¡Hans! No veo a Ingrid.

—Oh, mucha gente Frau Souto, ella venir pronto si vernos.

Manos aquí y allá. Tintineo de hielo en los vasos. Inclinaciones y sonrisas. Mario, pitillera plateada y Dunhill, acuarela la mirada. Un individuo, aspecto de manguitos y taburete contable a lo Dickens, pasi-corto, saludando a Varona, dice:

—¡Estás insuperable, encantadora! ¡Mario, Mario! Jacinto Recil anda diciendo por ahí que el contencioso-administrativo de Fuentes no tiene porvenir, que es dinero perdido recurrir al Supremo. Desde luego yo te digo...

El hombre, en dos pies y lengua fuera, aguarda la caricia de Mario.

—No he estudiado el asunto en profundidad, pero creo que Recil acierta, amigo Leocadio.

Atolondrado, amigo Leocadio, se adueña de Varona llevándola a los restantes corrillos. No sin verbosear pulposo a la figura «maquizard» de Atilano. Mario, ofreciendo su

desnudo pecho de integridad, entreverando; «yo creo... porque opino, teniendo en cuenta la normativa, considerando...» dialoga con Herr Klaus que, sin sonrisas, contundente, plantea interrogaciones legales de su mundo operacional de inversiones. Presencio el diálogo revestido de «Manhattan Trust». Una dama me socorre, inconscientemente, demandando fuego para su cigarrillo. Sólida valquiria de cabellos negros y verdes ojos. Atilano —Fósforos del Pirineo, S. A.— enciende con luminaria festiva de ojos y alma el cigarrillo, sostenido por dedos que barruntan oficios de seda. Fräulein Marianne luce en la hondonada de su hermoso busto una cruz de diminutas esmeraldas. Atilano pone gesto de manos vacías.

—Pobrecito —susurra Fräulein Marianne.

Arrastra conmigo, asiéndome, a un panorama de botellas asistidas por un «smoking» orlado de marfil. ¡Añaterve! —me digo, de principio a fin piensa que juegas con Bent-Larsen al que, por casualidad, ganaste en una simultánea.

—¡Vat-69! Por favor.

Reclamo al «maitre», ejemplarizando a Mario, desdeñando la ilustre prosapia de las restantes bebidas. Escucho una música en sordina cantando: ¡...Y...viiiiva España!...

Fräulein Marianne, exhalando un chorro de humo, me dice:

—¡Schoen, nicht wahr!

—¡Lindo! —recalca en castellano.

Atilano-Añaterve —estrategia dorada de Austerlitz— flamea su bandera corsaria de acorazado de bolsillo alemán y dice a Fräulein Marianne:

—Esa es la España estereotipada del arruinado tabla

flamenco y toreros de salón. Estamos en una tierra con la tristeza paramera de Méjico sin desgarros, con resignación de locura mansa, de folías ahogadas como una gabarra aturdida en el marisco.

Fräulein Marianne no entiende mi alemán de cocina pero le impresiona la vehemencia y la apostura de César del interlocutor. Fräulein Marianne posee unos hombros redondos, blancos, anchas espaldas y menudas orejas de caracol sonrosado.

Algunas parejas bailan arrulladas por la asexuada voz de Demis-Roussos. Inexpresiva, barbotante carne, Marianne se deja llevar por la música. Levemente, al principio, ciñe la terráquea cintura. Los compases de la melodía dilatan silencios de muslo a muslo. Respirar controlado y la voz, la palabra, como cera derretida, declamando:

—¿Marianne?

—¿Ja?

Con tono de Charles Trenet resucito.

—El mar, la arena sin huellas, las gaviotas hundiendo el mar y la muerte pequeña del pez pequeño.

Marianne escucha invencible, sobrenadando la mirada en los restantes invitados, pero su ritmo de pulsaciones ha variado sensiblemente. Un ligero toque en la espalda me sorprende. Es Varona que, alegre, designorando a Marianne, dice:

—Veo que no pierdes el tiempo.

Sonrisa de conejo. Presentaciones y colectivos deseos de beber. A Marianne viene a buscarla una torre de Jericó de espesas cejas que agradece la cortesía de Atilano.

—Lo pasas bien, ¿verdad? —indaga Varona.

Apojado en dos whiskies, cautelosamente ambiguo, replico:

—Varona, esto es un señuelo para el sufrimiento que me acosa en mis muchas reencarnaciones. No he cumplido mi círculo penoso. Cada vez que apreso la luz se deshace en la lejanía de tus ojos.

Ella atiende. En la comisura de los labios hay rictus que agrietan el maquillaje pero, defensiva, esgrimiendo frivolidad punzante, responde:

— ¡Siempre fuiste un poeta! ¿No me invitas a bailar?

Pongo atención a la música. Tengo suerte. Un tango somnoliento de guitarras eléctricas pone sombras de apache en el río boanerense de los mosaicos. Herr Klaus, compruebo, ha establecido correctamente el porcentaje mayoritario de edad. Mientras bailamos, en silencio, me pregunto si Varona desea oír la verdad de las mentiras o la mentira del mundo sensible. Pensé recurrir a la parábola como vía intermedia pero, recordando que es Aries, elijo la aliteración del Viejo Testamento, al cuñado y verídico Jehová de las zarzas.

—Cumpliste tu afán de asegurar los nueve primeros viernes de cada mes. ¡Gloria in excelsis Deo!

—Te recibí con alegría ¿Recuerdas? —responde dolida.

Oprimo su mano en señal de atrición.

—Perdona, Varona. El lobo acorralado agradece con los dientes del miedo. Este mundo es cósmicamente extraño a ti y a mí. Tú, Varona, eres más fuerte. No has elegido este ambiente por debilidad sino por soberbia genética, por encima de las vacuidades sociales te sientes portadora, ¡infeliz!, de la trailla de los Romanoff.

Siento que el cuerpo de Varona pierde rigidez. Su cuerpo tibio, evanescente, responde sin entregarse. Me recreo envolviendo su cintura, contemplándola. Exhibe un peinado ligeramente alto. Es una mujer seductora, impone

su personalidad de filo reluciente de hacha. Nada más peligroso que una mujer conocedora de los recursos de que dispone.

—«Puedo escribir los versos más tristes esta noche.»

Son las líneas del poeta que, una vez pronunciadas, quedan congeladas, revestidas de sorpresiva muerte. Como un mamuth recluso, hallazgo notificado, de la Academia de Artes y Ciencias de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Varona me duele con un dolor impronunciable, como la tortura de una vela sin fieles, como un jardín abandonado. En voz alta le digo:

—Sí, Varona, recuerdo la geometría. La recta es una fugacidad en la circunferencia. Es un punto, parte del todo, que no se detiene pero queda como la marca de «El correo del zar», grabada a fuego.

Mirándome sería respondió:

—Entiéndeme, Añaterve, fue una época que no he vuelto a tener. Disfruté de libertad, me sentía como una gacela en la sabana. No se puede atesorar todo.

Pide que la comprenda, que la engañe. Varona, mi pobre Varona, cristaliza lluvia. No puedo permitirme estropearle el rímel. Su alma generosa, de altivas contradicciones, cede al espantapájaros de trigales que es el miseriento Atilaño-Añaterve. La calidez de su cuerpo, de velamen al viento, embebida planta de primeras lluvias, se entrega con mansedumbres de acaecida tormenta.

La música finaliza y las primeras notas de un enérgico pasodoble nos detiene a la vista de Mario que, whisky en mano, eleva el vaso en homenaje a tripartita felicidad.

—Por cierto —añade acercándonos a Mario—: ¿Qué fue del nómada? Hicimos un grupo estupendo. Sabes, nos

encontramos, ¡imagínate! , a Malakassis en Londres. Mario simpatizó enseguida con él. Tan loco y cariñoso como siempre, nos condujo a todas partes.

Varona apoya la mano en el antebrazo de Mario agregando:

—¿No estarás bebiendo mucho? Te estuve buscando. Recurrí a Añaterve. No paraste de hablar con Hans.

—Ya, ya —contestó Mario, satisfecho—. Ví cómo cancelaste el porvenir de Añaterve con Marianne. Debes resignarte al porvenir de tu marido, hija.

La mirada de Mario es benévola y apuntándome con el vaso anuncia:

—Luego, Añaterve, quisiera presentarte gente interesante. El señor Klaus quiere formar sociedad con Recil en plan de cultivos. ¿No te importa coger mi vaso?

Toma el brazo de Varona que se deja guiar hasta el centro del salón. Bailan con soltura. Mario le cuchichea y ella sonríe con un mohín que es mío antes que de él. Soy injusto. No tengo pretextos para trocar en ira mi desaliento de chivo derrotado. Es innoble transformar en humillaciones la cortesía de Mario. ¡Que te entregó el vaso! ¿y qué? También puede ser un acto de intimidad.

Sumergido en cavilaciones contradictorias me acerco a las mesas donde han dispuesto el «buffet». Civilizado ruido de platos y tenedores acompaña la mímica revoloteante de las manos señalando manjares a los activos camareros. Entrego distraído el plato a uno de los servidores requiriendo escoja porciones variadas. El mozo devuelve dos platos, a la par, atendiendo a otro señor que, inclinándose, en respetuoso español, reclama cortés.

—Dispense señor, Vd. ha tomado mi plato.

El sujeto presenta una silueta de lápiz coronado por

una aceituna acostada, sin rellenar, de estilizado Polifemo, de santón, de báculo, de epicúreo San Jerónimo, de fakir. En suma, un hombre de caleidoscópica figura mantenido por encuevado y apasionado mirar. Asombroso que no le haya visto antes. Una camisa rayada y pantalones vaqueros desteñidos por la lejía del tiempo. Percibe mi estupefacción; amistoso, con un toquecito confidencial musita:

—No se inquiete. Vd. no es el primero.

—Perdone. Es que Vd. parece irreal.

Afirmo, describiendo un arco breve que, con la mano libre, abarca a la concurrencia. De sopetón enumero lo que pienso de su exhaustiva personalidad, agregando.

—Vd. aminora la vergüenza de mi vestimenta.

Asiente mientras ingiere delicado, casi femeninamente. Le pregunto si es francés y ante su afirmación, inducido por una reciente experiencia, tengo la osadía de añadir desafiante.

—No simpatizo con los franceses.

—Yo tampoco, señor. Por eso estoy aquí. Al principio imaginé que Vd. era un competidor. Veo que no.

—¿Contrincante? No entiendo.

Charles-Maurice Perigord de Didier Sardá disfruta de un humor delicioso; como los cielos y suaves campos que rodean su castillo de Valençay. Aclara la presunta rivalidad explicando que estudió cuidadosamente, de Tenbel a Los Cristianos, aquellos extranjeros que gozan de buena mesa con el fin de invitarse.

—Entiendo. Vd. es amigo del señor Klaus, de lo cual infiere que ambos somos rivales —respondo.

—No. Vd. no comprende nada.

Ojea en torno a nosotros correspondiendo al visaje fa-

miliar de algunos comensales y me invita, misterioso, a la tranquilidad de un lugar menos concurrido. Charles Maurice Perigord de Didier Sardá regresa a proveerse de una ración de langostinos, advirtiéndome:

—¿Quiere algo de vinos para su carne? Puedo recomendarle la bodega del señor Klaus. Tiene un Borgoña exquisito, perfectamente adecuado.

En el extremo del salón, a través de las parejas que bailan, diviso a Varona y a Mario en compañía del señor Klaus y otros más. Distingo las bonitas piernas de Varona brotando de una falda roja plisada. Mario sostiene una chaquetilla del mismo color en el brazo. Ella habla resueltamente expresiva. Charles-Maurice, con pasos de zancada, se aproxima y siguiendo mi mirada exclama:

—¡Es lo único interesante del ható! Sin desdeñar a Frau Klaus.

Puntualiza, jovial, volviendo a la conversación anterior.

—¿Dónde estábamos? ¡Ah, sí! Voy a disipar la confusión. Comparto su antipatía xenofobizante pero sería un aborto del espíritu si no apreciara los sabores metafísicos de una mesa dignamente servida. Mi paladar no concuerda con el bolsillo. ¿Remedio? ¡Invitarme!

Mi fantástico personaje extrae de la parte posterior del pantalón una libretita mostrándome nombres y fechas para continuar diciendo:

—Vea, pasado mañana el señor Dupont, posiblemente, nos ofrecerá un suculento pato a la naranja.

No acierto a comprender y al azar digo:

—Posee Vd. amigos considerados. Le aprecian, no cabe duda.

En signo de desesperación cómica, riéndose, estira la inexistente raya de los pantalones y replica:

—Algunos han llegado a serlo, como el señor Klaus, pero la mayoría son perfectos desconocidos. El método es el siguiente: Acecho la llegada de un grupo numeroso y como soy políglota me integro a ellos como otro invitado. El dueño, necesariamente, me acoge suponiendo un acompañante más. ¿Comprende la razón de mi sospecha? Pensé que Vd. usórpaba mi patente.

Charles-Maurice entorna los ojos al beber. Desenvuelve las manos como mariposas tras un velo. Es una bolsa marinera de anécdotas narradas con una elegancia espiritual que justifica sus exigencias sensibles.

—No hay que arrinconarse —continúa—, voy al asalto de estos infelices aprovechando la polifacética personalidad que Vd. intuyó en mí. ¿No ha reparado en que la gente vive pendiente del milagro ajeno que redima sus mortecinas vidas? Comparto su comida y, a cambio, les doy algo inimaginable y apetecido por ellos: El amor que me sobra, sin asustarlos, enmascarado de Gurú-Maharaj, de parasicología, de cualquier cosa que aplaque la estúpida vileza de las almas vacías.

Dirijo la vista a los convidados: Los rezagados continúan alrededor de las mesas, se chupan los dedos manchados y terminan de secarse usando servilletas de papel. Si bien los camareros retiran con presteza los platos sucios no puedo evitar el pensamiento de presenciar algo excrementicio, de sometimiento a nuestras amargas servidumbres. Charles-Maurice gesticula hacia el panorama profiriendo:

—Edificante, ¿no?

Atrae la atención una dama alta, de traje azul que al pasear, revela hermosas piernas en cuyas corvas resumo blandos pliegues de apetencias. Vagabundea entre los grupos dispersos. Rubia y, otra vez, azul. De graciosa nariz,

de adormilado acecho. Es, según designan las revistas, una mujer con «glamour».

—Sabía maduración de la «dolce vita».

Detallo a Charles-Maurice indicando, discreto, a la dama que habla con Fräulein Marianne.

—¡Sin duda! —replica—. Es Ingrid, Frau Klaus.

Atusa el bigote, resbala la mano por la barba y, en un como entornado recuerdo, agrega.

—Entiendo el refinamiento de esa expresión. Eleva mi consideración hacia Vd. En el amor es conveniente padecer de cierta miopía en el tacto corpóreo y espiritual. Soy un decadente. Revivo con las formas femeninas a punto de desmoronarse.

Fräulein Marianne descubre la insistencia de la mirada y agita la mano con feliz sorpresa de abejón de culo blanco.

¡Justo! —respondo al francés y matizo añadiendo:

—Es el momento en que la mujer alcanza la impotencia de sus frustraciones y vuelca lágrimas de tabaiba. El gozo de la monja, pasada la histeria, sucumbiendo al mundo, al demonio y a la carne.

Charles-Maurice Perigord de Didier Sardá contempla al trasluz, complaciente, el vino rojo de su vaso. Frau Klaus atraída por el saludo de Fräulein Marianne, nos distingue y se acerca a nosotros.

—¡Qué sorpresa Charles! Ya me estaba aburriendo. ¡Preséntame a tu amigo!

Recibo una mano tibia, de suspiro de almohada deshecha. Los pretextos que llenan el vacío los colma Charles y la expectación de Frau Klaus deslizando aprobación y mohín. El diamante del alcohol aumenta la lucidez de mis dioptrías con anhelos de Varona, espinosa y tierna, tortuosamente distante. Así que rencoroso, interrumpiendo

el diálogo de Charles, con arcada petulante de beodo maltrecho, arguyo:

« ¡Incierto, mentiras!, amigo Charles, que el eterno femenino nos conduzca hacia arriba. ¿Goethe, verdad?

Atilano saluda firme a la bandera.

Charles, que es un clarividente, acaricia con sus pestañas los párpados sombreados de Ingrid, responde paralelo:

—No te dejes acosar por la debilidad, acepta tu irremediable verismo y no uses las pildoritas coloreadas de los dispépsicos.

Frau Klaus enarca las cejas a Charles y con autoritario agrado me dice:

—No es necesario comprender. Tiene Vd. ojos tristes. No haga caso de Charles, la ruindad de él es su inocencia.

— ¡Asombroso... en ...! —Exclamo, hacia Charles, reteniendo el impulso de continuar.

Frau Klaus, festiva, oscila la cabellera, me envuelve en perfume y concreta:

—Las mujeres tenemos, ¿cómo dicen ustedes?, ¡ah, sí!, la cabeza menos cuadrada que el hombre alemán.

Inicio un gesto de protesta pero Frau Klaus coloca, mimosa, un dedo en mis labios y, apenas, contengo el deseo de humedecerlo. Charles ríe y prorrumpe:

— ¡La patada de un hermoso animal que es la yegua! Frau Klaus, concédame este baile —agrega con alacridad versallesca.

¿Dejamos solo a nuestro amigo? —dijo ella.

— ¡Por favor!, contesto, acuciando a Charles.

Tengo el vaso vacío e impunemente, pensando en la

distante censura de mi mujer, acudo a la mesa del solícito barman y, atendido, me alejo a una esquina donde la cristalera abierta comunica a una terraza desde la que veo el océano como un apacible animal lambuseando la piedra salitrosa de las rocas. De espaldas al mar, apoyados los codos en la baranda escucho, imagino oír, triturar de mandíbulas y gorgoteos de botella en embudo zarandeados por el ruido que suple la escasa imaginación de todas las fiestas. Resalto un señor de aspecto divertido: Canoso, bajo, gordito y de brillante cutis que augura selecta alimentación, gira en la pista con saltitos de trasero gelatinoso, mece la popa como un lanchón agitado por la marejada. La compañera, delicada, vestida como una «nurse», de flequillos en la frente y paletas de Mickey-Mouse, lo sigue valiente pero aturdida.

Qué importa —me digo— su vida huidiza, cedida al extraño, si después de tanto tiempo, de pronto, resucita en esta desnuda tierra de almagres para que, de mi acerbo exilio, resurja el amor tumultuoso de tobas y vitrificaciones.

Taciturna distancia la de quien ejercite la probidad pues se verá condenado al extrañamiento y a sentir la sorda tenacidad de sus raíces socavando el suelo, acrecentando su pasión hasta que un día, hoy, brote violenta en la tierra yerma, sembrada de sal. Varona cambió el esfuerzo libre de la gacela por la tutela segura de Mario, por eso dijo: «No podemos atesorar todo». Y cuando recalcaste la incapacidad de una Aries para someterse al yugo evadió la pregunta; ¿qué más pruebas necesitas, Añarterve? Eres sólo un recuerdo nostálgico y, a veces, vigorizante. Revives su inquietud sin ejercicio y eso le permite continuar al modo de las estatuas en escondidas plazas, ayudando al toque de clarín que enerva las mentes incapaces y obtusas. Mejor te despides Atilano, ve a dormir,

a despertar al brujo intemporal de la razón dormida o urde relatos de lucha fratricida como víctima de ti mismo. Desembarázate de ti, de la buena conciencia de los siglos y escribe un poema como si fueras al excusado. Sueña o escribe para, impunemente, delinquir.

Un carraspeo me avisó de la presencia, amistosamente circunspecta, del gordito y la «nurse». Tal vez hablé o gesticulé porque preguntó:

—¿Importunamos?

Con arte de corea y perfecta dentadura postiza se acodó en el antepecho. La compañera, más joven, quedó rezagada y, con aire de ratoncito inseguro, traspasó el umbral de la terraza al oírme decir:

—No tema, es una brisa agradable que serena el cuerpo.

Tenían ganas de platicar, así que interpuse un saludo cortés de despedida. Entreoí la voz atiplada del caballero.

—...una botella es mucho. Pediremos un «piccolo».

Inspeccioné la sala escudriñando la presencia de Varona. Dialoga a solas con Frau Klaus, es un buen momento para despedirme. Me ven llegar. Frau Klaus, cigarrillo en palmatoria, desliza encantos de labios y Varona, con veraz alivio, profiere:

—¿Dónde andabas? Mario quiere verte.

—Dispensa, Ingrid. Te presento a Añaterve-Bermudez Barrios.

—¿No es Vd. el amigo de Charles?, pregunta Ingrid, tendiendo su mano.

—¡Esto es de comedia, Añaterve. Vas a terminar por desconocer quién eres! —exclama Varona, con regocijo, fingidamente preocupada.

Frau Klaus recibe explicaciones y, provista del derecho de réplica, abre sus esclusas:

—¿Amigo tuyo? ¡Qué divertido, interesante... Y ese atuendo como Charles. ¿No conoces a Charles? Encantador, medio raro, excéntrico. Imagínate. Riquísimo, muy francés.

El rostro de Varona refleja desesperación pero Frau Klaus continúa inagotable hasta que, labios dibujados en corazón, rescuita a Pola Negri y, con veladas ansias de engominado Valentino, afirma reticente.

—¡Música preciosa para bailar!

Temeroso de que la amenaza de Frau Klaus fuese más explícita dije a Varona:

—Por cierto, prometiste dedicarme una pieza. ¿Recuerdas?

Desatracamos de Frau Klaus, soltando amarras, provistos de ineluctable destino de paquebote con luminaria de bombillas. Los sonidos de un vals agolpa la concurrencia hacia el centro del salón. Son caras betunadas, con arrullos de palomo en celo. Danzan exultantes, desleídos en una infusión cinemascópica de Sisi Emperatriz. Varona me acoge flotante y ciño su talle, acampana la falda roja en deslices de imaginativo mármol. Dando traspiés, la magullo, la pisoteo, irrumpo la beatitud de las parejas cercanas. Detengo el martirio junto a la terraza.

—Lo siento, Varona, nunca supe bailar el vals. Sin soltar su mano añado ...quizás prefieras continuar con Mario.

—Mira cómo has puesto mis zapatos —responde cariñosamente quejosa—. ¿Mario?... ¡Oh...! sí!, lo hace bastante bien. Creo que bebiste mucho, Añaterve.

—Lo necesario para estar aquí y concebir esperanzas de un rato tranquilo contigo —repuse serio.

Deseo ir a la terraza y no perder la tibieza de nido que emana. Es ella la que resuelve acercándose a la baranda, a una esquina, protegiendo el peinado. Así, desprovista de sonrisa, parece cansada. Sorbe la brisa y relaja el cuerpo con un suspiro reprimido que supongo el callado tedio femenino por los juegos acharolados de sus hombres o, acaso, el bostezo zoológico de su alma en invernadero.

—Tu cansancio Varona es desasimiento, la esperanza codiciosa de atesorar felicidad y, según antes referías, cómo no, también seguridad material. Varona apunta retozos de sospechosa causticidad en mis palabras pero la aplaco con un gesto y continúo:

—Dejemos esto último. Es cuestión social. Pienso, que la felicidad no es un puñado de alfalfa, no es asunto contable de almacén, suma y sigue de momentos felices que totalizar. Resientes tu infelicidad de no poder atesorar todo. ¿Por qué no ensayas otra cosa?

—¿...?

Enciendo un cigarrillo como pausa a su muda interrogación.

Discurso que hay niveles de felicidad en grado de inteligencia, de la meramente vegetativa a la dinámica. Intuyo cuál es la felicidad que no poseo y, si tal tuviese, siempre estaré en el irremediable horizonte de mi abandono. ¿Qué ensayo te atreves a proponer chamarilero de abismo?

Y, regresando a ella, le digo:

—Te he dicho lo fácil, lo que no es. Intenta ser quien eres. Abre a la llanura esa vocación de gacela, pastorea tu destino y, ambos, realízalos en una tensa libertad de creación y recreación.

Asiente y calla: Varona es un buho triste. Acaricio su hombro desnudo y recojo la mano extraviada.

No es el deseo que acomete sino la solidaridad del amor. La costra de lava hirviendo y espesa que no se fundió en el mar y, volcada al cielo, clama su vorágine de desamparo. Es en el amor y no en la vida que la mujer queda inerte. Después, en la ruina, desgranada de los escombros ajenos, como una nave de mástil partido y velamen desgarrado. Después del asfalto derretido de tus costados, en tus caderas, sin ser acogido el ritual de los días encadenados que ocultas, vas pudriendo, inerte, la muñeca de trapo con herrumbientos alfileres clavados.

Varona ladea el cuerpo y la mano que retenía, lentamente, como aceite, resbala por mis sienes mientras dice:

—Se es para algo o alguien, ¿no crees?

La abracé; la retuve infrangible. Reuní los despojos de todas sus mareas y con la palabra fuerte de Yavé sentí, «ésta es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne: ésta será llamada Varona porque del varón fue tomada».

Volvimos al salón. Las figuras esperpénticas sostenidas por un hilo musical interpretan el guiñol festivo. Comienza a velarnos su fingida distancia: Tan siquiera, me digo, una última vez. La enlazo y su cuerpo mío se pliega con la curvatura desgajada de un bejuco tierno. Los vahídos neblinosos de la música nos espesa y diluye, nos envuelve como una bruma rastrea abrigando el silencio verde de los bosques y el vacío de la «fuga».

—¿Deberíamos volver? —musita Varona.

La estrecho más fuerte y sonrío apreciando su tacto. Aquiescente, imitando su anterior tono despótico en presencia de Frau Klaus, respondo.

—¡Quería verme! ¿No es así?

Deslizando la mano en mi cuello, atrayéndome a una caricia tenue de labios contestó.

—No seas rencoroso. Bien sabes por qué lo dije.

Había cedido el cuerpo al mío con un olvido de búsqueda y penetración de agua derramada. Su hálito, turbando el relieve de los senos, percutía en mi pecho con resonancias de atabal. En celajes de anegado recuerdo volvieron las gaviotas y las arenas negras de la playa, el amor perdido y recuperado.

La melodía concluyó desvanecida con un sonido acíbar de clarinete. Algunas parejas se estacionaron a la espera de nueva música y otras acudieron a las mesas o a los corros esparcidos. Con esfuerzo, acariciando su mano, acerté a decir:

—Varona, fui en tu busca para despedirme.

—No puedes hacerle esto a Mario —respondió—. Ni a mí —agregó, rígida, tomándome del brazo y sonriendo al matrimonio Klaus que se acercaba.

Incapaz de transformar en gemas los abalorios ambulantes de Atilano, ensotonado seminarista, murmuré acre.

—No, no puedo. Ni tú. El amor sacrifica el amor.

A modo de saludo, Frau Klaus, deslumbrantemente social, llevando de brazo al marido, profirió:

—¿Lo pasan bien?, debes estar cansada, querida.

—Pronto servirán un asado en la piscina, imagínate, a lo mejor tiramos a Leocadio al agua, ¿te acuerdas del año pasado? Leocadio es monísimo, un alma sensitiva, diría. Por supuesto.

Atilano aguarda comedido. Añaterve piensa que la señora Klaus es un escorpión maligno; curiosa con reserva, como antes no pudo, a Herr Klaus que, envuelto en un coro angélico de iluminado, muestra una complexión baja,

cuadrada, cuello de toro y maxilar agresivo. Los penetrantes ojillos destacan de su aureola de barba y cabellos rojos. Añaterve recuerda que en los países del continente africano las mujeres cuelgan del cuello bolitas en forma de ojos para protegerse de atávicos maleficios.

Varona recurre a Herr Klaus diciendo frívola:

— ¡Hans, nuestro amigo Añaterve quiere despedirse!

— Vd. comer asado. Vd. no rechazar hospitalidad —y, recordando que hablo su idioma ratifica. — El señor Souto nos informó que Vd. puede vendernos productos, a buen precio, para atender las tierras que voy a cultivar en compañía del señor Recil y, si no le contraría, conversaremos con él durante la cena.

— Con mucho gusto, señor Klaus —respondí lacónico.

Herr Klaus profesa buenas intenciones. Averigua precios, compra algo y amplía «el trasmallo». El día menos pensado, señor Klaus, encubierto por señor Recil o ni siquiera, se matricula como importador, se trae buenas representaciones y se enrosca en la progresión geométrica de las amortizaciones y beneficios. Y tan amigos, los negocios son los negocios.

Varona, dando unos toques marginales al cabello, exclama:

— Estoy muerta de calor. ¿Tomamos algo, Ingrid?

— Enseguida Frau Souto. ¿Qué puedo ofrecerles? Responde obsequioso el señor Klaus disponiéndose a buscar un camarero, mientras Varona contesta desmayada:

— ¡Cualquier cosa, Hans! Y, dirigiéndose a Ingrid, agrega — ¿aquél no es Mario?

Es Mario que, en efecto, agita la coctelera de un chá-cháchá en compañía de Marianne, responde a las señas de Frau Klaus y suspendiendo el baile viene hacia nosotros

con la pareja. Varona recibe a Fräulein Marianne con alar-
des de entusiasmo, dedicando al marido una mirada ambi-
gua que arruga su presumido canto en veleta de campana-
rio. Las mujeres forman círculo, se indagan y exploran,
acogen a Marianne prodigándole leves picoteos de recono-
cimiento. Mario, orgulloso del reproche de Varona y de
sí mismo, da un vistazo al salón que la concurrencia aban-
dona despacio, formando algodonadas bolsas de gusano,
camino de la piscina. Dan grititos de pensionado en recreo,
risas de falso y los que supongo connotados marchan pro-
cesionales, con embarazos de percha. Mario ajusta el cha-
leco de fantasía de su smoking veraniego y, guiñándome
un ojo, exclama:

— ¡Amigo Atilano, la noche es joven!

— Si al día siguiente no trabajas — respondo.

Sin prestar atención, refiriéndose a Marianne, agrega.

— ¿Cómo dejaste a la chavala? Lo siento macho, el
que va a Sevilla...

Mario, Notario del Ilustre Colegio de Las Palmas, apli-
cando el derecho de retracto, se enviste de toga y birrete,
rúbrica y sello, para decirme:

— Por cierto. ¿No te lo dijo Varona? Hoy no es día
adecuado para hablar de negocios. El señor Klaus no está
centrado. Te pasas por la notaría el próximo día que vengas
al Sur. ¿Vale?

Atilano-Añaterve acaricia la ira sorda que abalanza
sobre la figura de Mario y, voz de cepillo en día de Do-
mund, profiere.

— No te preocupes. Precisamente me acerqué a Vds.
para dar las gracias y despedirme.

— Hombre, ¿tan pronto? Olvida las preocupaciones,
los negocios... ¡Hay que vivir la vida! ¡Si lo sabré yo!

Te consigues una chavala, damos el esquinazo a mi mujer y ¡zás!, al apartamento.

Herr Klaus, cómico, imitando a la servidumbre, trae a las damas los refrescos solicitados. Señora Klaus, labios voluntariosos, exclama.

—¿Hans? ¡Sabes que nunca tomo gin-tonic!

Varona acepta el trueque y el marido la diminuta sevicia que pulsa el radar de Frau Klaus sondeando los derroteros mentales del esposo, comprueba los reflejos condicionados de la doma.

Atilano no tiene tiempo de contestar. Ya Mario se lanza versátil, chistoso, a compartir el fino humor del señor Klaus. Mario, elegante meñique arañando la cesárea calvicie, visajea, argumenta, apoya, pontifica.

Añaterve, nada más, desea beber, socorrerse al amparo de Charles-Maurice y, a dúo, entonar bellas sandeces. Sin duda, este hombre, Mario, no merece amor ni aversión. Entrambas cosas le causarían demasiado daño. Debe ser virtuosamente mediocre, incluso, en sus pecados. Incapaz de concebir que la virtud sea prolongación del vicio de los sentimientos bárbaros, excesivos. No, no se es, tampoco, para algo o alguien, como dice Varona. Se es para sí. Colmada la medida buscamos la expansión para rellenarnos. La insatisfacción de Varona es la sorpresa del oleaje tormentoso que, sin el acantilado de la resonancia, muerde su ola en la playa mansa, deshabitada. Me pregunto, en este caso, si el hombre es la derrota de la mujer o, a la inversa, la mujer es el fracaso del hombre.

—¡Vamos, Añaterve, no te quedes parado! —exclamó Varona, casi sin mirar tomando del brazo a Frau Klaus.

Me agrego a Marianne que camina sola y contonea los hombros siguiendo el ritmo musical de los altavoces. ¡Oh, sí, estaría danzando la noche entera! Fräulein Ma-

rienne posee una hermosura terráquea y ríe como la sirena de un buque. La miro e imagino a Mario con un babero blanco, trinchanto un enorme pavo de Navidad.

... El edificio, iluminado por fuera, revela arquitectura de casa de campo, dotada de techo para las nieves, grandes ventanales de aluminio al mar y la amplia terraza donde estuve con Varona. La piscina, con los alrededores, tiene toques hawaianos y una gruta natural, adornada de helechos, donde preparan el asado. Pienso que arquitecto y dueño rivalizaron a porfía por imponer los respectivos criterios estéticos.

Una vez en la piscina, Herr Klaus desaparece activo en oficios de anfitrión. El marido de Varona, vigilando a una Marianne indecisa, no pudo evitar el júbilo y repetidas congratulaciones del gordito-nurse por el feliz encuentro. Soslayó el impedimento llamando a la mujer, adherida a Frau Klaus, y a nosotros. Me entero que componen el matrimonio David y Esther Sailer. El señor David cuenta a Mario avatares de Oficina:

— ¡Si Vd. me recomendara una secretaria don Mario! — Debe ser un pejiquera de mucho cuidado, deduzco que rico, despidió a la administrativa por no usar el papel carbón el número de veces adecuado. Tiene voz de eunuco y habla como baila, a saltitos. Después de un tiempo prudencial, Mario se escurre zalamero, promesas de pronto retorno, para enseñar a Fräulein unas peceras.

Varona exclama súbitamente:

— ¡Excusen. Quiero saludar a Jacinto y presentarle a este amigo.

— El asado debe estar preparado, vayamos juntos — contestó Frau Klaus.

Varona, rezagada, empareja conmigo.

—¿Jacinto, qué? —pregunto.

—El socio de Hans, Jacinto Recil, el señor que íbamos a presentarte —contesta, entornada y dulce, indicando un corrillo del que sobresale la alta figura de Charles-Maurice—. Las luces tenues de la gruta impiden distinguir con precisión. Frágil como un metal trabajado en frío respondí:

—Eso parece nombre y patente de sastre.

—¡No seas cruel con el pobre Jacinto! Es persona influyente, de muchos negocios y cargos —repuso Varona alegre y, deteniendo el paso, dijo:

—No quiero que estés a disgusto, insistí por tu conveniencia. Eres tornadizo y arisco; coincidimos en muchas cosas. ¡Ven, vamos a buscar sitio para comer!

—Lo siento, no puedo más. ¡Se ceban a reventar! Dinero, sexo y carne. Aguardo que alguna vez incluyan sesos rebozados.

No contestó ni eligió sitio porque imprevistamente, fuimos separados por las efusividades, carreritas, mone-rías, asombros, encantadores cuchicheos y estruendosas carcajadas de las amistades. Quedé aislado, junto al matrimonio Sailer. Charles-Maurice estaba distante, nos hicimos señas. Varona, en el lado opuesto de la mesa, quedó flanqueada por un rostro vagamente familiar y el señor Klaus. A continuación, Marianne, Mario y Frau Klaus. Bebí parsimonioso, sin probar bocado, recordando el pasaje de Papini en el que demanda una especie de aseos para una actividad tan privada como el acto de comer. Varona procuró sostener mi ánimo mediante sonrisas y alguna que otra alusión verbal, inaudible por la algarabía de mandíbulas, conversaciones, cubiertos y vasos.

Intenté recordar dónde había visto aquella cara tosca tan poco favorecida por la simpatía. No estuve muy opor-

tuno, en honor a la verdad, cuando el camarero descorchó una botella y, a un gesto de Herr Klaus, le presentó el corcho en un plato. El caballero de marras miró al servidor, observó el tapón, lo cogió y comenzó a lamer. Presumo que no perdonó el acceso de hilaridad con que contagié a los restantes convidados de la mesa.

Un joven empaquetado de asesor cultural televisivo, a mi izquierda, medio desdeñoso, procuró hacerse notar del señor Sailer y al conseguirlo intercambiaron chatarra musical de himnos patrióticos. Me desplazé un puesto para cederlo al cohete desrabanado que era el godo. Dios los cría y ellos se juntan. Por trozos inconexos del trapicheo verbal deduje que el tal era Director de Barraca de una «troupe» económica. Invitó al matrimonio Sailer a la bendición de la filial, nada menos que señor Obispo y vino español.

—¡A mandar, señor Sailer! Pasen, pasen, señores y caballeros, el portentoso milagro de la multiplicación de los panes y peces! ¡Las bodas de Canaam!

Cero setenta y cinco, seis, ocho y diez por ciento. Caballeros: ¡La resurrección de Lázaro!

Interminable. Tuvo tiempo, condescendiente, de ocuparse prospectivamente de mi miserable estado.

—Las personas como Vd. engañan. Conocí un individuo con setenta —dijo.

—Algo tendrá Vd. —indagó pícaro pero extrañado.

—In illo tempore, Señor, recurrí a una de esas barracas y no duré mucho. Aquél no iba vestido de marino como Vd., sino de Astrólogo. Me explicó letífico, como los pronósticos razonablemente formulados jamás pueden tener la forma de una certeza adivinatoria y sólo pueden tener el tono de la conjetura o de la verosimilitud pero, teniendo en cuenta la posición favorable de los planetas,

consideró que estábamos en una ocasión única para acertar conforme a sus filantrópicos deseos respecto a mí. Más tarde, alguien, se mofó diciendo que sufrí el timo de la estampita. No lo creo. ¿No sería incapacidad para interpretar el horóscopo semanal que Vds. remiten? ¿Vd. qué piensa? —concluí plañidero.

Simulando atender a la Sra. Sailer me dedicó una sonrisa premiosa. Ya tranquilo paladeé el vino, atisbé a Varona entretenida con Herr Klaus pero desvié la atención al acusar la mirada del señor del tapón y dejé caer la servilleta para evadir aquellos ojos insistentes.

Cavilé la forma de escapar del asesor cultural televisivo caso de padecer otro embate. Todavía estoy enfermo y no quiero acordarme del día en que, acompañado por el joven Estantigua, visitamos a uno de estos feriantes. Me salvó el aplomo y autoridad del letrado. Imponiendo toneladas de legajos, considerandos y resultandos, logró nivelar las «horcas caudinas» de la espera y las minucias de letra menuda impuestas por la prepotencia azucarada del señor que nos recibió luciendo una vistosa fantasía dorada de Almirante. Fue una lucha de poder a poder en el amplio vestíbulo de mármol que, salvadas las susceptibilidades jerárquicas, decidió mi internamiento temporal. Procuré colaborar adoptando un rostro de inteligencia que no me corresponde. Pienso que a ellos no los engañé pero sí a los galeotes aborígenes que nos acechaban sentados en sus mesas de trabajo, sobre las cuales vi rótulos precisando nombre y condena de cada uno. Hoy en día, visten de «yacht-man» y sus vigilantes acostumbra a llevar atuendo de clérigo moderno, al estilo protestante.

Las sillas retroceden y los caballeros encienden habanos como quien afloja un punto al cinto del cerebro. El calor de la digestión enciende los rostros de algunas damas resaltando grietas de maquillaje, los cuerpos redondean

con impulsos de globo, las bocas pierden entrega y vigilancia de músculo. Los más jóvenes reanudan el baile. Varona, de pie, invita insistente a que me acerque. Junto a ella, Herr Klaus, Mario, el señor del tapón, amigo Leocadio, y otro más conversan apuntalándose en los dominios de la importancia ejecutiva de barraca.

Varona, con mimo solapado de «Abrete Sésamo», profirió a espaldas del señor del tapón:

—¿Jacintooo...?

Don Jacinto Mellado Recil giró y, romo, empuinado y sonrosado, permitió que leyese el pedestal de su «currículum vitae» de Multiplicador de Promociones, Secretario de Comunidad para Alumbramientos y serenísimo Concejal «ad divinis», amén de notorio deportista de palco y saque inaugural.

El fino bigote, pubis vicioso, puntualizó la obstinación porcina de la mirada hociqueando el desperdicio de Atilano.

—¡Jacinto! Este es el amigo que mencioné. Vende cosas para la tierra y las plantas... —detalló encantadora, ignorante, Varona.

Don Jacinto, mostrando dentadura, masculla:

—Viene Vd. bien recomendado. La señora Souto es muy generosa. Desde luego, joven, no veo inconveniente en que Vd. pase oferta escrita a nuestra oficina.

Varona, sorprendida, intenta aclarar. Mario frunce las cejas a don Jacinto e interviene diciendo.

—No insistas mujer. ¿No ves que don Jacinto es un guasón? Eso está hablado. ¿No es así, Jacinto?

Mario define con toquecito y roce al estómago de don Jacinto que exclama, sonoramente divertido, mirándose:

—¿Claro, desde luego! Además; somos conocidos, ¿eh, joven?

No recuerdo, don Jacinto.

Naturalmente que recuerdas bellaco Atilano. La humillación se guarda en el desván como fetos en alcanfor. Fue en el edificio tecnicolor, en su vivienda de largo metraje, a lo Cecil B. de Mille. Obra de ladino arquitecto que levantó un serrallo para la cara de torta de burgueses con talón de escrupuloso «conforme» al tocomucho del Cajero. El serenísimo Concejal impuso sus metros de garaje y Jaguar, la alfombra de caucho del «building» y tú, Añaterve, vestigio de los barrancos de Acentejo, sucumbiste a la pólvora de ciudadela. Se fundió el plomo Atilano. Apaga la luz, Añaterve, y vámonos.

Don Jacinto inhala el fálico puro, atiende a los contertulios. Varona resbala hacia Herr Klaus, Mario actúa y, amigo Leocadio dice, dijo o entona abaritonado «Te-deum»:

—Fulanito, fulano, tiene que perder el contencioso-administrativo. Acuérdate, lo pronostica Leocadio, sone-tista y cronista de alfombra de la Muy Noble, Leal e Invicta. Los intereses comunales no pueden posponerse a la arrogancia y desmesurado afán de lucro de un miembro que obstaculiza el progreso. ¿Verdad, don Jacinto?

Amigo Leocadio aspira rapé y espera con la lengua fuera el beneplácito.

Don Jacinto suelta el hueso y mano peluda al rabo se desentiende para, humedad carcelaria, conminar a Mario.

—Hay que darse prisa. Klaus no afloja hasta no ver limpio de polvo y paja el asunto.

—Vale. Mañana lo arreglamos en mi despacho —contesta Mario, buscando con desconsuelo la lejanía de Ma-

rienne, que baila como vela sin vientos, abrazada por Charles-Maurice.

—Las inversiones extranjeras tienen que estar avaladas por la paz, el orden y la seguridad de un futuro de trabajo. ¿Conocen Vds. los cigarrillos «Soyuz»? ¡Tabaco rubio fabricado por los rusos! ¡De la Philip Morris americana! ¿Por qué? Muy sencillo, allí no hay huelgas —solloza amigo Leocadio.

—¡Y a eso lo llaman Democracia Popular! —vócea don Jacinto.

Añaterve, desconsuelo de re-encarnaciones, practica «travelling» fílmico con Diocleciano, Calígula y Tiberio. Reza, encomiástico, por el alma bendita de San Adolfo Hitler. Piensa que, amigo Leocadio, debió ser Marco Aurelio Contable o don Blas Pascal sonado por coces de herradura.

—No te vayas —susurra Varona acogida al brazo de Herr Klaus que acaricia somnolencias de saxofón.

Añaterve, Dies Irae, Atilano, precio FOB menos el diez, disiente y afirma. Y, mientras Varona huye, escucho cómo don Jacinto vuelve a la carga exaltado por las palabras de Leocadio.

—Dices el Evangelio. Volveremos a las mismas si la gente decente no ataja la desbandada. Llevamos años metidos en la jaula del león y, en vez de domarlo, le hemos echado toda la carne sin que pruebe el látigo y la silla. Cuando estemos sin carne, ¿qué será del domador? ¿Eh, Leocadio?

—¡Evidente; Recil! La fiera se merienda al domador y... tan tranquilos —responde, marisabidillo, amigo Leocadio.

El cetáceo expela un chorro de humo, rezonga satis-

fecho. Mario, simulando atender, aprovecha la ocasión para colocar un comentario.

—Nuestra única problemática consiste en el relanzamiento de la economía española. Lo demás, lo político, está... chupao y previsto —concluye chulapón.

Atilano piensa que Mario se goza la «tele» enterita. Como su vecino don Pepe, el habilitado.

Leocadito ablativo, que es oficio de complemento, puntualiza:

—¡Justo, Mario, la palabra exacta es relanzar! Nuestro progreso lo encuentro ralentizado. ¿Y tú?

Señor Klaus regresa sin Varona, siendo acogido por los murmullos del incienso y de la mirra. Las consultas corretean y escalan el zigurat financiero. Don Jacinto observa la compacta ceniza del puro. Leocadio toma de la mesa una copa de licor y su dedo meñique coloca un acento circunflejo en el cristal.

Leocadio, interesante, ajeno al señor Klaus, exclama:

—¿Qué respondes, Mario?

Atilano-Añaterve, arrinconado por el vacío de gabardina de tela gris que le escupen se siente ensalivado, despidiendo hedores de puente.

—¿Progreso? —respondo, e interponiéndome a la desvaída mirada de Mario a Leocadio, continuo—: Vd. es un iluso. ¡Estoy harto del progreso que organiza mi vida! ¡Vivimos empalados por su progreso, don Leocadio! ¡Demandando carne y hueso!

Mario, didáctico, menospreciativo, repuso:

—El progreso, señor mío, descansa en una escala de valores.

Don Jacinto aprueba viendo a Mario apoyar en el hombro el trono plateado de la procesión.

—¡Según el comunismo, la economía es lo primero! —profiere Leocadio con histeria de roedor.

—Vds. reparten el hambre a su antojo. Decreto de Dios, decreto y orden del César. ¿Y en el caso de querer llevar yo solito mi hambre a cuestras?

Leocadito, sardónico, mirando mi indumentaria, dice:

—No hace falta proclamarlo.

Don Jacinto Calderón de la Barca da un paso exclamando:

—...Su hambre y la venta fácil; ¿verdad joven?

Fijé la vista en su abdomen y, despacio, escogiendo las palabras, repuse:

—Señor Jacinto; el «dornajo» es una función directa y proporcional al estómago que se tenga.

Mario, provisto de guantes profilácticos, me condujo lejos de grupo.

—Por favor, Atilano.

—¿No ven cómo está?

—¡Sí no rige, hombre!

—¡Intolerable! No te enojés, Jacinto. Piensa en tu infarto.

Lo último que recuerdo fue el ozono congelado de los ojos de Herr Klaus. Varona acudió junto a él llevando un entierro de tercera en las pupilas. Me pareció que acariciaba la nuca de ella.

Bordeé la piscina camino de la salida. Las divertidas máscaras, la música, mis culpas y las de ellos fueron desprendiéndose del cuerpo durante el trayecto como escamas de pez, saltando, heridas de luz. Poseídos de la re-

conquista de nuestro lleno silencio, después de una sauna de muchedumbre, recibimos los dolores con entereza de hombre único, punto de horizonte, en el páramo extendido.

Amigo mío, silente nómada, tus palabras en la corteza blanda del árbol también riegan mi savia. Porque, fatalmente exilado, «amo a esta tierra... Y ante este amor, la sangre nada importa. Camino solo por este gran campo mío, como el único hombre en esta tierra de cobardes.»

La gravilla, a mis pasos, cobra vida tintineante de huesos en el collar ritual de la brujería nocturna.

Algún día, Atilano, volverás a Varona y podrás despejar su temor. La carne nunca traiciona; sí la jabonosa grasa cadavérica sumergida en el terreno fangoso de la mente.

Anduve por la aspereza de los lajiales hasta llegar al borde del agua. Me dejé caer en la arena. La noche y el viento frío y la mar para milagro de pies descalzos. Arriba, en el cielo, el cementerio desguazado.

«¿Quién, pues, si yo gritara, me oiría de entre los ángeles?»

Procuro ordenar los acontecimientos, completar los jirones de carne de un cuerpo entero. Turbia, deshilachadamente, bajo techo de hangar, como una cinematografía polícroma de orate, aposento el Banco de Miembros; bocas de Saturno que devora, ojos con muerte viva de esmeralda, de turquesa, rubí o heliotropo. Rostros de roca desencadenada, eolitos de servidumbre. Manos de garfío y manos anhelantes de la siembra de sus raíces. Los muslos y los pechos, sueño vigoroso de pubertad, navegan como nubes redondeadas por el viento. Y todo girá pringoso, machacado por el vidrio de copas y porcelanas, entristecido por un semen sin relinchos, por los abortos fecales del amor.

Extiendo el cuerpo en la arena crucificándome rostro al cielo. Conjuro la presencia de Charles-Maurice, memoro

que brindó Borgoña y comentó algo de un pato a la naranja. La idea penetra, con lenguaje de bisagra y puerta, sin perforar la costra dura de la palabra, poseyéndome con tranquila gravedad de semilla. La casualidad, organización del azar, ha dispuesto que las banales palabras de pato y borgoña revelen las partes de esencia mía que poseen los otros verídicos, e inversamente. No dudo que Charles-Maurice sea el nómada, Malakassis o el volatinero Añarterve. Raza de cenizas que busca integrar el primer corazón devorado.

Tan expansivamente dilatado me tiene el hallazgo, la bebida y la solicitud de la noche que, de mera afección, concibo la idea de ver a uno de los amigos, o a mí, qué remedio, en la cajita de pinsapo nuevo, sin muñequilla. Oler el pábilo encendido de las velas, olisquear el cortejo emético de parientes municipales con revestimiento de *senatuspopulusqueromanorum*, y felicitar al empresario de pompas fúnebres que tiene una fila de dientes cariados y rostro de mediana sorpresa. Que fuera Francisco Pimentel: Saludar su jolgorio de ratoncito merodeador y, furtivamente, recortar el aire de levita del engrifado bigote. Apropiarme de la yacente corbata-insignia para envidiar, calmado, el estoico rabo de puro masticado que, como alacrán demasiado potente, muerde su cola y reparte supositorios. Y tan campechano verlo saltar, circense, de la cajita —Vds. perdonen, enseguida volvemos—, bailándole los ojos, ensalivando nervioso, precipitado y alevoso. Nos iremos por ahí, a transitar calles empedradas, armonizando la embriaguez al rodar metálico del viejo carretón de la basura. Terminaremos frente a la casa de Papini, prodigando a la hierba la risa tibia de la urea y enumerando los adoquines de Gral. Sanjurjo para enmascarar nuestra ternura de césped, el que Swentenius disecó en latín...

Palpo la ropa tratando de hallar un cigarrillo. Doblo

el cuerpo, me levanto y registro los bolsillos. Al fin logro rescatar uno medio deshecho y en trance de encenderlo distingo la sombra ágil de una persona carabriteando a las rocas de lava.

—¿Señor Añatervee... Añatervee...?

Susurra la voz como un balido suave detenido por paredes de barranco.

Respondo: «¡Aquí!», alzando el tono y preguntándome qué diablos hace en estos lugares el nómada.

—No te vi en la fiesta —digo, extrañado, estrechando su mano.

El hombre ríe comprensivo, alegre.

—¡Le aguaste la noche al gordo!

—Amigo, cada vez que me embarco en este tipo de vida tengo disgustos.

—Es natural, Añaterve. Tu amor es violento.

—No puedo, nómada, ser tan bueno, correcto y considerado como tú.

—Te equivocas. Despreciar cortesmente a la humanidad es una forma cómoda para que no te dañen.

—Réplicas demasiado rápido para ser sincero. ¡Contestación de recámara, compadre! El cínico no es doliente; más bien, prudente y conmisericordioso.

La figura aparta una lata oxidada y recuesta el cuerpo apoyando la cabeza entre las manos enlazadas. Las nubes ocultan la claridad y no distingo bien su faz, presiento que sonríe.

—¿Cómo supiste encontrarme? —pregunto.

Con una voz distinta a la conocida, seguramente el alcohol, declara:

—Te vi salir. Cuestión de solidaridad y locomoción. No tengo coche —permanecemos en silencio, boqueadas de brisa traen los apagados ecos de la fiesta. Distraigo la mirada en los contornos de la pequeña caleta en que nos encontramos, botellas, cristales, latas y plásticos semejando muertas agua-vivas, dilatan sus pupilas recogiendo débiles lucés nocturnas.

Las basuras abonan la triste decadencia de la isla. ¡Inútiles lamentaciones las de don Luis! ¡Quimérico Viera y Clavijo que denunció a los coetáneos como «excreción de venideras generaciones» por una tala de árboles! ¡Mejor no levante cabeza don José!

Mi compañero se revuelve en la arena y tartajeando exclama:

—Repudias en la medida que no recibes cuanto imaginas dar.

—¡Cómo! ¿Qué has dicho?

—¿Rumias tus amargores?

Se expresó como si lamiera las propias cicatrices, deslizándolo el dedo por la sutura de los labios de la palabra amar-go.

—Mi abatimiento, nómada, proviene de desconocer cual de los dos Gulliver habita en mí.

—¿No ves? —repuso—. No escuchas, incluso ignoras el principal Gulliver. Al médico del pueblo, de parecida estatura a los restantes mortales.

—Ya; comprendo, pides el «tú debes» del sometimiento incondicionado, el que te imponen. Prefiero, deséo ser el «yo soy» de los dioses o, al menos, el «yo quiero» del héroe. Entiende, no el de Tambor y corneta.

—¡Confundes las ideas! —repuso incorporándose.

—¡Espera! ¿Quién fue el fulano que mandó escribir para él la frase: «El estado soy yo»? ¡Sí hombre! ... Ese que está pintado en un cuadro con la cola de un pavo real.

—¡No te hagas el loco! —contesta la voz, resignada y zorra.

—Pues bueno, nos quieren endilgar la máxima como concepto del absolutismo monárquico y cualquier Estado de hoy dice y hace lo mismo. Ese sujeto hubiera sido filósofo si llega a ser soldado distraído o pulimentador de cristales.

—¿Pero qué estás diciendo? ¿Me vas a vomitar tu borrachera? No lo permito. Únicamente pretendía ser comprensivo y decirte que amar es también saber recibir. Aquella hermosa mujer, Varona, o como se llame, te quiere con sus comodidades y limitaciones. Tal como es. Amigo Añaterve, esta noche has coceado a gusto. Acepta tus limitaciones y crecerás en tacto e inteligencia —concluyó el tipo, incisivo.

—Transitamos caminos paralelos, amigo mío. Permite que hable.

—¡Tienes cara como un prisma del muelle! ¿Qué si lo dejo hablar?

—No es casualidad que al amparo de la frasecita surgieran Bacon de Verulamio y el señor Descartes. ¡El método experimental y el espíritu científico...!

¡No es nada!

Mi hombre se sublevó y dijo:

—¡Carajo! Si sigues en esos términos me mando a mudar. ¿Oíste?

—Hombre, ya que esto no me produce, deja lucirlo.

— ¡Por favor, Añaterve, es casi de madrugada!

Sacudiendo la arena de las manos, alisando el cabello añade:

— Demos un paseo y... acaba.

Irguiéndome con su ayuda dije:

— Tienes razón, sentía el frío de la arena. Estoy enamorado de ella, ese es mi exilio, ¿comprendes? No puedo tomarla sin que me diga «yo soy» o «yo quiero». Pretendo, sueño, que grite, ¡yo soy la que está!, con el corazón, con-razón. ¿Te das cuenta? La afirmación de cada uno en sí es la libertad y el amor de todos. Erigirse significa alcanzar madurez y conciencia, fundar un destino, el que sea, pero tuyo o mío. Varona tiene una vida mortecina: prestada del marido, del gordo, de esos extranjeros, de una educación artificial que, posiblemente, inoculará a sus hijos. ¡En fin! De todas las boberías que encandilan una vida que es única.

— ¿Tanto la quieres?

— Sí, porque ella se nutre de las mismas raíces y es desafortunada. Y cosa extraña incluso para mí. Puedo asistir a su muerte sin derramar una lágrima, pues, a la vez, me es indiferente.

De pronto percibo que la noche, casi la madrugada, clarea. Tonos grisáceos y violetas remodelan la infinitud habitada. Las luces de los pueblos parpadean en lo alto. La isla, desde la Montaña, reconcentrada y eterna, aguarda la coronada explosión del día.

Solicito tabaco del compañero. Me alarga el paquete y, al darle lumbre, reparó en que no es el nómada.

— ¡Tiene gracia! —exclamo—. Todo el rato suponíendote otra persona y resulta que eres Charles-Maurice Perigord de Didier Sardá! —exclamé burlón.

Mirándome escrutador, con sorpresa afectuosa, repuso:

—Para resentirte soy el nómada y, además, debes de saber que modelé a mi compañera, como un ídolo azteca, con arcilla de esta tierra.

—¡Ahh... compadre! También aquí tenemos la flor roja del tuno.

Caminaba vacilante sorteando la fragosidad carbonizada del volcán. Rompí el pantalón, arañé la pierna y la emplasté de saliva. El dolor acudió con goce de cilicio. Al fin, ayudándonos mutuamente, alcanzamos la pista que lleva al chalet del Führer Financiero.

Imaginando la mujer de Charles, pómulos y azabache, dije:

—¡Tuviste suerte!

Intento prolongar la conversación, quiero hablar de Varona, porfío:

—¡Un mirlo blanco entre tanta plastificada flor de invernadero!

Desistí. Puse atención a nuestros pasos y al remoto e inquieto bullicio que acoge el amanecer. El motor del coche encendió con atrabancos de fumador desvelando la quietud de pechera de la morada. Condujo Charles. Abrí la ventanilla.

Todavía, gallo descrestado, gallo tuerto, exclamé tenaz:

—Los fenicios de turno, Vds., han puesto el comedero y nosotros el estiércol.

—No lloriquees, sigue durmiendo —repuso.

Me pareció entender, así que contesté:

—Esta mañana vi una alberca abandonada, dos viejos y un sombrero de árbol. Los cuatro tenían el color de un «caroso» pelado como el jable. ¿Qué dices a eso?

Aliviado por su mutismo me dormí.

Localizó mi apartamento sin dificultades.

—Mañana te devuelvo el coche.

Vagamente recuerdo el empeño aplicado con que traté de lavar el rasguño, el confuso aseo y la postración en el olvido sensual de la almohada que abracé.

Desperté rodeado de una quietud de arenal soleado. Comprobé la hora. Las dos de la tarde. Pensé en nuestro piso. Los niños habrán almorzado. Ella iba hoy a la consulta del médico. Mil pesetas con hilo musical, incluido el horóscopo. ¡Rápido, ponte el cabestro! Anda, Atilano, asegúrate que devolvió la tartana. La ducha fría serena y el vestirme suple la meditación del afeitado. A las dos de la tarde puedo identificar lo que van a comer mis vecinos. Don Pepe el habilitado, medio sordo, espera el parte de radio que escuchó en la tele. Aún soy un genio para los niños. ¿Mi mujer? Un hombre mediocre, mitómano, barnizado de «titanlux». Lo pavoroso de las mujeres es que, por lo general, casi siempre perdonan. ¡Varona! : «¿Quién ha descifrado el alto sentido del cuerpo terrestre? ¿Quién puede decir que comprende la sangre? Un día todo será cuerpo. "Un" cuerpo».

En la precipitación de la salida acerté a ver un papel cuadriculado introducido por la ranura de la puerta. Devolvió el coche y, delicado, no me despertó pero me hizo polvo. Con letra legible, de «eles» como mástiles, «tes» generosas y, «o» de sellado vientre femenino. A todo trapo el velamen de la firma escribió:

«Un poema con palabras y paredes
 paredes que crecen, fusiladas palabras
 que yacen
 como cuerpos heridos de muerte
 cuando se alzó el último grito,
 el cielo rasgado
 ha dejado desnuda su herida,
 la de nuestro compañero,
 un mucho la de nuestra vida.
 Y todos nos fuimos,
 como nubes cegadas por ráfagas de viento,
 apresando la libertad
 en nuestras manos cerradas
 en nuestras bocas selladas
 en la lucha de nuestras ilusiones.»

«Para peto plan rataplán, tambores y trompas (trompetas) revuelven el sonido y horradan, din, don, como campanas que intentan volar, lares, responde dondequiera que sea saludándole como nuevo amigo,

A brazos

A pie

A caballo.» (Charles-Maurice Perigord de Didier Sardá)

Pensé que un hombre íntegro, de buena fe, no es extranjero en ninguna parte. Los defectos acentúan el poema de ese redivivo Modigliani que levantó; fornicador, un «obelisco a los que un día amaría».

El día es caluroso, limpio, sin una nube. ¡Dichosos lagartos embebiendo el universo! El joven rubio que me atendió ayer en recepción trata de arrancar su automóvil. Llamaré a casa. Antes voy a tomar café cargado. ¡No vendría mal una semanita embalsamado en este silencio! Pago el alojamiento, en casa no contestan. Vuelvo al bar a por una aspirina y otro café. Un jardinero cansino limpia de ramas secas los tiestos de géranios. Despacito enciende un

cigarro, se rasca el cogote y ladea el sombrero de paja. Inspecciona los geranios en fila, un paso al frente, otea el panorama y descubre mi pantalón roto. Fisgonea y escarba con la mirada.

—¿Qué? ¡Trabajando! —exclamo.

—¡Qué remedio! —contesta el hombre.

Subo al «Renolcillo» dispuesto a funcionar, portando bajo el brazo la maleta-albarda de jarandino ambulante, «Bende barato, bende bueno». Es una tirada para llegar a la finca de «El Cardón». Si acierto la venta de don Hermann salvo la dormida y el mes. Olvídate del alemán, el gordo de Recil te tiene sentenciado. ¿Por qué, delante de algunas de esas gélidas pupilas, creo hallarme ante la órbita de vivo cristal de un solo ojo montado en una cápsula? Vi la inmovilidad del ojo de Klaus cuando la mano, como fusta desflecada, acarició la nuca de Varona. Tortuosamente maltrecho imagino las blancas nalgas de él gelatinando el lecho mortuario de Varona. ¿Es suficiente el derecho de la carne para rescatarla de la carnestolenda de letra impresa de Mario?...

Por Guaza la platanera de los palmeros luce como un estanque de manto verde en la polvorienta planicie. Los palmeros viven a pie de finca, en casuchas improvisadas de camastro y cocina de butano. Zorroclocos deshijan la palabra, trajinan la ciénaga verde con camisas de savia coagulada y cuchillo al cinto. Cuando riegan, el agua atropella la atarjea para beberse la tierra, inundándola con lentitudes de posesión.

Por Guaza recuerdo que Gordo Recil, autodidacta de mérito, y Mario dicharachero descienden escaleras para coronar la verbena de Klaus y, con amigo Leocadio, inefable colchón «flex», declamar los ripios del verso libre y otras artes de trovas que aquende comienzan a brotar.

Playa de las Américas. Edificios arracimados como una liña de ropa sobrecargada, las sábanas ocultan la intimidad de la ropa interior. ¡La misma Varona te lo impediría, amigo! y tu genuflexión educativa Atilano y tus suicidios abominablemente circenses. Añaterve. La Compañía Agrícola, limpia, apaciblemente colonial. La franja blanca de las paredes resaltan el esplendor criollo de las buganvillas. Paso, sin detener, las fincas de fulano y zutano, los terrenos incultos del cardo, la tabaiba y la aulaga. Las casucas en sombra, adornadas de macetas plásticas, exultando vida de perro, de gallina, de conejo, de cabra... zaran-deada por el correteo de niños ombligudos, pieza al aire, que miran con ojos grandes e inquietud de baifillo. Sobrepasso la Barriada de Fañabé, amontonados cubos olvidados por el carro municipal, y continúo al compás y cambio de las marchas del motor imaginando el crescendo temático de las patas de un dromedario.

Llegado a los terrenos de «El Cardón» aparco bajo la penumbra del macizo laurel de Indias. ¡Ficus!, corregiría el afán vehemente de exactitud de don Luis. Un muchacho deshace grandes embalajes de madera empuñando un martillo, trabaja con el ardor de un niño descomponiendo juguetes. El hombre entrecano que sale del almacén de herramientas, cachazudo, dirigiéndose al joven, dice:

— ¡Ah, Manuel! No seas animal, saca los clavos con la pata-cabra y deja el martillo.

Acercándome a él digo:

— ¡Buena lección! La hoz y el martillo según dónde y como sea el material. La hoz y la pata-cabra donde brille el sol y, primero, ¡buenas tardes!

— ¡Eso está por ver... que... con buena fe todo es igual! —responde listo, desconfiadillo, el hombre.

—Venía a echarle el lazo a don Hermann, Vd.

—¿Don Germán? Hace un ratito lo vi por aquí. Debe estar en los techos nuevos. Tire por ahí abajo y vaya preguntando a las mujeres que encuentre —contesta, estudiándome, señalando vagamente la pendiente hacia el mar.

Lo vi alejarse lento, mirando benevolente al chico, con el mismo paso tardo del jardinero de Tenbel, como poseído por la eternidad.

Bajé por la polvorienta pista, entré en varias naves. Muchachas jóvenes, de rostro de durazno, albaricoque y de ciruela atezada, joviales, con zumbidos de abejas persiguiéndome aún después de escapar.

—¿Don Germán?

Descubro al señor Von Oppen paseando debajo de la estructura metálica de un nuevo invernadero. Observa el sistema de riego aéreo. Alto y erguido, ligeramente avejentado. Perfil de águila. Sujeta un bastón. Le acompañan dos perrillos que delatan al intruso. Procuero presentar las credenciales de mata-hierbas despojado de ambages de acatamiento, en tono directo y claro, sin la «agresividad de venta» preconizada por los encorbatados directores de «seudo-marketing» que nos vienen de España. Los penetrantes ojillos, insertos en un cráneo oblongo, clavaron su fijeza heráldica. Tendió la mano rápida, nerviosamente, diciendo acogedor.

—Lo siento. Ahora son mis hijos o nuestra Oficina la que estudia las ofertas. Fueron a Guía de Isora y deben estar al llegar. Aguarde un poco.

Decido esperar. Ha transcurrido excesivo tiempo para que reconozca un infusorio que cruzó la gota de agua de su vida. Demasiado caudal en dos riberas muy diferentemente anegadas.

—Han realizado Vds. una gran labor —profiero sinceramente admirado.

Don Hermann parpadea y mueve la mano como cargando tiempo y trabajo a la espalda.

—Llegamos aquí en lancha, por unos meses, y ya vé... no sé si debo contar en años o siglos...

Emite una risa corta como en trance de alzar pronto vuelo.

—Recuerdo; entonces Vds. eran recién casados y nos conocimos en la boda de...

Don Hermann ataja con la mano el inciso y pierdo la ocasión de ser reconocido.

—¿Imagina Vd. el valor de las tierras en ese tiempo? ¡Nada! con treinta mil duros se hacía uno dueño del horizonte. Hoy, millón y medio la fanegada. ¿Eh? ¡Ni gota de agua en los alrededores! Yo fui de los primeros en traerla y envasarla. ¡De la cumbre, de Erjos! ¿Sabe dónde está? Desconocía la agricultura completamente. ¿Concibe a un diplomático, economista y licenciado en exactas entregado a desterronar?

Don Hermann se desprende del bastón e introduce la mano en el bolsillo haciendo sonar unas monedas. Me observa, escéptico a mi credulidad, ignorando que puedo avallar cuanto dice. No obstante, dando unos pasos, continúa con un chorro de pipas que estimo de cien a ciento veinte la hora.

—...Mi suegro y los Barrosos animaron a los vecinos. El viejo Barroso guardaba las ganancias en los arcones del trigo. La gente fue abandonando las tierras altas para venirse al tomate que, como Vd. sabe, exige gran cantidad de mano de obra, tanto en el campo como en los almacenes de empaquetado, proporcionando, por consiguiente, muchos jornales y una mejoría social que cada día parece ir a más...

—Ya estamos bien lejos del esquema de Thünen...
—profiero, al albur, echando mano de difusos estudios.

—¿Cómo dice? —pregunta inquisitivo, deteniéndose.

—Sí, Thünen... —respondo débilmente, azorado.

—Sí, sí. Mil ochocientos veintiséis. ¡Claro! Vd. habla de prehistoria.

¿Qué estamos hablando?

Apartando la idea de vender siquiera un alfiler, con la esperanza de acercarnos al «Renolcillo», digo:

—¿Don Hermann? ¡estas naves han de costar un diner! ... ¿Podríamos ver alguna en producción?

Don Hermann visajea, cuelga el bastón del antebrazo, extrae del bolsillo izquierdo del pantalón las monedas y pregunta.

—¿Sabe Vd. qué es esto? —profiere señalando una caja negra adosada a la pared que, abierta, muestra una serie de manómetros y señalizadores.

—Pienso que los dispositivos de control de la nave —contesto temeroso de no acertar.

Asiente con liderazgo de maestro satisfecho.

—Bueno, puesto que Vd. se interesa por estas cosas empezaremos por el principio. Es decir; por la construcción y luego, iremos hasta los almacenes de envase para que pueda ir apreciando las distintas fases del cultivo.

Don Hermann explica bien. Pero que muy detallado. Colgó de un tubo el bastón y, a golpe de monedas, fue precisando al céntimo los costes iniciales de edificación.

La sacudida rítmica de las monedas me evoca la vieja película del «Motín del Caine» y el rostro doloroso de Humphrey Bogart. Barrunto que don Hermann padece de una soledad visceral, doblemente oprimida por el ambiente

y su temperamento esquizotímico. Cavilé que un hombre de semejante categoría, uniendo a la solidez de los conocimientos básicos de sus estudios específicos una cultura agrícola de teoría y práctica, así como el conocimiento de mercados, avalado todo por el éxito económico, debería ser considerado hombre público y «fichado» por los centros de enseñanza. Sería, además, una terapéutica adecuada para él.

No permitió ampliara el soliloquio puesto que, invitándome a pasar a una obra aneja, continuó un comprimido curso de edafología, genética general, hidráulica agrícola, —dos tomos—, botánica, microbiología, fitotecnia, fitohormonas y fitopatología... Los perrillos desaparecieron a trotar sus dominios.

—...Naturalmente, sigo cultivando tomate para no perder la marca y algo de platanera. Pero, calcule Vd., en una superficie mínima de flores obtengo... ¿Cuánto supone? —añadió trasladándome al exterior y describiendo un arco con el bastón.

Hacia preguntas de profesor puntilloso, desconfiado de la atención de los alumnos. No podía, no sabía, no quise conjeturar ninguna cifra. Ansioso de provocarle un susto y minimizarlo proferí desesperado.

— ¡Veinte millones!

— Eso fueron los primeros años. ¡Cincuenta millones! Y este año podremos aventajarlos —clamó triunfante.

La luz alumbra: El patrón me encajó la vaina alevisa y premeditadamente. ¡Quién vería a Nicasito, canana y pistolas de mariachi, basilando por ahí con tanto billete!

Don Hermann, enardecido, exclama:

— ¡Venga. Venga! Ponga atención a esa piedra y no resbale —dijo solícito, agregando—: ¡Acerquémonos a los invernaderos en plantación!

Subrepticamente ojeé el reloj. Aproximadamente una hora y cuarto. Al presente mi temor es que aparezcan los hijos. Suena un badajo en la parte alta de la finca. De la costa sube un grupo de muchachas bromeando con dos mozos. Los chuchos ladran persiguiéndose y corren hacia los pies del amo.

Pensando enmendar la anterior pifia aritmética demandé:

— ¡Hombre don Hermann! Una cifra así da para embellecer la finca. Asfaltar las pistas interiores, adornarlas y...

— ¿Pero qué piensa? ¡Para arruinarme como Tasio! Los mejores establos del Sur, de las Islas, aire acondicionado y música a las vacas. ¡Asfaltó la finca, empobreció y al poco tiempo murió!

Las chicas acallan el revoloteo al pasar a nuestro lado, saludan y, a distancia de los espantajos, recobran el alboroto que va disminuyendo con el olvido del camino. Me quedó como una frescurita desconsolada de cuerpos salitrosos bañados en tierra. Don Hermann reanudó el paso y la conversación después de que cedimos el camino a los jóvenes. Marcha suelto, guarda las monedas, balancea el bastón y dice:

— En una empresa de familia el ahorro es esencial y, sepa, por disciplina me niego pequeños regalos que cualquiera de mis obreros satisface.

Atilano abre la boca, maravillado, asustado, rememora la lejana impresión de pulimentado brillo metálico.

— Pero... ¿y la vida?...

— La fortaleza de imponer nuestra vocación al destino.
— Prorrumpe abriendo la puerta del invernadero ante el cual nos hemos detenido.

—Permítame que marche delante —dice.

Es una enorme nave silenciosa donde la funcionalidad puntualiza su exactitud con una estética de asepsia. Grandes mesas rectangulares de cemento, cóncavas, asentadas en pilares, ordenan los corredores de tránsito de los obreros. La ausencia del personal, el chasquido sincrónico del riego aéreo desplazándose y el incipiente nacer de las plantas presta a la imaginación el cuadro de innumerables criaturas adormiladas por el múltiple pecho mecánico que las alimenta. Cada mesa dispone de una fila de luces adosadas al techo. Don Hermann abre un compartimento. Sucesivamente pulsa y apaga un interruptor que enciende las lámparas redoblando la luz del día. Las mamas mecánicas son regulables en altura, velocidad y suministro.

El atiende al estupor del visitante, agita las monedas con sonos de maitines, y espera.

—¡Asombroso! —exclamé resquebrajando el metal de mi boca.

—El conjunto de invernaderos lo controla prácticamente desde la cama —detalla con mueca risueña.

—La luz acelera el metabolismo y, por consiguiente, la necesidad de nutrientes, que son administrados continuamente en dosis adecuadas. La temperatura y el índice de humedad se regulan automáticamente. El «ph —grado de acidez— y las posibles virosis, hongos, parásitos... etc... son severamente controlados. Una criatura manifiestamente débil o mal conformada es eliminada sin paliativos. La exportación debe ser de calidad homogénea y garantizada. Un computador desde Londres suministra los datos referentes a variedad, calidad, cantidad de producción y demanda de la misma. En base, naturalmente, a nuestra información. Controlamos, ¡fíjese bien!, cada una de ellas hasta el instante de la venta. Lamentablemente no podemos seguir su curso posterior...

Disertó veloz, sin pausas, pero preciso. Transcurrido el trance inquirió:

—¿Qué le parece?

—Criaturas de la fortaleza —comenté.

—Sí. Hemos alcanzado cierta perfección, susceptible de mejorar indudablemente.

Los animales gemían fuera reclamando la presencia de él. Cerró el cuadro de mandos y tomamos la dirección de la puerta. Ya en ella señaló la mesa próxima a la salida diciendo:

—Compruebe la uniformidad. No las toque, por favor. Es obligado proveerse de guantes.

Una vez en el exterior descubrí una voluminosa máquina negra provista de chimenea. Extrañado indagué:

—¿...?

—No es para asfaltar como Vd. quisiera —dijo riendo, y aclarando añadió—: La usamos en casos de emergencia para inyectar calefacción a los interiores.

Los días de cielo limpio envuelven de azul a la Isla, la hacen nave para nuestro júbilo de delfín. ¡Qué delicia nacer entre rocas de barranquera para pasto de la cabra o sentir el peso de la estación y germinar, otra vez, sin recuerdos! Arranqué ramas del mato de hinojo creciendo al pie de un muro viejo de mampostería seca. Mastiqué con fruición llenando la boca del sabor de la matalauva.

—¿Bien, proseguimos? —interpeló él.

Nos acercamos a las dependencias principales, al lugar donde aparqué el «Renolcillo». Camina con firmeza, debe estar en los setenta y pico. La mano en el bolsillo, el bastón suspendido del antebrazo.

Recorrimos los salones de recepción, clasificación y empaquetado, cámaras de conservación, laboratorios y parce-

las de ensayo, recibiendo detalladas explicaciones de las diversas operaciones que conlleva cada sección. Los galpones deshabitados de muertas cosas y el sonido aritmético de él micrografando el tejido de toda aquella armazón como una voz en «off» de control remoto terminaron por precipitarme al mundo onírico de las lecturas, al mundo de cosas que nunca han sucedido.

Al salir por una de las dependencias laterales le interpele:

—Parece que sus hijos se retrasan. ¿Verdad?

Comprobando la hora dijo:

—Me temo vengan retrasados. Iban a la Cooperativa. Ya sabe Vd. cómo son esas reuniones. ¿Le he quitado tiempo, señor Atila?

—En modo alguno. ¡Dígame! ¿La señora, se encuentra bien?

—¿La mía? Hace siete años que murió.

Emprendimos silenciosos el regreso atravesando los senderos de las parcelas de ensayo. Cortamos camino por un paraje desconocido. Divisé un precioso horno de pan como los de Lanzarote, de cúpula blanqueada.

—¡Muy bien! ¿Elaboran Vds. el pan?

Detuvo la marcha y pude oír el onanismo de las monedas.

—¡Nooo! Es el incinerador de plantas —contestó él.

Llegamos al laurel de Indias sin cambiar palabra. Me acompañó hasta la portezuela del coche y tuvo la gentileza de obsequiarme pequeños tuestos de geranios. Lo encontré fatigado, triste. No debí recordar a la mujer.

Por el retrovisor vi la erguida y asténica figura de él presenciando mi partida.

El Casino del pueblo, balcón y palo, a corta distancia del Ayuntamiento, de la Iglesia y de la Farmacia, es un caserón con la cara enjalbegada y el trasero derruido. La parte baja cobija el bar que la Sociedad arrienda al mejor postor. Tiene una barra larga, alta. Tres mesas y trece sillas. Cafetera, cerveza de barril y estantes donde unas polvorientas botellas esperan el advenimiento del próximo licitador porque allí, salvo forastero astuto o despistado, el consumo se reduce a sota, caballo y rey. Cerveza, ron y güisqui, que el café es de todos.

Otrosí: El bar, al que la mujer del boticario don Vicente denomina ambigú, es la entrada habitual de los contertulios de la digna asociación, excepto los días de postín en que vienen con las señoras y entran por la puerta principal o bien hilvanan el día sentados en los sillones de mimbre del exterior. El arrendatario del bar ejerce pluriempleo; conserje, fámulo de limpieza y algún cancamito de carpintero le cae apuntalando la desvencijada casona. Dicho inmueble fue cuna de paniaguado que, como Mamburú, marchó a la guerra y... no volvió, según reza en descolorida lápida.

Las calles de los pueblos no se habitan de transeúntes

sino de ojos, y de hallar persona tendremos noticia del paradero de las restantes, quien certifica a ciencia cierta es Epifanio, el actual arrendatario del bar del Casino. Al entrar en la población enderecé el volante, a tiro hecho, al negocio de Epifanio para recabar noticias del patrón que suele dejarse caer por aquí a la caza de terratenientes. Dentro del local encuentro un señor barajando el tiempo con solitarios y otro que, en la penumbra distante de la barra, parece paladear la quietud de su traguito.

—¡Buenas tardes! —saludo con sonsonete de parroquiano.

—Buenas... —salmodió litúrgico el de los naipes, distribuyéndolos en la mesa.

—¿Limpia? —profirió el del fondo.

—No gracias. Venía por Epifanio.

—Enseguida viene. Fue a un mandado —explica el primero.

Me asomo a la puerta y tropiezo con Epifanio que entra, ataviado de conserje, llevando en la mano una pata de cordero asado.

—¡Caray, Epifanio! ¿Y esos entorchados hoy? —pregunto aludiendo a la menguada chaqueta, herencia del anterior locatario.

—¡La plana mayor! ... ¡Tuvimos junta! —exclama.

—¿...?

—Sííí —Nicasio y el de las barbas hablaron con don Ricardo y don Mario.

—Despacha algo y mira a ver si tu mujer me puede remendar malamente el pantalón hasta llegar a casa...

—Ella no está. Entra y deja soltar esto —dice señalando la pata de cordero.

— ¡Oye! ¿Quién es ése de ahí dentro?

— Don Raúl — responde Epifanio.

— No, el otro.

— ¡Ahh... Evenaceo! No hagas caso, está como una cabra. Sólo tiene que si moja el pico se pone pesado ale-gando.

Entro seguido de Epifanio que se sitúa detrás del mostrador y coloca la pata de cordero en un anaquel preguntándome con un mohín y diciendo:

— ¿A Vd., don Raúl, qué le sirvo?

— ¡...!

— ¡Vaaale! — canta Epifanio.

El del fondo desliza la copa por el mostrador demandando silencioso que llenen su copa. Epifanio sirve primeramente a los sentados y, atraído por la curiosidad, inquiero más datos del personaje extrañamente embutido en una gabardina gris descolorienta.

— Trabaja de betunero, cuando le parece, en las Américas. Si reúne perras tira para el pueblo, las gasta y desaparece. Estuvo tiempo en la capital. Dice que estudió seminarista... y... puede, porque el tío tiene un rollo ¡que no digas, macho! — informa, susurrante, Epifanio.

— ¡Epifanio! La ronda de estos señores es mía — exclamo en voz alta al verlo ya en la barra.

— ¡Vaaale! — grita el hombre.

Epifanio, observo, es muy permeable a los giros foráneos que en ciertas mentes afianza la desenvoltura, la personalidad. Dotándose de la fanfarria continental que los amilana, por considerarlo exponente de franca mundología, restablecen la descompensación.

Don Raúl da las gracias. Evenaceo bebe de golpe el

ron y empuja la copa hacia Epifanio que, escanciándole, dice:

— ¡Hombre! ¿No agradeces al señor la copa? —y sin esperar respuesta, añade—: ¡Cuenta Venanceo! ¿Qué se dice?

Epifanio, por «embullarlo», colma la copa mediana. Hice señas negativas pero aquel gesticuló con ademán impaciente de alejamiento, insistiendo:

— ¡Di algo, hombre!

Evenaceo salió de la penumbra situándose en el centro del mostrador. Es corto de estatura, de labios pulposos. Los ojos son amargos y la mirada refleja una angustia que un observador superficial tacharía de loca. El cabello castaño, escaso, débil, y la tez cetrina. Lleva barba de días.

Don Raúl ladea el cuerpo sosteniendo en las manos el mazo de cartas, sonríe ambiguo a los asistentes, y exclama:

— ¡Tiempo sin verte! ¿Eh, Venancio?

Este asiente amistosamente enfático, dibujando en el aire un trazo de pomposidad oratoria contestó:

—A Vd. don Raúl, se le puede hablar, pero... ¿Epifanio? ¡Un analfabeto!

El mencionado ase la botella de ron y amenaza bromista a lo que Evenaceo responde cerrando desdeñoso los párpados.

—No hagas caso... —profiere don Raúl, agregando—: Noticias tendrás, digo, tú que vienes de abajo.

—Cosas serias, don Raúl —responde—. Alboroto de analfabetos.

Evenaceo calla dramático y bebe. Intrigado y por meter baza intervine:

—Sí, alguna cosa escuché ayer.

· Evolucionaba ágilmente las manos de reducidos dedos y, prescindiendo de mí, continuó:

—¡Se lo digo yo, don Raúl, estamos al matarile! Imagine al mandarín, cuellilargo, vestido de seda hasta los pies, manejando envarado el cogote para recibir el rebumbio de gente en el muelle. ¡Pufff! ¡Del plumazo el agua al canalero! Don Raúl: ¿Vd., yo y todos? Piel de cabra, gofío y... a menear el rabo a trás de las cabras...

Un acceso regocijante acogió las últimas palabras del individuo. Don Raúl extrajo de la chaqueta un pañuelo cuidadosamente doblado y enjugó los ojos con melindres antiguos.

—¡No será tanto, hombre! —intervino contagiado Epifanio, que apoyado en el mostrador echó mano de un vaso.

—¡Que no! —contesta el otro arrimando la copa vacía para no perder el viaje—. ¡Y por el costado tenemos al siboney...! El desenchufe de cables... ¡A don Mario le estoy viendo patear por los barrancos, de topógrafo! ¡Sin ofender! ¿Ehhh? Como no se hagan legionarios de María... me parece...

Evenaceo hizo una pausa, secó los labios en la corbata que fue negra y, ante la mirada recriminatoria de don Raúl, frunció el ceño agregando:

—...Era un decir, pero la verdad, don Raúl, es que somos desafortunados... ¡tan cerca de la pólvora del moro, de la estulticia de España... y tan lejos de Venezuela!

Concluyendo Evenaceo la frase penetraron en el local, alegremente ruidosos, don Calixto y amigo Leocadio. Desde el dintel de la entrada don Calixto espetó sonoro:

—¡Oye, Epi! Trae el dominó, chico; vamos a dar una pasadita al amigo Leo.

— ¡Vale, don! —contestó zalamero el aludido, velando la mirada.

Don Calixto transpira, sombrero en mano, aires de gallo alzado, a lo charro llanero.

— ¡Que muy buenas, don Raulito! ¿Vd. se viene para animar la partida?

Amigo Leocadio, sonetista-cronista, capta al público e impone distante preeminencia. Despega inaudible los labios, quita motas en la espalda de don Raúl y dando «un paso a dos», Obertura de Tannhäuser, alza cejas al Conserje, bullanguero para Evenaceo y consternada sorpresa desmemoriada a don Atilano-Añaterve-Bermúdez-Barrios. Don Raúl, cuerpo y alma de jubilado, estira busto, compone corbata.

— ¡Buenas tardes, don Leocadio! ¿Mandan algo, don Calixto? Aquí tienen más luz, don Leocadio.

Profiere Epifanio, que coloca la caja de fichas sobre la mesa, y apoya, prerrogativa arrendataria, las manos encima de la tabla a la espera de instrucciones.

— ¡Cervecita, chico, de la fresquita: y, a los señores lo mismo... —profiere, incluyéndonos—. ¿Vd., don Leo? —añade extendiendo, goloso, las fichas.

Don Leo, desmayado, opta por un «Chivas Regal». Las nalguitas orondas del conserje zangolotean camino del servicio. Epifanio es gomero, diría que de origen exárico. De cuando el tabor de regulares en Güimar se desperdigó a fecundar islas. Pelo ensortijado, frente amplia, nariz aguileña de frágiles aletas, vivaces y juntos ojos rezumando astucia de alta mar. Epifanio es de pico lagotero para velar la firmeza con que pone rumbo al negocio. La Gomera, condenada a la diáspora de la pobreza, en olvido de la tetuda hermana, aporta hombres menudos, tenaces, que nadan el mar y aruñan la tierra con los vigores del Exodo.

Evenaceo expresó titubeos de recogimiento pero la postura de don Leo lo mantuvo en el sitio. Añaterve cruza las piernas y Atilano difuminó la sonrisa, rabo insinuante, a la presencia de don Calixto que — ¡Cómo noooo...! ¡Qué vuelta le hubo don! —. Hasta que las aguas bajaron torrente y barquitos de papel en marfil aquietaron el estruendo de don Calixto.

Don Raúl, halagador, compartiendo mesa, dijo a don Leo:

—¿Sabe Vd.? El amigo Venanceo anda bravucón.

Don Leo sonríe y, escualo de piletta; administra el güisquí. Señala a Evenaceo exclamando:

— ¡Sírvele, Epifanio! ¡Y tú, Venanceo, échanos un discurso!

—Que dejen la vaina, que vamos a jugar, chico, que empiezan las pendejadas de siempre y corre la bola, que luego me lo botan a la calle, mejor ahoritica...

Evenaceo, atorando la mirada y el cuerpo, contestó:

—¿ ¡Don Leocadio! ? Vd. es hombre leído y de pluma, conoce el percal y nuestra vida de flauta... ¡Magister dixit! Tomo el consensus omnium y declaro...

Evenaceo tira de la copa, bebe y enjuga los labios en el dorso de la mano, prosiguiendo:

—...Soy Evenaceo Zagreo. El rapsoda que abre las puertas del templo de Jano, por quien los augures ofrecen hecatombes para desentrañar el futuro de la voz visceral. El poliorceta despojado de las trompetas de Josué. ¡Betunero y tributario del César! Traspasé el límite de las tierras bárbaras para encontrar la audacia errante que conduce a la libertad del sentido pánico...

Epifanio fregando vasos, de espaldas, clamó:

— ¡Deja quieta la flauta Venanceo!

Las notas del teclado recibieron el «do» jocundo de don Calixto, don Leo amortiguó el pedal y don Raúl adquirió seriedad de emolumentos.

— ¡Chico, que vamos a cubrir plaza de párroco, con los guajiritos!

Evenaceo levanta una mano, antorcha de libertad, y arroja margaritas al escenario:

—Caballeros: Evenaceo es de los postreros. Evenaceo conoce la existencia del hombre divino que transita desconocido, sufriente, los muchos destinos. Me revelo y anuncio el definitivo esfuerzo por alcanzar la igualitaria ordinariéz. Ofrezco la parábola invertida; Evenaceo huele mal, no se baña, no se afeita. Mastica chicle y acompaña al obrero, a los otros y al señor Ministro en la colectiva esperanza de futuro que es alegría de pesebre y cencerro para pastor avisado.

Evenaceo detiene el discurso, bambolea el cuerpo y sostiene la mano en el mostrador. Don Leo sorbe la bebida con galanura de meñique, expresión de pícara connivencia a don Raúl, alega.

—¿ ¡Caramba, Venanceo, la soflama es nueva! ? El divino Góngora no podía ser más claro ni oscuro que tú. !Hueles a chamusquina!

— ¡Eso, al baño con él! —chirría Epifanio, satisfecho de agarrar un tablón en su naufragio mental.

— ¡Sigue, sigue! —profiere don Raúl; revolviendo el culo en la silla.

Evenaceo para los ojos en Atilano, fijando el índice en él manifiesta:

— ¡Necessitas caret lege! , por lo que practico el humilde ejercicio de vivir, puesto que la inteligencia y la fortuna siguen siendo dones escasamente repartidos... Loable

egoísmo el del que existe para sí porque, inevitable, resbala hacia los otros. Quien vive sin objetivos, realiza la existencia. ¡Olvidamos que en los surcos de las manos llevamos escrita la doble victoria de la derrota! Vivir ligeros y, como el cántaro que vacía la arcilla para llenar el hueco, retornar al camino de la especie en búsqueda del animal. La bestia es el último vestigio del Dios que ha muerto. Su ausencia ha dejado una nube gris, de altas chimeneas, que agazapa las arcadas del rencor y del miedo, donde el ritual del odio organiza los estandartes y los pendolistas trasiegan la bolsa con ceremonia de sepultureros...

—¡Corta chico! ¡Ya basta! Epi, pon otra copa y que pelotee en otro lado...

—¡Déjalo, hombre! —exclama don Leo encendiendo un cigarrillo. Añaterve sospecha que don Leo perfila recortes para administrarlo en dosis de «Chez Lanvin» cuando asista, clámide y acanto, a las reuniones pajareras de la «dolce vita» provinciana. En la puerta del bar se han agolpado unos chiquillos que, con gestos de mico, aguardan la golosina del rebumbio. Epifanio rodea el mostrador y, saliendo, los espanta. Aprovecho para solicitar una cerveza, lo cual atrae la atención de don Calixto que barra su sien y hace girar una de las fichas sin atreverse a invitarme al juego.

Evenaceo clava la mirada, o lo intenta, en don Calixto, diciendo:

—¡Ladinos, cebáis el sentimiento para eructar la razón!, dejáis que a Prometeo lo devoren las ratas de la plus-valía y que los corifeos sacudan la voz amaestrada y múltiple que, cuando toma la palabra, rebuzna. Así los políticos —soldadesca romana— se juegan a los dados la túnica del pueblo y la historia es una ristra de velas fálicas en la tienda de la esquina. ¡Quiero revivir a los dioses, al Gran Pan! Ver sepultar con sonoras carcajadas esta se-

quedad monoteísta con que el Estado-Dios engulle hasta los míseros desperdicios...

Evenaceo detiene. Los ojos, vidriosos de alcohol y de los posos amargos que tiñen, gabardina arriba, el envejecido rostro, parecen mirar el vértice del ignorante desamparo ajeno con agonía de gaja-ciencia. Evenaceo registra en los bolsillos del abrigo, saca a relucir unas cuartillas y lee penosamente:

—...Algún día terminará por usurparnos la noche cálidamente turbia de los sueños y cumpliremos el maravilloso ejemplo laboral de las abejas y hormigas... ¡Todos los instantes de mi vida me son necesarios y esté omnívoro me los arrebatara con limosna de séptimo día!...

Don Calixto abandona la silla malhumorado diciendo a Niño Leocadio.

—¡Oiga, don Leo! Cuando la función termine me avisa con Epi. Voy arriba, al salón, si antes no vienen don Mario o don Ricardo.

Don Raúl queda incómodo, deseoso de levantar vuelo, sin atreverse, pero don Leo, ladino, profiere.

—¡Echa la partida con Raúl! —y, carcajeando, añadió—. ¿No lo ves a punto de terminar?

Epifanio ríe y con la botella en la mano exclama:

—¿Le servimos otra, don Leocadio?

Evenaceo extiende la copa mientras don Calixto reúne las fichas ayudado por don Raúl y trasponen a las habitaciones nobles del Casino en tanto aquél apura el ron e intenta reanudar la lectura con voz chillona.

—¡Llama pecado al goce de la vida y del azar!... El azar es reencarnación plural de nuestro destino inútil, pero el sanguinario Moloch nos confunde y delega en los filósofos, esos impacientes, la seguridad social de las meta-

físicas... Engorda y esparce a los hierofantes de gusto refinado: Alienación... revolución cultural... dialéctica de la historia... contracultura... ¡Opulenta celulitis de la estabulación cultural!...

Niño Leocadio azuza despectivo:

— ¡Parece mentira, Venanceo! Pierdes facultades. Antes los decías de memoria. ¿Epifanio? ¡Sirve una copita al hombre, a ver si se nos entona!

Evenaceo, con obstinación patética, aferrando el papel, el cuerpo reclinado en el mostrador, destilando una apagada rabia, leyó:

—La piromanía del Califa y la pistola de Goering no fueron tan dañinas como la abundancia de los restaurantes de la ciencia y del arte que empujan al neófito y al hermeneuta a la frivolidad de los entremeses. ¡Quién, pregunto, conserva el sano apetito de un plato entero?...

Epifanio, instigado por Niño Leocadio, enarbola la botella en dirección a Evenaceo dispuesto a servirle.

— ¡Epifanio, a ese hombre no se le sirve una copa más! —prorrumpió, airado, Atilano.

— ¡Reclamo la primacía del otro, diverso, diferente, sobre los muchos! —dijo la voz gangosa y extenuada de Evenaceo.

— ¡Vd. señor mío, es... un cerdo! —añadió Atilano, dirigiéndose a don Leo, ante el asombro de Añaterve.

—...Donde están las llaves... matarile, lire, ron... en el fondo del mar... matarile... —tartajaba confusamente Evenaceo.

Don Leo, lívido, avanzando, repuso:

— ¡...Y Vd. un cochino borrachín como éste...! —Epifanio permaneció quieto, aguaitando, en su barricada, creo que con ganas de gozarla.

Ansié encharcar de sangre mi cuerpo, enlodarme en las colillas y gargajos de aquellos hijos de puta, a los que, maricón, llamaste —señor mío—. La vergüenza que arrojas sobre los hombres, Añaterve, es la tuya. Sólo la sangre redime. Como Evenaceo. Hay que ganarse el dolor a pulso. Paga, Atilano, el estipendio de tu rescate.

Viendo que niño Leocadio puso la mano en una silla lo interpreté como signo de agresión. Enarbolé la más cercana adelantándome hacia él y el hombre, consternado, gritó:

—¿ ¡Pero qué hace! ?

Las voces suscitaron la venida de don Raúl y Calixto, el caraqueño, que ruda y fácilmente, sin preámbulos, retuvo el ímpetu de la corajina. Evenaceo, sosteniendo el papel y su persona, despestañeaba regocijado repitiendo machacón:

— ¡El grillo salió maromero matarile! El grillo matarile...

La llegada de los refuerzos indujo a salir del parapeto al gallo agachado de Epifanio. Plantado en medio de los contendientes se decidió por abrazar a Niño Leocadio, a lo cual éste profirió recuperado:

— ¡Agárrenme que lo mato!

Evenaceo, dando cacaridos de gallina al puchero, jijeó:

— ¡Epi! No te «apares» en bolas. ¡Epi! Me los botas a todos a la calle.

Lo decía socarrón, describiendo un arco de barrido con la mano, imitando el habla de don Calixto que, soltándose, se fue a por Evenaceo exclamando:

— ¡Sos tú, jodido! ¡Cada vez que vienes embolas hasta al mismo cura!

Y diciendo esto lo cogió por el cuello de la gabardina con el propósito de arrojarlo a la vía. Los zamarreos del vardino aquel espabilaron a la víctima cortándole el resuello. Atilano y Niño Leocadio, atiesando plumas, resoplaron aliviando la tensión. Así estaban las cosas al cruzar la puerta don Ricardo, el presidente de la Cooperativa, en compañía de un potentado de la capital llamado Secundino. Hombre de negocios de cuchara sopera y de ganancia evangélica al ciento por uno.

Epifanio, yendo obsequioso al encuentro de los recién llegados, movilizó compostura y sillas. Don Calixto aflojó la presa. Don Raúl, alma en pena, desenvainó unas gafas y calándoselas permaneció inmóvil.

—Buenas.

El saludo de don Ricardo difundió reposos de consagración sabatina. No mostró extrañeza. Seguramente Evnaceo los tiene acostumbrados. Epifanio, al signo de la potestad, recogió del caraqueño el inerte cuerpo y lo depositó en la calle. La presencia del importante forastero moderó indignaciones.

—Que la Sociedad, pues. Que la vaina de siempre, don.

Don Leo sonrió artero, enlutó desprecio, estrechó la mano de don Secundino y murmuró telegráfico adobos de plácemes. Agrupados en capítulo fueron hacia el mostrador llevando bajo palio al obeso agasajado. Don Raúl, con el semblante desvalido, olvidado en la distancia, dio pasitos presurosos al encuentro de los reunidos. Quitándose las gafas aportó la presencia y el donativo de su indignación pese al esfuerzo visible de Niño Leocadio por acallararlo:

—Con permiso del señor, al cual no tengo el gusto de conocer —profirió don Raúl.

Don Secundino, lechosa piel desnataada, mira blandamente al hombrecillo que balbucea el atropello cometido

en la persona ilustre de Niño Leocadio. Don Ricardo taponaba el derrame verbal pero se une a la mirada recriminatoria que dirigen hacia Atilano el mata-hierbas. Y don Secundino, cruzado en pie, codo en la barra, asiste al suceso insinuando mimoso fastidio.

Su talante de purpurado fatuo y el anillo heráldico que ostentaba sacudieron la inspiración epigramática a lo Evenaceo y pensé: Luce anillo heráldico que blasona la prosapia de su fortuna y el talento lo corona una cabeza de prepucio. Es un verso digno de Verdugo: ¿Alboroté, sonreí o, simplemente, denoté jovialidad al devolver el insulto de las miradas?

Epifanio tuvo la gentileza de acompañarme a la puerta.

Merodeé por la calle en busca de Evenaceo. Finalmente, en la plaza, tropecé un bulto caprino mascullando gesticulador. Mantenía la embriaguez pero razonaba, porque al verme articuló:

—¿Comprendes? La Isla es un matarile. ¿Dónde están las llaves?

Parejamente dibujó manoteos de ilusionista agregando:

—¿Adivina? ¡En mi caja de betunero! ¿La trajiste? —indagó.

—En el bar estará —repose, añadiendo—: El susto del caraqueño te devolvió el habla, ¿eh?

—Es un saludable bruto —comentó sumergiéndose, a continuación, en sus cavilaciones.

Lo fui conduciendo al chorro de la plaza y delante del grifo propuse que se diera una remojada para desenturbiar los sesos. El hombre abrió la llave sin rechistar y mantuvo la cabeza bajo el agua, friccionándola enérgicamente. Jadeé e hizo aspavientos hasta, por fin, erguir el cuerpo y sacu-

dirlo con estremecimiento animal. Accedió a venir en el coche a la Playa de las Américas, primero quiso pasar por la Sociedad a recoger los bártulos de trabajo. Examinándome con suficiencia profirió:

—¿Verdad que la perdición de uno es ver las razones del otro? Distinto gallo nos cantarían si la experiencia de Cristo es a la inversa. Lo apiolaron por ser un siboney.

—No entiendo muy bien, en todo caso fue una razón razonable —contesté emprendiendo el camino.

Evenaceo detuvo el paso y abotonando la piel de cabra dijo en tono jovial:

—¿Tú ves Leocadito? Un infeliz. ¡Quería el papel!, son los tenderos, caballero, los que incuban el sueño dulce de los crematorios que destruyeron. No en vano pagaron con treinta monedas un futuro de generaciones impunes. ¿Leocadito? Se tiñe el pelo y la memoria por la cagalera que tiene a los tenderos. Ellos liquidan a todos los viejos para preparar la pitanza ideológica del porvenir. Esa hermandad descubrió el método de la monotonía que rige el presente. La sangre de los viejos alimenta el olvido, las estatuas, y los discursos.

—¿Si el sujeto resiste? —pregunté.

—Sencillo: Lo digieren honoríficamente y despachan laterío —repuso.

El pueblo enciende luces empobrecidas que estiran el silencio con un rezo de comejenes masticando jaculatorias. Los escasos viandantes saludan, algunos palmorean a Evenaceo. Dicen adiós y desaparecen abriendo con el gozne de los zapatos un conjuro de puertas invisibles. Abordamos el bar de la Sociedad, avizorando el interior del local. Evenaceo penetró a retirar la caja. Lo esperé en la esquina, al lado del Renolcillo. Regresa llevando bajo el brazo la caja del oficio. Las paredes de cal acogen la sombra de Evenaceo.

ceo y su servidumbre con aliento vegetal de árbol en la brisa. Una mujer lo rebasa apresurada y dobla la esquina. Pensé llamarla, dudé. No estaba seguro de que fuera ella.

El cansancio me abate. El cerebro gotea palabras como un grifo mal cerrado que mantiene la vigilia del pensamiento. El hombre no puede escoger la hora de su redención sino amontonar camino y, acaso, dejar la elección a la inocencia de la barbarie.

Dejé a Evenaceo en el sitio convenido.

Carretera adelante, sujeto a la Isla, desencadenen los vientos que dinamitan el basalto, encomendado al pretérito procuro resucitar el desconcertante presente, desentrañar el tiempo de mi risible historieta dividida en recuadros que desmenuzo y lanzo por la ventanilla del coche, con fatalidad de desamor, sobre esta tierra polvorienta, cuarteada como los zapatos de un mendigo. Arrojaré la cronología que nos encomienda a la muerte y, alimentado por minutos de tacto rescatado, abrazo el futuro, sol de cada día, que celebra la expansión del presente cumpliendo mi instante de eternidad.

EDICIONES DE LA

CAJA DE AHORROS PROVINCIAL

COLECCION «GUIPUZCOA»

1. — **Guipúzcoa.** Antonio Epelde, Serapio Múgica, Jesús Elósegui, José Miguel Barandiarán, Fausto Arocena, José de Arteche, Ignacio Pérez-Arregui, José Ignacio Tellechea, Luis Micheleña, Antonio Zavala, Luis Villasante, Miguel Pelay Orozco, Manuel de Lecuona, Javier Bello Portu, Ignacio Barriola, Jesús María de Arozamena, José María Busca Isusi. (Ago-tado).
2. — **Así es la Caja.** (Libro de empresa de la Caja de Ahorros Provincial).
3. — **Giza-Bizia. Diccionario Anatómico bilingüe.** Carlos Goena, S.J.
4. — **Origen y evolución de la pintura vasca. Euskal pinturaren sorrera eta eboluzioa.** Juan María Álvarez Emparanza.
5. — **Guía sentimental del Bidasoa.** Leonardo Urteaga.
6. — **Instituto Oncológico de la Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa.** Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa e Insti-tuto Oncológico.
7. — **Agiriak. Euskal poetak eta artistak G. Arestiren omenez.**
8. — **Pintura vasca contemporánea.** Juan M. Álvarez Emparanza.
9. — **Un día de San Marcial.** Felipe Eguñiz.
10. — **Antropología y religión en el pueblo vasco.** Emeterio Sorazu.
11. — **Donde el verano nace.** José J. Arjona.

COLECCION «ECONOMIA»

1. — **La función de los modernos medios de pago.** A. Martínez Aramberri.
2. — **Cuenta corriente bancaria y cláusula «Sin Gastos».** José M.ª de Eizaguirre.
3. — **La función de personal en una economía social de mercado.** XIII Jornadas de Estudio de la Asociación Española de Dirección de Personal. AEDIPE.

COLECCION «DOCUMENTO»

1. — **La foralidad guipuzcoana.** Antonio Cillán Apalategui. (Segun-da edición).

2. — **La parroquia de San Pedro de Lasarte.** Manuel de Lecuona. (Agotado).
3. — **Guipúzcoa en la Edad Antigua. Protohistoria y romanización.** Ignacio Barandiarán. (Segunda edición).
4. — **Caseríos de Guipúzcoa.** Iñaki Linazasoro. (Segunda edición).
5. — **Azcoitia, cuna de pelotaris.** Jesús María Beristain.
6. — **Mondragón: sus calles.** José Letona Arrieta.
7. — **Glosas euskaras.** José Luis Banús y Aguirre.
8. — **La atención a la parálisis cerebral en Guipúzcoa.** Centro de Estudios Socioeconómicos Gaur. Asociación Guipuzcoana de Ayuda a la Parálisis Cerebral, ASPACE.
9. — **De etnografía vasca: el caserío, ritos fúnebres, galera del boyero, las ferrerías.** Juan Garmendia Larrañaga.
10. — **Roncesvalles en Guipúzcoa.** (Tres tomos). José María Mutiloa Poza.
11. — **Esne eta aragi sortzearen azterketa Gipuzkoako baserrietan.** Lurgintza.
12. — **Estudio de la producción de leche y carne en caseríos de Guipúzcoa.** Lurgintza.
13. — **Partiendo de Guipúzcoa** (Segunda edición). Iñaki Linazasoro.
14. — **Orio en el remo. 75 años de historia.** Luis Azcue Aldaz.
15. — **Historias de Guipúzcoa.** José Berruezo.
16. — **Gogoz, gure Herriko gauzak. Cosas de nuestro País.** Juan San Martín.
17. — **Kurtzebarri.** José Letona y Juan Leibar.
18. — **Coral Santa Cecilia.** Javier M. Sada.
19. — **Jan edanak.** Antonio Arrúe.
20. — **Catálogo del antiguo archivo musical del Santuario de Aránzazu.** Jon Bagües.
21. — **Casas solares de Guipúzcoa.** Roque Aldabaldetrecu.
22. — **Arboles en Guipúzcoa.** Gregorio Fissac y Javier Hdez. Aina.
23. — **Tolosa'k bere kulturagileei omenaldia.**
24. — **Gremios, Oficios y Cofradías en el País Vasco.** Juan Garmendia Larrañaga.
25. — **Ferrerías en Legazpi.** Ignacio Arbide y otros.
26. — **Historia y guía de Tolosa.** Iñaki Linazasoro.

COLECCION «JAKIN»

1. — **Avinareta o la vida de un conspirador.** Pío Baroja (Agotado).
2. — **Terranova.** Javier de Aramburu.
3. — **Los gatos.** Ramón Zulaika.
4. — **Lope de Aguirre, traidor.** José de Arteche.
5. — **Blozkadak.** Luis Jáuregui «Jautarkol».
6. — **Cuatro pasos por la India.** Albino Mallo.

- 7.— **Ciudadanos / Guipúzcoa.** Roberto Pastor.
- 8.— **Ipuinak.** Gabriel Aresti.

COLECCION «ANTZERTI» (Teatro en euskera)

- 1.— **Muñagorri.** Antonio María Labayen.

COLECCION «PREMIOS LITERARIOS CIUDAD DE IRUN»

SERIE «IPUIAK» (Cuento en euskera)

- 1.— **Ja Zaharra, Ja Zaharraren semea, Jo eta ni.** José Ignacio Zubizarreta Múgica y Francisco Sagarzazu Badiola (Premio: 30.000 ptas.) / **Karakol preso.** Luis Haranburu Altuna. / **Mirmiño.** Nicolás Alday Eizaguirre. / **Buztan-txuri.** Mikel Goenaga Mendizábal. / **Jontxu'ren azkenengo itxasoratzea.** José María Etxaburu.

SERIE «OLERKIAK» (Poesía en euskera)

- 1.— **Gauean ohiu.** Joan Inazio Goikoetxea «Gaztelu». (Premio 1970: 40.000 ptas.).
- 2.— **Biziaren erroetan.** Joan Inazio Goikoetxea «Gaztelu» (Premio 1971: 50.000 ptas.).
- 3.— **Bizitzako urratsetan.** Martín Iturbe Balda. (Premio 1972: 50.000 ptas.).
- 4.— **Asekaitz.** Martín Iturbe Balda. (Prezio 1973: 60.000 ptas.). / **Maiteño.** Xabier Azurmendi. (Finalista 1973).
- 5.— **Hutsatik esperantzara.** Juan María Irigoyen. (Premio 1974: 75.000 ptas.). / **Heriotzaren eta blitzaren mugetako ene hitzak.** Iñaki Zubizarreta. (Finalista).
- 6.— **Higidura berdez.** Mikel Zarate Lejarraga. (Premio 1976: 125.000 ptas.).
- 7.— **Kondairaren ihauterian.** José Angel Irigaray. (Premio 1977: 125.000 ptas.).
- 8.— **Herbestean.** Paulo Iztueta. (Premio 1978: 125.000 ptas.).
- 9.— **Zurubi luzea.** Pedro Martín Zabaleta. (Premio 1979: 125.000 ptas.).

SERIE «POESIA»

- 1.— **Truenos y flautas en un templo.** Antonio Colinas. (Premio 1970: 40.000 ptas.).

2. — **Largo regreso a Itaca y otros poemas.** Jorge G. Aranguren. Premio 1971: 50.000 ptas.).
3. — **Los arriates.** Manuel Ríos Ruiz. (Premio 1972: 50.000 ptas.).
4. — **Retrato respirable en un desván.** Angel García López. (Premio 1973: 60.000 ptas.). / **Ceremonial.** José Ledesma Criado. (Finalista).
5. — **El aire sombrío.** Alfonso López Gradolí. (Premio 1974: 75.000 ptas.). / **Embriaguez sin día.** Francisco Toledano. (Finalista).
6. — **Palabra en pena.** José Carlos Gallardo. (Premio 1975: 100.000 ptas.).
7. — **Los trescientos escalones.** Francisca Aguirre. (Premio 1976: 125.000 ptas.).
8. — **Poseso en Layla.** Mahmud Sobh. (Premio 1977: 125.000 ptas.).
9. — **Escrito en el sur.** Manuel Alvarez Ortega. (Premio 1978: 125.000 ptas.).
10. — **Acumulada numerosa herrumbre.** Alfredo Buxán. (Premio 1979: 125.000 ptas.).

SERIE «ELABERRIA» (Novela en euskera)

1. — **Esku leuna.** Gotzon Gárate. (Premio 1977: 250.000 ptas.).
2. — **Abuztuaren 15eko bazkalondoa.** José Agustín Arrieta. (Premio 1978: 200.000 ptas.).

SERIE «NOVELA» (Novela en castellano)

1. — **En la muerte de Santa Cruz Jaramillo.** Luis José Sánchez Cufiá. (Premio 1970: 75.000 ptas.).
2. — **Las dimensiones del cuerpo humano.** José María Mendiola. (Premio 1971: 100.000 ptas.).
3. — **La otra vertiente.** Gregorio Gallego García. (Premio 1972: 125.000 ptas.). (Segunda edición).
4. — **Triste canta el buho.** Carlos Murciano. (Premio 1973: 125.000 ptas.).
5. — **Cuando vive la ilusión.** Manuel Linares. (Premio 1974: 125.000 ptas.).
6. — **En la jaula.** José María Álvarez Cruz. (Premio 1975: 200.000 ptas.).
7. — **La oscuridad somos nosotros.** Elena Santiago. Premio 1976: 250.000 ptas.).
8. — **Para no se quién.** Francisco Sagarzazu. (Premio 1977: 250.000 ptas.).
9. — **El señuelo.** José Ramón Gómez Nazábal. (Premio 1978: 125.000 ptas.).
10. — **La derrota del chivo.** Leopoldo O'Shanahan. (Premio 1979: 250.000 ptas.).

SERIE «SAIAKERA» (Ensayo en euskera)

- 1.— **Mirande eta kristautasuna.** Joxé Azurmendi. (Premio 1977: 200.000 ptas.).

SERIE «ENSAYO» (Ensayo en castellano)

- 1.— **Collage núm. 1.** Ricardo Ugarte de Zubiarraín. (Premio 1970: 50.000 ptas.).
- 2.— **Breve estudio de la novela española (1938-1969).** Mercedes Sáenz-Alonso. (Premio 1971: 75.000 ptas.).
- 3.— **Cinco escritores periodistas.** José Acosta Montoro. (Premio 1972: 75.000 ptas.).
- 4.— **Algunos tópicos españoles y otras denuncias.** José Antonio Álvarez Osés. (Premio 1973: 100.000 ptas.).
- 5.— **Partidos políticos eclesiales.** José Luis de Orellana y Unzué. (Premio 1975: 200.000 ptas.).
- 6.— **La crisis de Guipúzcoa.** José María Mutiloa Poza. (Premio 1976: 200.000 ptas.).
- 7.— **Hacia una nueva configuración del espacio político.** Juan José Ruiz Rico. (Premio 1977: 200.000 ptas.).
- 8.— **Colonización política del catolicismo.** Fco. Rodríguez de Coro. (Premio 1978: 200.000 ptas.).
- 9.— **Guipúzcoa en la democracia revolucionaria 1868-1876.** (Premio 1979: 200.000 ptas.).

COLECCION «MANUALES»

- 1.— **Setas - Perretxikoak.** Iñaki Linazasoro.
- 2.— **Juan Ignacio de Iztueta.** Javier de Aramburu.
- 3.— **Las danzas del Corpus de Oñate.** Ignacio Zumalde.
- 4.— **Los amigos del País - Herri lagunak.** Juan Ignacio de Urfa.
- 5.— **El alarde de Fuenterrabía.** Javier de Aramburu.
- 6.— **Iparraguirre.** Iñaki Linazasoro.
- 7.— **Canciones de flauta (1.ª parte).** Mercedes Iglesias y Alicia Martín.
- 8.— **Canciones de flauta (2.ª parte).** Mercedes Iglesias y Alicia Martín.
- 9.— **El arte de Guipúzcoa al alcance de los niños.** M. Asunción Arrázola.
- 10.— **Salbatore Mitxelena.** Karmelo Iturria.

COLECCION «OBRAS SOCIALES»

- 1.— **Cartilla pecuaria del ganado vacuno** (1947).
- 2.— **Protección al caserío** (1950).
- 3.— **Lucha contra el cáncer. 50 años de mortalidad y morbilidad cancerosa española** (1954).
- 4.— **Problemas de la cancerología actual** (1960).
- 5.— **Índice bibliográfico de publicaciones belenistas y temas afines** (1967).

ALBUMES INFANTILES

- 1.— **Escudos de la provincia de Guipúzcoa.** José Luis Zubiaurre.
- 2.— **Montes y ríos de Guipúzcoa.** (Agotado).
- 3.— **Album de artesanía vasca.** Juan Garmendia-Larrañaga. (Agotado).
- 4.— **Personajes guipuzcoanos (I serie).** Javier de Aramburu.
- 5.— **Personajes guipuzcoanos (II serie).** Javier de Aramburu.
- 6.— **Arboles de Guipúzcoa. / Gure Herriko zuhaitzak.** Javier Hernández Aina y Gregorio Fisac Martín.
- 7.— **Gipuzkoako oroitarriak. / Monumentos de Guipúzcoa.** Luis Pedro Peña Santiago.
- 8.— **Gipuzkoako dantzak — Danzas de Guipúzcoa.** Juan Ant. Urbeltz.

COLECCION «AUDIOVISUALES»

- 1.— **Arte en Guipúzcoa. Diapositivas comentadas. / Gipuzkoako artea. Diapositibak adierazpenekin.** M. Asunción Arrázola.
 1. 1. **La Prehistoria en Guipúzcoa. / Prehistoria Gipuzkoan** (1).
 1. 2. **Roma en Irún. / Erroma Irunen.**
 1. 3. **Prerrománico y Románico en Guipúzcoa. / Prerromaniko eta erromanikoa Gipuzkoan** (1).
 1. 4. **El Románico en Guipúzcoa. / Erromanikoa Gipuzkoan** (2).
 1. 5. **El Gótico en Guipúzcoa. / Gotikoa Gipuzkoan** (1).
 1. 6. **El Gótico y el Mudéjar en Guipúzcoa. / Gotikoa eta Mudejarra Gipuzkoan** (2).
 1. 7. **El Renacimiento en Guipúzcoa. / Errenazimendua Gipuzkoan** (1).
 1. 8. **La Universidad de Oñate. Renacimiento. / Oinatiko Unibertsitatea. Errenazimendua** (8).
 1. 9. **La escultura del Renacimiento en Guipúzcoa. / Errenazimenduko eskultura Gipuzkoan** (3).

- 1.10. El Barroco en Guipúzcoa. Arquitectura. / Barrokoa Gipuzkoan. Arkitekturaintza (1).
- 1.11. El Barroco en Guipúzcoa. Escultura. / Barrokoa Gipuzkoan. Eskulturaintza (2).
- 1.12. El Neoclasicismo y la Restauración en Guipúzcoa. / Neoklasikoa eta Berriztapena Gipuzkoan.
- 1.13. El siglo XX en Guipúzcoa. / XX mendeko artea Gipuzkoan (1).

PRIMERAS OBRAS

- **Lo que es y lo que ha hecho la Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa en los 25 primeros años de su vida (1921).** (Agotado).
- **Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa: su origen, sus garantías, su extensión, sus servicios (1936).** (Agotado).
- **Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa (1945).** (Agotado).
- **El ahorro infantil en Guipúzcoa (1946).** (Agotado).
- **La Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa en sus primeros 50 años (1946).** (Agotado).
- **Las sucursales de la Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa (1949).** (Agotado).

FOLLETOS DE DIVULGACION

- 1.— **Educación en calculadoras para profesores de enseñanza media.**
- 2.— **Teoría y práctica belenista (introducción).** Juan Pérez-Cuadrado, Pbro.
- 3.— **Breviario poético de la Navidad.** Juan José Pérez Ormazábal.
- 4.— **La Navidad en la filatelia.** Norberto Chiapuso.
- 5.— **Conferencias acto entrega títulos Master (1974).**
- 6.— **Cómo construiréis vuestro belén portátil.** Juan Pérez-Cuadrado, Pbro.
- 7.— **Educación y expresión infantil. / Haur ezkundera eta espresio-bidea.** Educadores de Villarreal y Zumárraga.
- 8.— **Figuras de nacimiento.** María Dolores Enríquez Arranz.
- 9.— **Alegría de Oria, monografía de Francisco Xavier de Iriarte (1786).** José Garmendia Arruebarrena.
- 10.— **En aquel tiempo.** Emilio Itúrbide Orduña.
- 11.— **La pintura en los belenes.** José Galán de Francisco.
- 12.— **Belén, luz del mundo.** David Gonzalo Maeso.



EDICIONES
DE LA CAJA
DE AHORROS
PROVINCIAL
DE GUIPUZCOA